

270/4

REPUBLICA ESPAÑOLA - AYUNTAMIENTO DE MADRID



REVISTA  
DE LA BIBLIOTECA  
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO XI.—OCTUBRE, 1934.—NÚMERO XLIV

Ayuntamiento de Madrid



DIRECTOR:  
MANUEL MACHADO

Redactor Jefe:  
A. MILLARES CARLO

## SUMARIO

EMILIANO M. AGUILERA.—*El palacio de Buenavista.*

E. V. H.—*La «Cámara nueva» del Concejo de Madrid (siglo XV).*

F. LAYNA SERRANO.—*Castillo del Real de Manzanares.*

ALEJANDRO LARRUBIERA.—*La «Academia del Gato».*

VARIEDADES: JOSÉ SUBIRÁ: *Los petimetres en el campo tonadillesco.*

LUIS DE SOSA: *Un asalto a San Carlos.*

RESEÑAS: Bermúdez de Castro, Luis.—*Boves o El León de los Llanos* (L. DE S.).—*Sánchez Rivero, Angel. Meditaciones políticas* (B. SÁNCHEZ ALONSO).—*Teja Zabre, Alfonso. Morelos, caudillo de la independencia mexicana* (L. DE S.).—*La frase literaria de D. Eduardo Juliá y Martínez* (AURELIO BAIG BAÑOS).—*Mostra delle Biblioteche Italiane* (MARÍA DEL PILAR LAMARQUE).

---

### Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, calle de Fuencarral, 84, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —
Número suelto, 3 pesetas.	

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.



A Y U N T A M I E N T O   D E   M A D R I D

## REVISTA

DE LA

## BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO XI

OCTUBRE, 1934

NÚMERO 44

### EL PALACIO DE BUENAVISTA

Hace algunos meses, en los últimos días de julio, empezó a circular la noticia: D. Diego Hidalgo, entonces ministro de la Guerra, ultimaba un proyecto *sensacional*. Las gentes lo relacionaron con determinados propósitos del mismo ministro, ya descubiertos por *El Socialista* y otros diarios, y, naturalmente, hablóse mucho de ello. Hubo cábalas y conjeturas para todos los gustos. Pero el *misterio* seguía sin desvelarse. No se llegó a obtener ninguna referencia más o menos concreta acerca del proyecto en cuestión hasta que la dió el autor del mismo.

El día 15 de agosto, y a la salida de una reunión ministerial, facilitaba el Sr. Hidalgo a los *reporteros* de la Prensa una extensa nota y unos gráficos que describían con buen golpe de detalles el intrigante proyecto. Y la sorpresa ganó a cuantos habían discurrido sobre éste, que no presentaba ninguna conexión con aquellos otros designios antes aludidos. En realidad, poco tenía de castrense el proyecto. Como lo concibió el ministro de la Guerra, hubiera podido idearlo el de Obras Públicas o el de Hacienda.

Porque lo que proponía D. Diego Hidalgo era —dicho sea en pocas palabras— demoler el Palacio de Buenavista y sus dependencias inmediatas, urbanizar los terrenos resultantes y concertar una operación en virtud de la cual el Estado, sin desembolso alguno, se encontraría con un nuevo edificio para disponer el Ministerio de la Guerra y con un saldo hart considerable. Como base de ésta se tomaba el valor urbano que, según cálculo bajo, se podía atribuir a esos terrenos —treinta millones y medio de pesetas, como mínimo—, y, sumando el importe de las obras del nuevo Ministe-



primer Borbón que empuñó el cetro español. Empero, la gente prócer empezó a levantar allí sus viviendas: quintas y palacios rodeados de jardines que alternaban con las huertas y los olivares, y abiertos a largas y bellas perspectivas, dominando el espectáculo de casi toda la ciudad. Sobre todo, a la izquierda de la calle de Alcalá, que fué antes *de los Olivares* y *de los Caños de Alcalá*, y que no iba más allá, por entonces, de la plaza que hoy es de Castelar, antes *de Madrid*, y donde, en el mismo tiempo, estaba enclavada la primitiva Puerta de aquel nombre.

Reconocióse bien pronto la ventajosa situación de la colina que ocupa actualmente el Palacio de Buenavista —muy rebajada a lo largo de los años, conforme a los últimos trazados urbanistas—, y la famosa *Casa de las Siete Chimeneas* —levantada en los días de Felipe II, legendaria y evocadora de no pocos sucesos históricos— vino a ser centro o vértice de una gran zona en la que establecieron sus lares linajudas familias, así como algún que otro personaje, respetado en razón de un alto cargo o de sus talegas de oro. En ella, la posesión de Buenavista, propiamente dicha, ocupaba tres manzanas, bastante desiguales y que aparecen señaladas con los números 277, 286 y 287 en el plano que, por orden del conde de Aranda, dibujó y grabó D. Antonio Espinosa de los Monteros, individuo de la Real Academia de San Fernando; constituyendo un conjunto poco regular, limitado por las calles de Alcalá, del Barquillo, del Saúco —ahora doblemente larga que en aquella fecha y titulada *de Prim*— y del Almirante y por el paseo de Recoletos, encontrándose dentro de este conjunto la calle de la Buena Vista de los Reyes y la plaza de Chamberí, llamadas luego *del Duque de Alba*, que separaba la manzana principal, o sea la 277, de las otras, separadas, a su vez, por la calle de la Emperatriz. Y el mismo año que fecha el plano de referencia, 1769, inicia la adquisición de los predios que constituían ese conjunto D. Fernando de Silva y Alvarez de Toledo, XII duque de Alba, dispuesto a quedarse con toda la posesión de Buenavista, nombre que debió deducirse de la afición que tuvieron Felipe V y su esposa doña Isabel de Farnesio a contemplar Madrid y sus arrabales desde este lugar, tan grato a la reina que hubo de edificar en él un palacete al que, según el viajero Ponz, decoró y alhajó con singular suntuosidad, llevando al mismo todo lo que le era predilecto de las pinturas, esculturas y otros objetos de Arte que ella había adquirido, principalmente después de quedarse viuda.

Con motivo de las capitulaciones matrimoniales de su hijo y también de la liquidación de ciertas importantes deudas contraídas por el mismo —aquel duque de Huéscar, calaverón, que murió en la flor de la vida—, D. Fernando prestó especial atención a sus bienes, estudiando un buen número de operaciones y llevando por sí, directamente, el gobierno de su patrimonio. Entró en sus cálculos el construirse una lujosa morada que sustituyese al vetusto edificio que habitaba —remozado por el duque unos





Buenavista en 1656, según el famoso plano de Pedro Texeira.



años antes —, y puso sus ojos en Buenavista, atraídos, no sólo por los encantos ya subrayados, sino asimismo, y según hace observar D. Joaquín Ezquerro del Bayo en *La duquesa de Alba y Goya*, por la sospecha, nada infundada, de que «las cercanías del Prado, entonces transformándose en precioso paseo, serían los lugares preferidos para ensanchar la población y hermosearla, como pretendía con afán Carlos III». Y, por otra parte, un hecho, dado en aquellos días, reforzaba la sugestión: lo que parecía menos fácil de adquirir iba, precisamente, a ponerse a la venta. Se realizaba la testamentaria de la reina doña Isabel de Farnesio, y entre los bienes que iban a enajenarse figuraban los sitios de Buenavista. D. Fernando no duda un punto y gestiona su compra, que se formaliza en escritura fechada en septiembre del año de referencia. Luego va adquiriendo las casas, jardines y huertas que integraban el conjunto ambicionado; las casas de D. Miguel Favá, de la *Redención de Cautivos*, de D. Miguel de Landeras, del conde de San Rafael, de D. Pablo Muñarriz, de D. Pablo Prevost... Y, por último, las que pertenecían a cierta *Congregación de San Ignacio* y un juego de pelota, del que también era propietaria esta cofradía. Todo lo cual importó 4.198.307 reales.

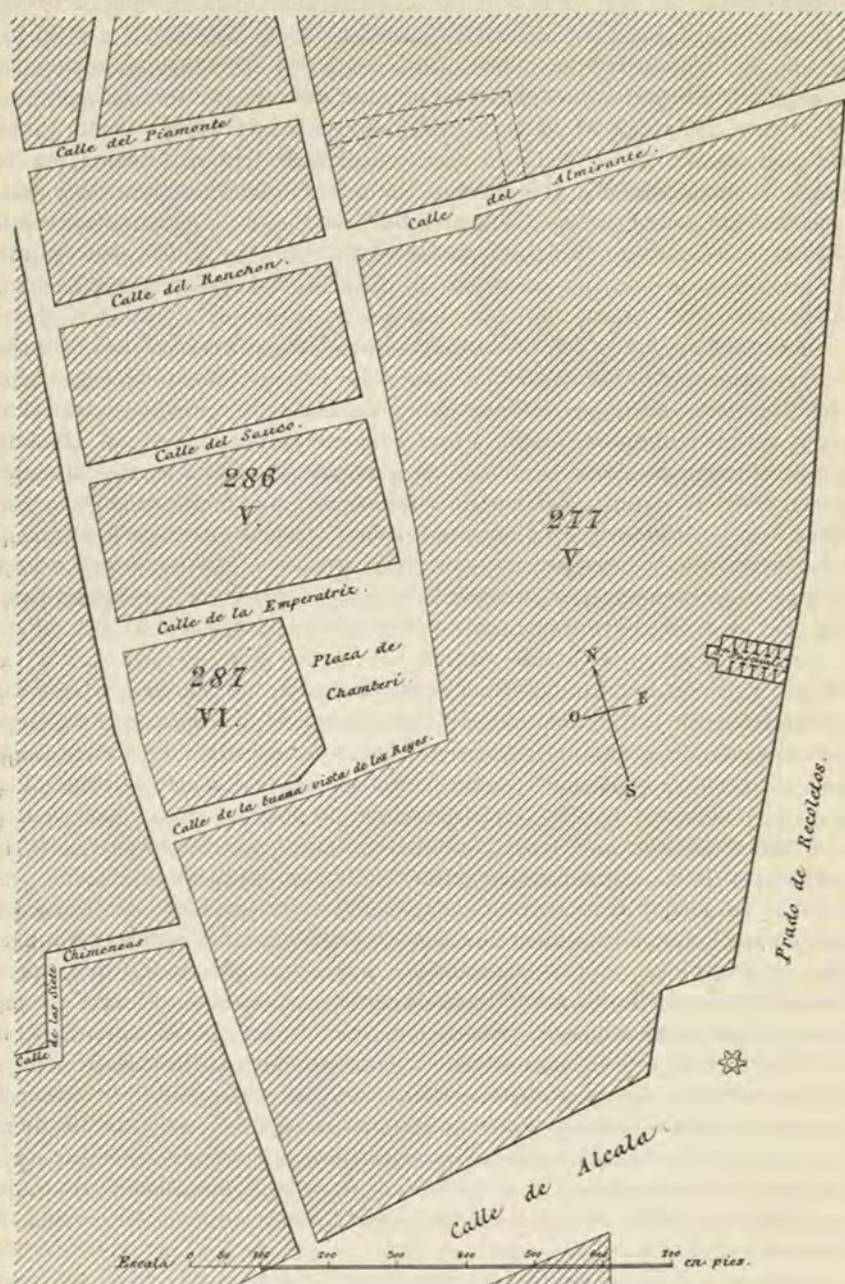
Inmediatamente se dió comienzo a importantísimas obras, que afectaron a todas las edificaciones y a sus dependencias. Y en 1775 el duque agregó y subrogó con real facultad la nueva posesión a los estados de Alba y Villanueva del Río por la suma de 4.931.271 reales y ocho maravedises, exceptuando la casa número 1 de la manzana 287, que constituía chaflán sobre las calles Real del Barquillo y de la Buena Vista de los Reyes.

Ultimadas estas diligencias y efectuadas las bodas de su nuera —viuda del duque de Huéscar, que había fallecido en 1770— y de su amadísima nieta, aquella pimpante María Teresa Cayetana que fué musa del más genial de los pintores —bodas que se celebraron en las parroquias de San José y de San Luis, respectivamente, y en un mismo día, el 15 de enero de 1775—, el duque ocupó Buenavista y ello en la compañía de su nieta y de su joven esposo D. José María Álvarez de Toledo, marqués de Villafranca. Pero por poco tiempo, ya que el viejo duque —gravemente enfermo de hidropesía— se despidió de tan grato acompañamiento y del mundo en la mañana del día 15 de noviembre de 1776, a los setenta y dos años de edad.

Con el título —al que ella dió gloria con sus envidiables prendas físicas y espirituales, y, sobre todo, por ser «la mujer que inspiró todas las anónimas mujeres bonitas que pintó Goya», al certero decir de Margarita Nelken —, y entre otros cuantiosísimos bienes, heredó la gentil y castiza María Teresa Cayetana la posesión de Buenavista, donde los jóvenes marqueses de Villafranca —ahora duques de Alba— decidieron hacer nuevas y definitivas obras, edificando un palacio digno de su elevada alcurnia, de su enorme fortuna y de su acreditado buen gusto.

Y, a tal efecto, eligen sitio. Optan por un punto que era casi el central





Trazado de la posesión de Buenvista en 1769, según el plano dibujado por D. Antonio Espinosa de los Monteros; plano hecho por orden del conde de Aranda.



de la posesión, un poco más próximo a la calle de Alcalá que a la de Prim, y que, por ser el más alto dentro de la misma, haría más airoso el palacio, desde cuyos balcones habría de dominarse un bello y vastísimo panorama; punto que, alzándose once metros sobre el nivel de la cercana calle de Alcalá, permitía contemplar desde el Prado de San Jerónimo y las frondas del Buen Retiro, de cerca, hasta la silueta azulada del Guadarrama, tras la ronda de Santa Bárbara, Chamberí y el portillo de San Bernardino, y que, considerado por un militar, representaba una posición estratégica, constituyendo, sin ningún indicio ni alarde exterior, un lugar fuerte, susceptible de larga defensa, lo que, al correr de los años, vino a entregarlo al ramo de Guerra.

No se sabe quién fué el arquitecto encargado por los duques de Alba de proyectar aquel palacio. Si lo fué D. Pedro Arnal, que dirigía las obras por 1780, no está comprobado. Ni, por otra parte, es probable. Y la falta, no ya de documentos, sino de datos acerca del particular, es tan absoluta que cualquier conjetura es aventurada. O, para decirlo más exactamente, pueril. Porque ni del mismo edificio es posible deducir cosa alguna con relación a esto, ya que, después de la serie de incendios que sufrió durante y después de su construcción, apenas si subsisten algunos inexpresivos vestigios: las crujías que forman parte del patio pequeño del actual palacio y que sirvieron de base o punto inicial para trazar éste.

Pese a ello, el pensamiento del autor de los primitivos planos no es desconocido en su totalidad. Al menos, se conoce en sus rasgos o líneas generales. El Palacio había de responder al rango, al capital y al fino sentido artístico de los duques. Es decir: como ya se indicó. La entrada tendría acceso por la antigua calle de la Emperatriz, citada anteriormente y que luego se llamó *del Duque de Alba*, para lo cual se ensancharía ésta y se dispondría un gran enverjado de hierro. Paralelo a este acceso correría un ala de edificio a lo largo de la calle de Buena Vista de los Reyes, y el Palacio formaría un rectángulo, avanzando sobre la calle de Alcalá. La fachada principal habría de ser la que hoy da al patio grande del Ministerio, enfrentada con la calle del Saúco, o de Prim, y opuesta a la que, precisamente, tiene en la actualidad esta categoría y que entonces sería secundaria, asomándose a los jardines de la parte posterior, estribados hacia la calle de Alcalá. En resumen: toda la planta proyectada, dentro de la cual se aprovechaba alguna edificación, tendría el perfil de una *P*, trazada con líneas rectas; formando el palacio la parte saliente de la letra, o, lo que es lo mismo, los cuerpos de edificio o crujías que, al presente, rodean el patio pequeño del Ministerio. Y en torno al Palacio se amenizaría la estampa con bellos jardines, colocándose hermosas fuentes por los tres rumbos de *Saliente, Mediodía y Poniente*.

Ni era cosa de rectificar una costumbre —puesto que se disponía de sobrados terrenos—, ni había por qué desaprovechar algunas construcciones



de carácter secundario —levantadas o reformadas en vida de D. Fernando de Silva y Alvarez de Toledo—, ni entró en los cálculos de los duques y de su arquitecto meter en el Palacio todas las dependencias de la casa y toda la servidumbre ducal, que era hartó considerable, como puede deducirse de las nóminas conservadas. Máxime si se tiene en cuenta que a muchos de los empleados en la casa se les reconocía, a más de los honorarios y salarios, el derecho a vivienda para sí y sus familias. Y el Palacio sería sólo para los duques y para una parte muy reducida de la servidumbre, destinándose los sótanos para cocinas, despensas, carboneras, leñeras, lavaderos y algunas habitaciones para criados, y los desvanes para viviendas, asimismo, de criados y para secadero de ropas y oficios de mueblaje, tapicería y lencería. Las habitaciones del resto de la servidumbre quedarían aparte, en otros pabellones. Como la enfermería de criados y las cocheras y caballerizas, que siguieron ocupando un largo pabellón que daba a la calle del Barquillo, haciendo esquina a la de Alcalá, donde ahora se encuentran el Banco del Río de la Plata y las casas señaladas con los números 4, 6 y 8 de aquella calle; frontero a un convento de carmelitas descalzos y a la huerta del Carmen, situada por bajo de la casa *de las Siete Chimeneas*, y que hubo de convertirse a principios del siglo pasado en una amena plaza que primero se llamó del Almirante, en honor de Godoy; luego *del Rey Felipe II*, aunque vulgarmente se conocía sólo por *plaza del Rey*, y, por último, *de García Hernández*.

Dentro del Palacio, cuyas fachadas tendrían el mismo orden y la misma disposición a que se ajustan las del actual, se planearon espléndidos salones, decorados de suerte parecida a como lo están los que aún subsisten del antiguo Ministerio de Marina, que fuera Palacio de Godoy; un suntuoso oratorio y, al dictado de la moda, una magnífica escalera.

No acompañó, ciertamente, la fortuna a los duques en este empeño. Por dos veces encontraron pasto las llamas en la fábrica que se levantaba. Dos horribles incendios interrumpieron las obras y destruyeron mucho de lo que encontraron construido, sobre todo hacia el Norte, o sea en la misma desgraciada crujía que volvió a incendiarse un siglo después, en diciembre de 1882, quedando casi en escombros. Pero no por esto cedieron los duques en su ilusión. Por el contrario: prosiguieron las obras, compraron nuevas casas y terrenos lindantes con Buenavista y se ocuparon de ganar libertad de movimientos para llevar adelante sus propósitos. En todas las obras del Palacio habían gastado, sobre suelo vinculado, más de ocho millones de reales, según representación que elevaron a Carlos III, y, hallándose sin esperanza de tener sucesión, solicitaron real facultad para disponer a su arbitrio, en calidad de bienes libres, de dichos edificios y terrenos, ofreciendo entregar al estado de Alba los referidos 4.931.271 reales y ocho maravedises que, por valor de las citadas fincas y casa-palacio de Buenavista, les aplicó el duque D. Fernando. Accede a ello el rey por cédula ex-



pedida en San Ildefonso a 19 de agosto de 1787, disponiendo la previa consignación de aquella suma en la Depositaria General de Madrid para ser aplicada en la compra de bienes raíces o renta perpetua, a favor de los estados de Alba y Villanueva del Río, debiendo reiterar la duquesa de Alba el consentimiento dado en el escrito que dió origen a esta determinación real. Y los duques siguen alentando la cara ilusión del Palacio.

El destino habíase declarado contrario a ésta, y no se dejó vencer. Ignoro si la gentil María Teresa Cayetana llegó a habitar el Palacio. Acaso se disponía a ello cuando, de manera alevosa —dicen que murió envenenada—, la sorprendió la muerte. De la partida de defunción de la marquesa, fallecida el 23 de julio de 1802, no puede deducirse tal extremo, pues sólo consta que finó en *su casa propia de la calle Real del Barquillo*, adonde daba la antigua residencia del abuelo de María Teresa Cayetana y por donde tenía su acceso el palacio de Buenavista. Y es más probable que no llegara a habitarlo que lo contrario. Pero, desde luego, su esposo no lo habitó, habiendo muerto en Sevilla, adonde fué buscando la salud perdida, el 9 de junio de 1796, seis años antes que la musa de Goya, ida del mundo apenas iniciado en su vida un radiante otoño.

Con la muerte de la duquesa hubieron de interrumpirse las obras del Palacio de Buenavista, que no podían ser ya muchas y de gran importancia a juzgar por las que se hicieron para entregar aquél al Príncipe de la Paz. Y al fin, terminados los trabajos de testamentaría, salieron a subasta pública todos o casi todos los bienes de la duquesa sitos en Madrid, sobre los cuales cernió su vuelo de cuervo la reina María Luisa, perenne y envidiosa rival de María Teresa Cayetana, quedándose con el lindo palacete de la Moncloa, ungido ya por una galante leyenda, y con no pocas alhajas, cuadros, porcelanas y otros objetos de Arte, vuelo en la que hubo de seguirla —¿y cómo no?— el favorito D. Manuel Godoy, que adquirió numerosas e interesantísimas pinturas de las pertenecientes a las colecciones de la duquesa, entre ellas la popularísima *Maja desnuda*, última y perlada palabra del *rococó* goyesco e interrogante que abre paso a la sospecha de que las relaciones entre la castiza aristócrata y el genio de Fuendetodos tuvieron una intimidad pecaminosa.

La anunciada venta de la posesión de Buenavista brindó coyuntura a ciertas gentes aduladoras y obligadas a Godoy para testimoniar a éste su devoción... con los caudales del Municipio. Habitaba *El choricero* —como llamaban al Príncipe de la Paz sus enemigos— en el palacio del Almirantazgo, de la plaza de los Ministerios, y érale ya insuficiente. Se quejaba de ello, y los concejales madrileños afectos a su persona, nombrados por él, dieron en la *feliz* ocurrencia de comprar el Palacio de Buenavista para ofrecérselo a su protector. Aprobó el Concejo la propuesta de aquéllos y designóse a D. Nicolás de los Heros, D. Bernardo Diosdado Cavallero y D. Santiago Guzmán y Villoria para que hicieran las gestiones pertinen-



tes cerca de Godoy y de los herederos de la duquesa de Alba. Aceptó encantado el favorito —si es que le sorprendió la oferta y, lo que bien pudo ocurrir, no inspiró él mismo la *iniciativa* municipal—, y aún hubo de mostrar su impaciencia por entrar en posesión del anunciado regalo, según puede colegirse de ciertas cartas dirigidas a la reina y que ha publicado el Sr. Ezquerro del Bayo. Y tanta, que hasta estuvo a punto de entrar en negociaciones directas con los herederos de la de Alba para adquirir la posesión de Buenavista; ante las dificultades que encontraban los concejales con aquéllos, «desconfiados de la mala correspondencia de la Villa en negocios de intereses», como escribía en 23 de marzo de 1807 el bizarro extremeño a su real martelo. Sin embargo, el ofrecimiento hecho por los concejales el 24 de febrero del año últimamente citado llegó a convertirse en los títulos de propiedad de Buenavista, otorgándose la escritura de compraventa el 15 de mayo por el escribano de su majestad y de la Comisión de Propios de la Villa de Madrid, entre el Ayuntamiento y los apoderados del marqués de Villafranca, sus hermanos y cuñados, como herederos de su difunta madre, que a su vez lo fué *ab intestato* de su hijo el duque de Alba, D. José, y los siete herederos testamentarios de la duquesa.

El regalo hubo de ser completo. Entregáronle con el Palacio y sus jardines las cocheras y caballerizas, la enfermería, la casa *de la Tahona*, entre la subida a aquél, su plazuela y la calle nueva del Duque de Alba, antes de la Emperatriz; las casas nombradas *de las Yaserías*, entre las calles del Duque de Alba, de la Buena Vista de los Reyes y del Saúco; la casa *de la Relojería*, en la calle del Barquillo, esquina a la del Saúco, y el predio o posesión de Brancaccio. Y aún quedó comprometido el Municipio para hacer algunas obras de urbanización, como la citada conversión de la huerta del Carmen en plaza del Almirante, siendo de recordar, asimismo, otro complemento del regalo: *un armario de caoba pulimentado a la inglesa*, que costó 5.556 reales, para guardar los títulos de las propiedades que acababa de regalar. Con todo, la economía municipal se resintió, y los ediles tuvieron que idear algunas operaciones para enjugar aquel dispendio extraordinario, entre las cuales figuró la aplicación de la *sisá* sobre el aceite, cacao, chocolate y jabón correspondiente a dicho año, que arrojaba una cantidad insignificante si la comparamos con el volumen de dinero que había que arbitrar para normalizar aquella economía, y que anoto solo a título de curiosidad.

Pero aún quiso más él válido, y, por su cuenta, compró a su hermano D. Diego —que era coronel de guardias españolas— la casa que, con su huerta y su jardín, poseía éste al pie de Buenavista, en la calle de Alcalá, esquina a la plaza de la Cibeles, cuyo importe ascendió a millón y medio de reales.

Púsose inmediato remate a las obras del Palacio, a cuenta, desde luego, del Ayuntamiento. Y se ultimaron los decorados. De las cuentas



que se conservan, referentes a todo esto, son de recordar las de D. Juan de Mata Duque y D. Juan Gálvez, por pinturas de techos; la de D. Domingo Dallí y Rodríguez, por molduras y adornos; la de Juan Hartzenbusch, por trabajos de ebanistería, y las del tapicero Hinard y el dorador a mate Julián Gallego. Mas tampoco llegó a habitar el Palacio su nuevo propietario.

La historia de aquellos días está en la memoria del lector, y no he de referirme a ella, si no es para consignar que, habiendo estallado el 17 de mayo de 1808 la adversión popular contra los reyes y, principalmente, contra el favorito —alimentada por el ambicioso D. Fernando, príncipe de Asturias, y su camarilla—, al día siguiente fué exonerado Godoy de todos sus títulos y distinciones, secuestrándole todos los bienes, que pasaron a la Administración general del Estado, perdiendo, por tanto, y antes de cumplirse el año desde que era suyo, el Palacio de Buenavista, que se salvó milagrosamente de la ira del pueblo, que asaltara la residencia del *Choricero*.

Poco resta que decir acerca de aquél hasta 1816. Es decir: hasta el fin de la primera época de sus anales. Tras aquellos sucesos, quedó en la más completa soledad y en el más triste abandono. Lo que fuera escenario de tantas ensoñadas glorias y objeto de tantas ilusiones permaneció olvidado hasta 1812, fecha en que, si se acordaron del Palacio, no hubo de ser, ciertamente, para nada que representase honor u honra, ya que se habilitó para almacenar en él, una vez que José I abandonó Madrid, los bienes muebles que se confiscaron a los muchos partidarios del rey intruso, que hubieron de seguirle en su retirada de nuestra capital.

Y así, dedicado a esto, estuvo el Palacio hasta cuatro años después, al cabo de los cuales pasó a depender del ramo de Guerra, como ya se advirtió; pero el detalle de tal incidencia quede para inaugurar otro capítulo.

## II

1816-1861

De regreso a España en 1814 el *deseado* Fernando y anulada la Constitución que redactaron dos años antes, y bajo el asedio de los franceses, las Cortes de Cádiz, ocupáronse el soberano y sus consejeros de gobernar, bien que a su modo, a la España que tanto había sufrido por devolverle el trono de sus mayores y que tanto debía sufrir bajo su solapada y cruel



tiranía. Cada día firmaba el rey numerosas disposiciones que afectaban a todo género de cosas y un día tocó el turno al Palacio de Buenavista.

El origen de la real orden en virtud de la cual pasó éste a depender del ramo de Guerra, dictada en 8 de marzo de 1816, hay que buscarlo en las vicisitudes del antiguo Museo Militar, que empezó a organizarse en 1803. Ocupó el Museo en un principio parte del palacio de los duques de Monteleón, construido en 1690 y que, después de haber sufrido un incendio de bastante consideración en 1723, se dedicó, ya bastante transformado, a parque y talleres de Artillería. Y allí, en el vulgarmente llamado *Parque de Monteleón*, estaba cuando en este mismo lugar tuvo escenario uno de los más heroicos episodios de la jornada del Dos de Mayo. Como consecuencia de la reñida defensa del Parque quedaron muy destruidos el edificio y cuanto en el mismo tenía asiento o albergue, y fué necesario pensar en hacer las reparaciones precisas tan pronto como hubo calma para ello, ya terminada la guerra de la Independencia. En 1814 dieron comienzo las obras; pero bien pronto se vió que había que hacer más de lo supuesto y que, a fin de cuentas, resultarían insuficientes los locales para los fines a que se les destinaban, que el tiempo no había pasado en balde, aumentando las necesidades de los servicios domiciliados en Monteleón. Y en busca de lugar donde acomodarlos con mayor holgura, se pensó en Buenavista.

No quedaban ya muchas cosas almacenadas en éste, del que sólo estaba encargado un conserje. Ni en realidad, nunca estuvo ocupado en su totalidad el Palacio. Ni, asimismo, sus dependencias. Pero el abandono había causado enormes males. Las cubiertas del edificio necesitaban renovarse; el peso y los corrimientos de las pizarras negras de que se componían produjeron considerables accidentes: habían penetrado las aguas pluviales y se habían hundido algunos techos y varias bóvedas. Los canalones para la recogida de aguas estaban cegados, si es que se mantenían en sus sitios procedentes. Faltaban infinidad de vidrieras y de persianas, con lo cual el aire, la lluvia y el sol pusieron en lamentable estado muchas de las decoraciones interiores. Y fuera, el abandono era mayor. Si es que esto cabe. Todo el terreno que rodeaba al edificio estaba sin arreglar, desmantelado y obstruido por escombros y piedras de sillería. Y, a favor de tanta desolación, habían sentido allí sus reales toda suerte de alimañas. En tan gran número, que se hizo preciso recurrir a la autoridad civil, recién traspasada la posesión al ramo de Guerra, para disparar contra ellas durante el día, costando no poco trabajo desahuciarlas por completo. Más fácil fué desalojar la piedra, que, por una real orden, se puso a disposición del corregidor de Madrid, marqués de Moctezuma, para ser destinada a las obras de la proyectada galería circular al Oriente del Palacio Real.

Al recibir la posesión el ramo de Guerra, representado por el conde de Casa-Sarría, el Palacio comprendía el rectángulo definido por las cru-



jías que rodean el patio grande. Aquella otra crujía que debía seguir paralelamente al acceso que tenía su entrada por la calle del Barquillo. Por suerte se había rectificado el proyecto primitivo antes o después de iniciarse su realización, con lo cual el Palacio brindaba ya esa simétrica independencia que tanto le favorece, respetada y servida por los arquitectos que, a lo largo de los años, han ido ampliándolo, corriendo las crujías de ambos lados y cerrándolas con otra paralela a la calle de Prim.

Se emprendieron en seguida las obras necesarias para consolidar y limpiar el Palacio y para arreglar y adecentar sus alrededores. Y se procedió a dar acceso a aquél por la calle de Alcalá, transformando la fachada que da a esta parte en principal, convirtiéndose en ventanas dos de las tres puertas que tenía la que entonces había tenido este rango, que daba vista a la calle de Prim. A aquel efecto se abrió paso con un gran corte de tierras o trinchera, formándose rampa y escalinata, y se sustituyó la estacada por un muro de piedra, coronado por una barandilla y con una entrada de tres puertas —ancha, para coches, la central, y más estrechas las laterales— sobre la que se colocó un escudo a *lo heroico*, con banderas y armas.

En 1816 quedó instalado el Museo Militar, que diez años después había de subdividirse en Museo de Artillería y Museo de Ingenieros, y los Parques de estos dos Cuerpos, ocupando aquél el piso bajo y éstos los sótanos y las edificaciones accesorias, donde tuvieron que hacerse algunas obras, principalmente para disponer talleres.

Instalados el Museo y los Parques, se apreció luego la necesidad de habilitar un cuartel, para lo cual proveyóse por una nueva real orden que atribuía al ramo de Guerra más edificios y terrenos de la posesión de Buenavista, habiendo sus más y sus menos, como vulgarmente se dice, para tomar entera posesión de ello, por lo que respecta a la casa conocida por *la Conserjería*, situada al Nordeste de la posesión. Por ello se sustanciaron varias reclamaciones, de las cuales la última se formuló en 1823, y, al fin, se hizo cargo de ella el ramo de Guerra en 1825, ocupándola el comisario interventor del Museo, si bien con ciertas condiciones de pago por alquiler. Y fueron tantos los servicios que se instalaron en Buenavista de los dependientes del arma de Artillería, que ellos llegaron a dar nombre a la posesión, que dejó de ser *de Buenavista* para titularse por el pueblo *Real Parque de Artillería*, denominando el lugar por este nombre y no por el primitivo, como hoy se denomina, *Ministerio de la Guerra*.

Desde estos días hasta 1840 se llevaron a cabo algunas otras obras. Unas en el interior del Palacio, como varias escaleras para dar más corta comunicación a distintos puntos de éste, y otras en las dependencias exteriores. Pero es en ese año cuando cobran un gran impulso. La dirección de los negocios públicos era cada vez más difícil. Si la fortuna acababa de quitar de encima una grave preocupación a la reina regente, finada con el *Convenio de Vergara* la guerra civil, la mecánica política venía funcionan-



do por aquellos días de manera poco propicia a la augusta señora. Sucediáanse sin intervalo problemas, asperezas, maniobras, intrigas y... Gobiernos. Y cansada de resolver crisis ministeriales sin fruto alguno, decidió doña María Cristina renunciar al cargo y salir del reino, sucediéndola en aquél el general Espartero, a quien habíase dado el título de *duque de la Victoria* y que era jefe del partido progresista, y encargándose de la tutoría de la joven reina doña Isabel el honrado patricio D. Agustín Argüelles. Hubo que buscar acomodo al regente, que venía ocupando el antiguo palacio de Godoy, y se dirigieron las miradas al de Buenavista. Aceptado éste, se hicieron nuevas obras, muy considerables y que importaron buenas sumas, invirtiéndose la mayor parte de ellas en decorados interiores. Y ya avecindado el duque de la Victoria en Buenavista, continuaron aquéllas. Se pusieron nuevas ventanas y puertas, se limpió la fachada, donde un



Disposición del muro construido en 1815 por la parte de la calle de Alcalá. A la derecha, el edificio de Inspección de Milicias, luego Presidencia del Consejo de Ministros

día, y en alusión a la presunta entrega del regente a Inglaterra, cuyo embajador vivía en una casa frontera de la calle de Alcalá, apareció el conocido pasquín

*En este palacio  
habita el regente;  
pero el que nos rige  
vive en el de enfrente,*

se pintaron los balcones y se reforzaron algunos pisos de la planta principal.

En el mismo año, es decir, en 1841 se acordó trasladar el Museo de Artillería al edificio que ocupa en la actualidad, donde ya se habían trasladado algunas dependencias de aquél y del Parque; edificio de historia que había estado dentro del Buen Retiro y en cuyo salón llamado *de los Reinos* se reunieron varias Cortes, hasta el año 1789, en que votaron la abolición de la *ley Sálica*, y que sufrió no pocas transformaciones, siendo la principal la operada en 1890. El regente necesitaba cada día más vivienda. Y aún continuaron las obras, en razón de diversos motivos. En 1842, para alojar al enviado extraordinario de la Puerta Otomana, Fuad-Efendi,



y en 1844, con ocasión de la boda de Isabel II con su primo el infante don Francisco de Asís, afectando las primeras a algunas habitaciones y las segundas a los accesos y alrededores del Palacio.

De hecho, el origen del Ministerio de la Guerra tiene un abolengo muy remoto: para algunos, en el antiguo Consejo de la Guerra, adscrito a la Secretaría de Estado, y para otros, en cargos e instituciones de más vieja data. Pero con ese título y concebido con el criterio que alcanza a nuestros días, no existe hasta que se consagra de esta suerte en la carta constitucional de Bayona. Y aún titulado así y concebido así permanece hasta 1826, como cuando era Secretaría de despacho, en el Palacio Real. En ese año se trasladó a la casa llamada *de los Ministerios*, que fuera Palacio del Almirantazgo o de Godoy, y en él estuvo veinte años, desahuciándole las llamas de un violento incendio desarrollado en la noche del 29 al 30 de diciembre de 1846, en la que perdió una parte muy considerable de su archivo, que, durante la invasión francesa había ya sufrido graves atentados, *extraviándose* muy curiosos documentos. De modo provisional se trasladó al antiguo convento de Santo Tomás, que pertenecía al ramo de Guerra, convertido en cuartel de la Milicia Nacional en 1835 y que fué prisión del general D. Diego de León y otros compañeros de infortunio; pero en el mismo punto en que se tomó esta providencia se acordó, asimismo, que pasara al Palacio de Buenavista tan pronto como esto pudiera ser. Y en seguida se acometieron algunas nuevas obras para aislar y fortificar en todo lo posible el Palacio, que, ocupando ya un punto estratégico, era susceptible de nuevas defensas, cosa que no dejaron de subrayarse al decidir el traslado que acabo de consignar.

Aparte de esto, se revocó todo el muro que cerraba la posesión por la calle de Alcalá, se suprimieron los emblemas existentes, sustituyéndolos; se aplomó y arregló la barandilla que coronaba a aquél y se arregló nuevamente la rampa que daba entrada por la calle de Alcalá al Palacio.

En 1848 se hizo una nueva fábrica al Oeste del edificio principal para alojar un destacamento de Caballería, formado por treinta hombres, con destino a escolta, y algunos otros servicios menores. Y al año siguiente se mejoró una vez más el acceso de la calle de Alcalá, iniciándolo con una gran puerta de hierro; y se construyó una escalinata para la entrada de la calle del Barquillo y se arregló una noria y un estanque bajo la preocupación de precaver los daños de un incendio.

Al instalarse el Ministerio de la Guerra en 1847 y al ampliarse y multiplicarse los servicios, hubo varios trasiegos y nuevos traslados. De las dependencias que tenía en Buenavista la Artillería sólo vino a quedar la Dirección de este Cuerpo. Y con los servicios de Ingenieros ocurrió otro tanto, si bien fueron saliendo más tarde de Buenavista.

Ese mismo año se aposentó aquí, en la planta baja del Palacio, la Dirección de Caballería; pero se trasladó en 1853 al cuartel del Conde Duque,



para, a la postre, volver al Ministerio. Y la Dirección de Infantería también vino a dar en éste, aunque fué más tarde y fuera del período histórico a que se refiere este capítulo; después de haber estado en un edificio que mandó levantar Carlos IV para Inspección de Milicias —vivienda de don Diego Godoy, hermano del Príncipe de la Paz, y luego Presidencia del Consejo de Ministros, hasta que las llamas destruyeron esta casa en 1870— y de no pocas vicisitudes.

El Estado Mayor, cuyo Cuerpo se organizó en 1838, y que tiene su antecedente en el servicio titulado *Depósito de Guerra*, también estuvo domiciliado en Buenavista. Primero se instalaron en el cuartel del Conde Duque todas sus dependencias, en 1853 pasó a Buenavista el señalado Depósito y después, fuera, asimismo, del período objeto de este capítulo, la Dirección, trasladada en 1870, siguiéndola otros servicios de nueva creación, como la Junta superior facultativa de Estado Mayor, creada y domiciliada allí en 1879.

Casi desde el momento en que el ramo de Guerra tomó posesión de Buenavista se apreció que el Palacio y sus dependencias serían insuficientes para alojar los servicios que habrían de instalarse en la posesión. Y no digamos cuando se lleva a ésta el Ministerio. De ahí las entradas y salidas de servicios y las nuevas edificaciones. En cuanto se pensaba en llevar a Buenavista un organismo había que pensar, asimismo, en desalojar otro para dar entrada a aquél. Y por otra parte, las comunicaciones entre las oficinas del Ministerio no eran, ciertamente, las más apropiadas para atender con rapidez las relaciones entre los distintos servicios. Había que subir y bajar escaleras, seguir largos pasillos y cruzar diversos locales en la mayoría de los casos. En consecuencia, surgió inapelable la idea de ampliar el Palacio. Y en tanto, y para remediar en lo posible esas dificultades en las comunicaciones, se discurrió construir una galería de cristales volada sobre el patio, que facilitaba mucho las existentes entre las oficinas que daban a la parte interior de las crujías.

La primitiva forma de la idea de ampliación se conformaba con construir una nueva ala, prolongación de la crujía del Este, sobre la parte que ocupaba el cocherón, y para destinarla a las dependencias de Ingenieros; pero después, en seguida, se cayó en la cuenta de que esta ampliación no bastaría al desarrollo, de rápido ritmo, del Ministerio, a sus necesidades crecientes. E idealmente, en la imaginación de los proyectistas de esa nueva ala se dibujaba ya la traza del Palacio tal como hoy puede verse.

El Palacio de Buenavista va a ofrecer nuevos aspectos. Dentro de las líneas que marcaran los arquitectos de los duques de Alba, va a ser otro. Su historia entra en otra fase. Y a subrayarla se dirige el siguiente capítulo.



### III

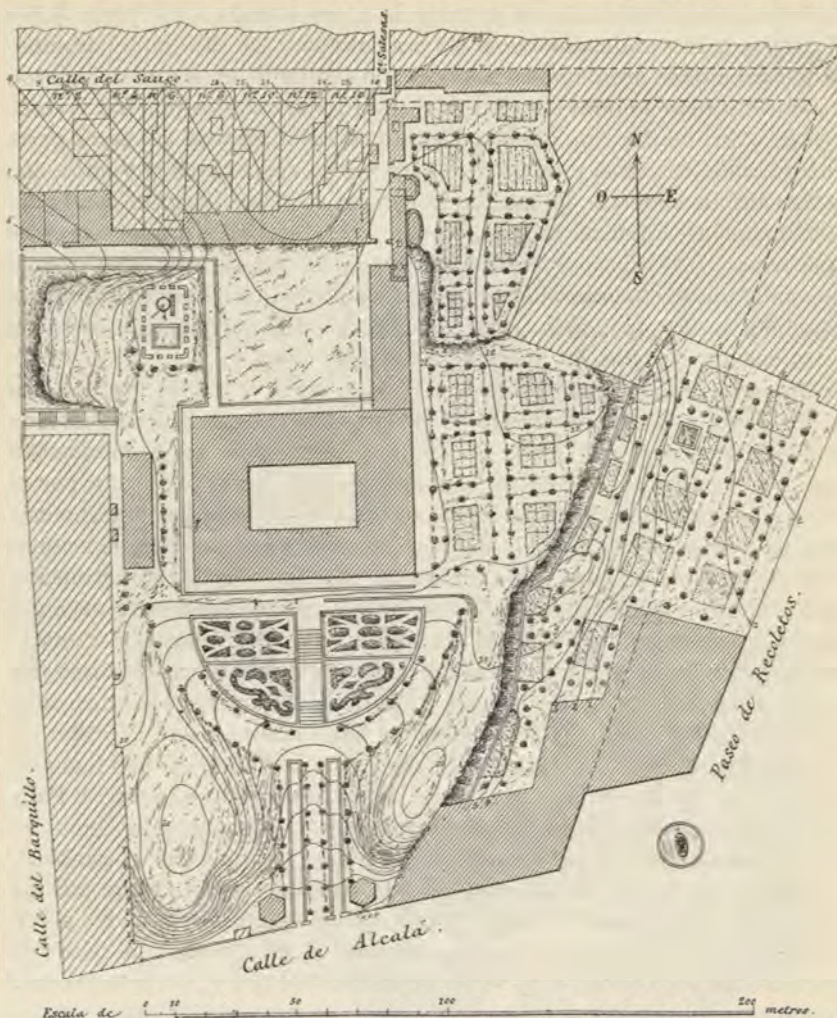
1861-1884

Aprobado el proyecto de la prolongación de la crujía del Este, empezaron en seguida las obras. Urgía el nuevo cuerpo de edificio, que sería un poco más estrecho y un poco más largo que los cuatro existentes, que definían en un rectángulo cuadrado el Palacio, igual al exterior que los otros y algo variado en la parte interna. Y bien se apreciaba ya que aquella ampliación habría de ser insuficiente para atender a las necesidades, no sólo de un futuro inmediato, sino presentes. Un día y otro, mientras las obras continuaban, no se dejaba de hablar de ampliaciones mayores, haciéndose no pocos planos y presupuestos, hasta que en agosto del año siguiente, y ya terminadas aquéllas, se resolvió aplazar la ejecución de nuevas ampliaciones, pese a todo lo precisas que eran. Porque no resultaban muy propicios aquellos días para afrontar los gastos, muy cuantiosos, que implicaría la realización de tales proyectos. Nuestro pabellón había recibido los insultos de las *cabilas* de Marruecos; la calma política que procuró a España la constitución de aquel gabinete que presidía Narváez, bajo los auspicios de la *Unión liberal*, se interrumpió por las inquietudes que produjo la *guerra de Africa*, tantas veces dada por concluida y que hasta ayer mismo fué la pesadilla de las madres españolas. Aun habiendo intervenido rápida y eficazmente nuestras tropas, cubiertas de gloria en las jornadas de *Castillejos* y *Tetuán*, el erario español sufrió un rudo golpe, tanto más sensible cuanto se encontraba harto resentido. Y la situación de nuestra Hacienda no autorizaba, no ya dispendios, sino gastos como los que representaban las proyectadas ampliaciones del palacio de Buenavista. Debían demorarse y se demoraron por diez años.

Ahora bien: en el espacio de ellos no dejaron de hacerse algunas otras obras de menor cuantía. Y de ellas voy hacer mención, pero no sin antes consignar que, terminada el ala a que vengo refiriéndome, se llevaron a la misma las oficinas de la Dirección de Ingenieros, algunas de la Dirección de Artillería, el Depósito de la Guerra y, por poco más de un año, la Junta consultiva de Guerra.

El año 1863, en que se celebró en Buenavista el curso o cursillo preparatorio para ingresar en la Academia de Ingenieros, hubo que reconstruir a tapia que daba a la calle del Saúco, y no debió hacerse muy bien el tra-





Plano del palacio de Buenavista correspondiente a 1863, prolongada ya la crujía Este, que constituía la primera etapa de la ampliación proyectada desde que entró en posesión de aquél el ramo de Guerra.

bajo por cuanto antes de dos años tuvieron que apuntalarla. Por entonces, es decir, por 1865, se acuarteló en la parte nueva del Palacio el *Batallón de Obreros*, antecedente de la actual Brigada Obrera y Topográfica. Y en 1869 se acometió un plan de obras para desmontar los terrenos que daban a la calle de Alcalá, para adaptarlos a los trazados de jardinería que se habían proyectado; todo ello después de haber convenido con el Ayuntamiento

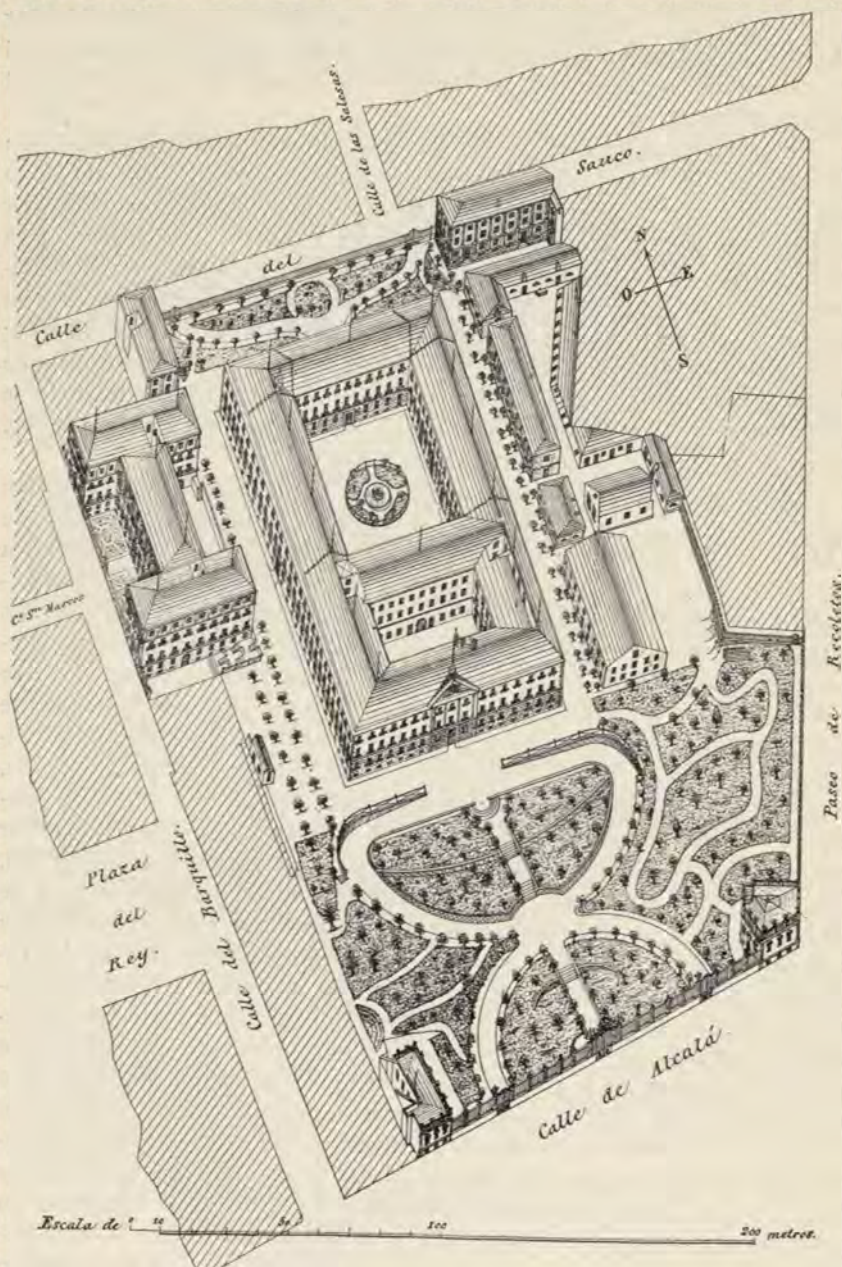


que éste suprimiera la arqueta de viaje de aguas situada sobre parte de los terrenos que debían desmontarse. No era cosa para dos días aquel desmonte y los trabajos se prolongaron hasta el año siguiente, en el que se hicieron las primeras plantaciones de arbustos, que fueron cedidos por los viveros del Real Patrimonio, y de plantas decorativas, dibujándose la mayor parte de los actuales macizos, y se empezó a colocar la verja que hoy vemos, con sus tres amplias puertas, de las que la central se abre a la gran escalinata del Ministerio —entonces aún una rampa— y las laterales a unas avenidas para coches, bordeadas por aceras para peatones, que alcanzan suavemente la glorieta que se explana a la puerta del Palacio, lo que no pudo terminarse hasta 1873, año en que, como remate de todos estos trabajos, se colocaron los trofeos que coronan las puertas de esa gran verja.

Otro convenio se había hecho con el Municipio, y por cierto de gran interés. Trataba el Ayuntamiento de prolongar la calle del Saúco, cortada por donde se abre la del Conde de Xiquena, para poner en comunicación aquélla y el paseo de Recoletos, comunicación ya hartamente precisada por el vecindario madrileño, y en 1856 había indicado el alcalde al Gobierno esta necesidad, en súplica de que el ramo de Guerra entablara negociaciones con el Ayuntamiento para ver el modo de proveer a ésta. Se fueron difiriendo las conversaciones, y tanto que, pese a las insistencias de las autoridades municipales, no pudieron entablarse hasta 1863. Pero aún transcurren tres años hasta que se firma el tan perseguido convenio —se firmó justamente el 28 de junio de 1866—, y las obras no se inician hasta 1872, en cuyo mes último quedó prolongada la calle, que habría de llamarse *de Prim*.

Era viejo objetivo del ramo de Guerra, y ya se indicó en otro lugar, el poseer toda o, al menos, la mayor parte de los terrenos que rodean al Palacio de Buenavista, tanto por seguir edificando en esta posesión como por aislar los servicios, tan importantes y delicados, que allí estaban establecidos; sobre todo se quería aislar aquél con máximas garantías de estrategia, poniendo por medio jardines, avenidas y pabellones destinados a servicios menos estimables que los existentes en el Ministerio o a servir de vivienda a algunos jefes de los servicios del Ministerio, y, tan pronto como se pudo atender, estudióse cierta proposición de venta de las casas señaladas con los números 6, 8, 10 y 12 de la calle del Saúco, que había formulado el marqués de Vegamar, propietario de las mismas. La proposición se hizo en 1863 y el acuerdo recaído sobre ella fechóse en 1870, conviniendo el marqués en entregar dichas fincas a cambio de una parte del llamado *Cuartel del Soldado* y 50.000 pesetas en metálico. Y una vez cumplimentado este otro convenio, se procedió a derribar las casas compradas, que, como tales, no tenían interés, dejando sólo en pie una parte que su último propietario había dedicado a picadero cubierto y que el ramo de Guerra utilizó para taller de carpintería, pero por pocos meses, ya que al año siguiente lo destruyó un incendio.





Plano en caballera del palacio de Buenavista correspondiente a 1884, terminada ya la ampliación de éste.



Por otra parte, en aquel mismo año se adjudicó a Buenavista el solar que había dejado el edificio de la Presidencia del Consejo de Ministros al ser consumido, también, por las llamas, al que se aludió casi al final del capítulo anterior.

En cuanto a los sucesos de más o menos relieve histórico que tuvieron por escenario el Palacio de Buenavista durante estos años, no es mucho lo que hay que escribir. Siguió siendo, naturalmente, lugar concurrido por todas las principales figuras de aquella época inquieta. Allí se veló por la seguridad del Estado y allí se conspiró contra todos los poderes constituidos, tramándose numerosas maniobras políticas. Eran aquellos los días en que los generales ponían sus espadones por ejes de la historia de España; los días de Narváez, de O'Donnell, de Prim, de Topete, de Serrano y de Pavía. Y era o tenía que ser el Ministerio de la Guerra, adonde también se había incorporado la Capitanía general en 1868, que permaneció diez años, el centro, el ombligo de una intensa actividad política.

La revolución del 68 acababa de triunfar. El grito sedicioso que habían lanzado Prim y Topete a bordo de la fragata *Zaragoza*, en la bahía de Cádiz, el 18 de septiembre, ganó rápido eco, primero en la escuadra surta en ésta, y, luego, en todo el solar hispano. Las tropas del Gobierno, acaudilladas por el marqués de Novaliches, habían sido batidas en Alcolea por los insurrectos, mandados por Serrano. Al divulgarse la noticia de esta victoria se alzaron todas las provincias, y doña Isabel, que veraneaba en San Sebastián, hubo de refugiarse en territorio francés, pasando rápidamente la frontera. Volcado el trono en Alcolea, se constituye un Gobierno provisional, se convocan Cortes Constituyentes, se nombra regente a Serrano, preside Prim el Gobierno que luego se forma...; ¡pasan ya los últimos pliegos de la historia de España! Y, repito, no es cosa de encorcar al lector con cosas tan sabidas. Pero, atento a mi fin, si diré que la figura de Prim, del héroe de los *Castillejos*, vuelve a reflejarse en los grandes espejos de los salones del Palacio de Buenavista; que los recargados marcos dorados *isabelinos* encuadran a aquel soldado, que fué el verdadero héroe de la revolución del 68, el estadista que afrontaba con innegable fortuna los problemas de una España dividida por graves antagonismos, donde nuevamente se levantaban en armas los *carlistas* y donde los republicanos se oponían tenazmente a la entrega de la máxima representación nacional a un príncipe. Prim vino de capitán general de Madrid, y al constituirse el Gobierno provisional encargóse de la cartera de Guerra. Con todo, se acercó en Buenavista, en cuyo Palacio venían domiciliándose los ministros de la Guerra. Luego, nombrado presidente del Consejo de ministros, en junio del 69, continuó habitando allí. Y en Buenavista vino a morir, después de aquel misterioso atentado de que fué víctima con su ayudante Moya en la calle del Turco, de vuelta del Congreso de los Diputados, donde se acabara de votar la lista civil del nuevo rey. Y en Buenavista



dió los últimos testimonios de su temple subiendo la escalera del Ministerio por su propio pie, herido de muerte como estaba, y luchando durante tres días, más con la voluntad que con la propia naturaleza, frente a *la Pálida*.

La revolución, y más tarde D. Amadeo de Saboya, traían los mejores propósitos. Si las eternas ambiciones políticas, que tanto daño han causado a nuestra patria, no hubiesen envenenado aquel período de nuestra historia, al igual que enrarecieron otros tiempos y otras situaciones, hubiese sido harto fecundo, que no faltaban buenos deseos ni capacidad para verlos realizados. Se quería reorganizarlo todo, enderezarlo todo, sanearlo todo. Y en bastante se benefició de tan excelentes propósitos Buenavista.

En 1871, reconocida la necesidad de reconcentrar allí todos los servicios directivos del ramo de Guerra, y reconocida, asimismo, la conveniencia de suprimir la cuantiosísima suma que satisfacía el Estado por alquileres de inmuebles para alojar muchos de aquéllos, se decidió un vasto plan de obras a realizar en Buenavista, y de las cuales serían básicas las de edificación de dos nuevas crujías del Palacio, que, cerrando la parte Norte con el ala construida en el 61, diesen a éste aspecto definitivo, aparte de servir cumplidamente aquellas necesidades.

El autor de aquel plan fué el entonces coronel comandante de Ingenieros D. José María Aparici, que contó con dos excelentes colaboradores: los capitanes D. Ramón Calvo, que falleció en 1873, y D. Luis Martín del Yerro, que alcanzó a ver culminar todas las obras proyectadas y que publicó una interesantísima *Memoria* sobre ellas.

Iniciáronse en seguida con la construcción del ala del Poniente, pero tuvieron que ser interrumpidas por falta de recursos; e interrumpidas estuvieron durante un año, a falta de cubierta aquélla. Una vez reanudadas, siguieron ya normalmente, con el ritmo previsto.

En abril del 74 quedó terminado este primer cuerpo de edificio; se trasladaron a él la Dirección general de Infantería, que aún sigue en tal lugar, y la Capitanía general, y antes de concluídas las obras del mismo se empezaron las de la crujía del Norte, que cerraría el segundo patio, y al mismo tiempo el Palacio, no sin antes haber hecho el derribo de algunos edificios accesorios que salían al paso de los avances del Palacio y los desmontes de bastantes terrenos, sustituyéndose las tapias que daban a las calles del Saúco y del Barquillo con una verja y dejando dispuestos parte de aquéllos para trazar los jardines que hoy pueden verse, presididos por una estatua de San Miguel.

Por los últimos días del verano del 75 se terminó esta otra crujía y en noviembre quedaban instalados en ella los servicios siguientes: la Dirección general de la Guardia civil, procedente de la casa llamada *de Altamira*, de la calle de San Bernardo; la Inspección de Carabineros, que venía ocupando hasta entonces un hotel en la calle de Serrano; la Comandancia



general y Subinspección de Ingenieros, y la Comandancia de Ingenieros de Madrid.

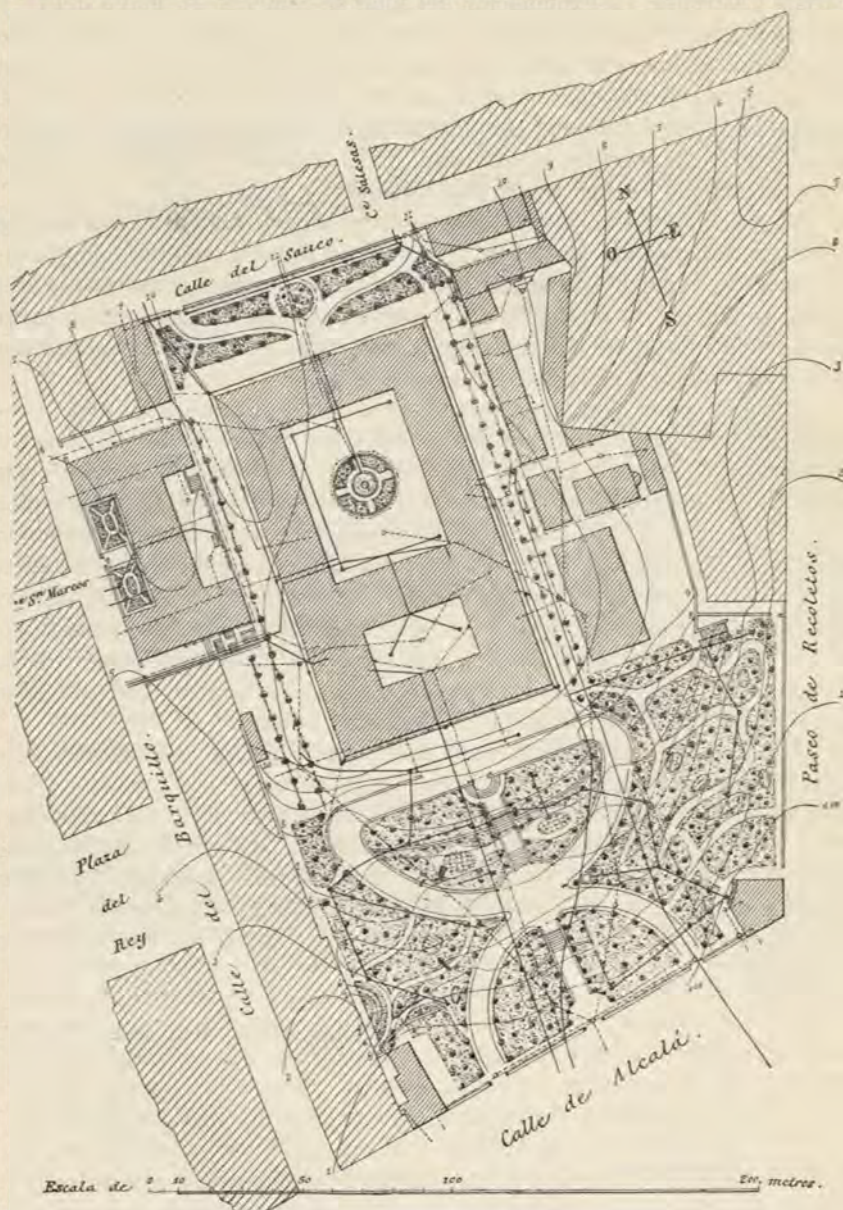
Con estas construcciones se proyectaron otras que debían levantarse en torno al gran edificio central: edificios accesorios y pabellones. Y a este efecto, se adquirieron algunas otras casas de la calle del Saúco y se hizo un nuevo convenio con el Ayuntamiento madrileño, dirigido a determinar cuáles eran los terrenos que precisaría éste para dar nuevo trazado a la llamada plaza de Madrid, hoy de Castelar, y a la entrada del paseo de Recoletos, cuyos proyectos eran ya conocidos y tenían interesados a todos los madrileños. El convenio se hizo el 72, y, en su virtud, el ramo de Guerra cedía los terrenos que precisaba el Ayuntamiento a cambio de otros, sitios en Carabanchel, y de algunas obras en la calle de Alcalá, convenientes al Ministerio.

Una vez concretado el espacio de que disponía el ramo de Guerra en Buenavista, se emprendieron las edificaciones últimamente citadas. Unas sobre las calles del Barquillo y del Saúco, de las cuales algunas de aquéllas no tienen vistas a dicha calle, y otras en la parte del Este, primero en los jardines y luego a lo largo de las medianerías de varias casas de la iglesia de San Pascual, del paseo de Recoletos, y otras casas de la calle del Saúco. Se levantaron viviendas para determinados jefes y empleados, departamentos para oficinas, cuartelillos, talleres, caballerizas y, finalmente, un pabellón destinado a recreo del ministro y luego a vivienda del subsecretario, que vino a ser ocupado por la Junta consultiva de Guerra. Se hizo una escalinata de sillería, muy elegante de líneas, casi desde la calle de Alcalá hasta la entrada principal del Ministerio, se empedraron todas las principales avenidas y calles que hay en Buenavista, proveyéndolas de aceras; se completó el alumbrado, se pusieron algunas columnas mingitorias y se animó parte de aquéllas con árboles.

Empero, aún había mucho que hacer en este período de la historia de Buenavista. Hubo que arreglar el Palacio primitivo, modernizando un buen golpe de cosas. Se hizo desaparecer cuanto afeaba las fachadas, tal como tubos de salida de humos y tubos de caída de aguas; se cambiaron los tejados, sustituyendo la teja moruna por teja plana, y se igualaron las chimeneas, que ofrecían hasta 114 variantes, según anota como curiosidad el Sr. Martín del Yerro en la *Memoria* aludida; se pusieron 13 agujas de pararrayos y se instaló un pequeño servicio para caso de incendio; se revocaron todas las fachadas y picaron y recalzaron todos los zócalos de sillería, haciendo desaparecer las huellas de enterramiento que habían quedado al hacer las rasantes de las calles que circundan el edificio. Y, por último, se planeó otro edificio importante, el que da a la calle del Barquillo, que tiene entrada por frente a la calle de San Marcos.

Debía alojar éste la Dirección general de Sanidad, la Caja de Ultramar, el Consejo de Recensiones y Enganches, la Auditoría de Guerra y el Vi-





Plano del palacio de Buenavista correspondiente a 1884.



cariato Castrense. La explanación del solar se comenzó en mayo del 77, y en febrero del 78 dió principio la construcción de la fábrica, que no pudo terminarse hasta marzo del 82, bastante después de lo previsto y en razón de haberse suspendido las obras en varias ocasiones por falta de recursos. Ahora bien, como aquellas dependencias precisaban del edificio, fueron instalándose algunas antes de estar terminado por completo, conforme iban concluyéndose sus respectivos locales.

Ya presentaba Buenavista casi el mismo aspecto actual; ya era uno de los timbres de orgullo de Madrid, con su gran Palacio y sus amenos jardines, cuando, como si estuviesen esperando esto, surgieron las llamas en el centro mismo de la posesión, en el centro del Palacio; buscando su pasto en la crujía central, en aquella desgraciada crujía que había desmantelado otra vez el fuego, viviendo la duquesa de Alba.

El suceso ocurrió en la noche del 24 al 25 de diciembre de 1882, y revistió grandes proporciones. Pese a todos los esfuerzos por detenerlo y reducirlo, el siniestro devoró gran parte de la crujía y desaparecieron entre las llamas numerosos documentos de notorio interés. ¿Intencionado? ¿Casual? Se dieron versiones para todos los gustos y la verdad quedó por conocerse. No obstante, hay que suponerlo fortuito. Como tantos y tantos otros incendios, más frecuentes entonces que ahora por los sistemas de calefacción empleados entonces y por las características de los edificios; no siendo de desdeñar para explicar los incendios de edificios públicos la presencia de muchas personas en los mismos que con un descuido, con una imprudencia, acarreaban la presencia de las llamas.

Aún calientes las cenizas, cabe decir que sobre los rescoldos se emprendió la reconstrucción de lo que el fuego devastó. Y al volver a recordar aquel aspecto que enorgullecía a los madrileños, el Palacio de Buenavista entraba en la cuarta etapa de su historia, bajo el reinado de Alfonso XII, en unos días encalmados, cuyos afanes ciudadanos presidía Cánovas del Castillo, y en vísperas de las calamidades públicas de Levante, donde los ríos inundarían tres provincias, y de la terrible aparición del cólera.

EMILIANO M. AGUILERA.

*(Continuará.)*



## LA «CÁMARA NUEVA» DEL CONCEJO DE MADRID (SIGLO XV)

### I

El Concejo se reunía durante la Edad Media en la antigua iglesia parroquial de San Salvador, derribada en 1842. La fecha más antigua en que aparece la fórmula tradicional «en la villa de madrit en la yglesia de ssant saluador estando el conçejo de la dicha villa ayuntado a campana rrepicada ssegúnd que lo an de vso e de costunbre» es de 1345 (Palacio: *Documentos del Archivo genèral de Madrid*, tomo I, 275-276). Las sesiones del Concejo se celebraron durante muchos siglos en dicha iglesia y la fórmula con que se encabezaron los acuerdos tuvo fortuna, llegando su uso hasta mediados del siglo xvi.

Se reunía el Concejo unas veces en la «claustra de la Iglesia», otras «en la cámara de su ayuntamiento que es en la claustra de la dicha iglesia» (Ac. 29. IX, 1478), aposento que estaba en el segundo piso del claustro, y de manera, casi constante, en el interior del templo. Estos cambios de local pueden ser explicados por las exigencias del culto o por otros motivos relacionados con el humor de los clérigos. Así, el arcipreste, en agosto de 1485, envió a sus visitadores para pedir «que no ficiesen concejo en la Iglesia de San Salvador... porque estoruauan de decir las horas que ende se dician» (Ac. 29. VIII, 1485). Ya en 1482 los regidores hablan de la necesidad de construir una sala nueva «y mandaron los dichos señores que tenga en sí mill maravedís para la cámara del ayuntamiento» (Ac. 8. V, 1482) (1). Tres años más tarde, en 11 de abril de 1485, se le decía a Alonso del Aguila que la «cámara del concejo... estaba caída» y rogaban al dicho licenciado Aguila, juez perquisidor en aquella ocasión, les ayudase para poder hacer la reforma necesaria. Hasta mayo de 1485 no se acomete la obra. El Concejo, en sesión del día 3, acordó cumplir lo ordenado por las Cortes de Toledo «pidiendo por merced [a sus Altezas] que por quanto las leis de Toledo,

(1) Amador de los Ríos *Historia de Madrid*, t. II, pág. 260-261, cita unas palabras de Clemencia (*Elogio de la Reina Católica*, Ilustración XI, págs. 260-261) que se refieren a la construcción de casas consistoriales. Amador de los Ríos no aclara nada de esta cuestión.



fechas por sus Altezas, mandaron facer cámara de ayuntamiento a las ciudades e villas de sus regnos»; pero Madrid no pudo cumplir, por el estado del caudal de propios, aquella orden real y pide autorización para hacer un repartimiento con este fin. En agosto se reúne el Concejo para que «el licenciado Alonso de Aguila... mande hacer luego la dicha cámara del Ayuntamiento sobre el portal de la dicha iglesia de San Salvador que está hacia la plaza» (Ac. 29. VIII, 1485). Fué autorizada una derrama de maravedís para atender a esta obra.

No sabemos nada de cómo fué hecha la nueva sala; es posible que fuese de gusto mudéjar, puesto que fué trazada y ejecutada por los «alarifes moros» (Ac. 29. VII, 1489). Estos fueron célebres artesanos que trabajaron en obras importantes. En 1478 fué nombrado uno de ellos, Abrahén de San Salvador, el cual hereda el puesto de su padre Abdallá de San Salvador; y en 1480 se hace un segundo nombramiento en favor de Mohamed de Gormaz. Ambos trabajaron para Madrid durante muchos años. Entre las obras que llevaron a cabo, se citan la construcción del puente de Vivero (Ac. 13. XII, 1481) y, sobre todo, la importantísima reparación de la puente toledana (Ac. 11. XI, 1482). La cámara nueva debió estar lujosamente decorada. Sabemos que en ella trabajó «Rodrigo, pintor», y que le fueron pagados diez mil maravedís (Ac. 31. VII, 1489); también se mandó comprar para los asientos tres alfombras de Alcaraz «que sean buenas» (Ac. 17. VII, 1489).

La pieza fué rematada en 1489, por cuanto que el acta del día 7 de agosto dice: «Este día estando ayuntado a campana rrepicada en la cámara nueva del concejo de la Villa, ques somo del portal de la Iglesia de San Salvador». Ahora bien, o las obras no fueron terminadas del todo en la fecha citada, o no fueron del gusto y agrado de los regidores, pues vemos que las sesiones siguientes se celebraron en distintos locales durante algún tiempo, por ejemplo la del día 12 de agosto en la «capilla de Diego González», la del 14 del mismo mes en el coro y la del 26 en el interior de la parroquia del Salvador. A partir de ahora, raramente se reunieron en otro sitio que no fuese en la flamante cámara.

## II

(Reunimos aquí las notas que sobre esta cuestión existen en los libros de Actas del Concejo por su interés local. Las que se publican no han sido, creemos, aún editadas (2); las referencias anteriores al 3 de mayo de 1485 están tomadas de A. Millares y J. Artilles: *Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño*, tomo I, 1932).

(2) El conde de Polentinos, *Las casas del Ayuntamiento y la plaza Mayor de Madrid*, Madrid, 1913, pág. 1, alude a estas cuartillas, pero de manera sumamente resumida.



*Ayuntamiento, 3-VI-1485, fol. 5 v., tomo II.*

Este día, todos los dichos señores Corregidor e Regidores otorgaron suplicación para su Alteza pidiéndoles por merçed que, por cuanto por las leyes de Toledo fechas por sus Altezas, mandaron facer cámara de Ayuntamiento a las çibdades e villas de sus regnos, e esta Villa no la ha fecho porque non a auido propios de que, que, manden o cometan al Corregidor que es o fuere, desta dicha Villa que vea e se ynforme si vuiere propio de que se haga, e que si no vuiere que se rreparta sobre toda la Villa e tierra qual la ordenare el Dotor de Madrid.

*Ayuntamiento, 29-VIII-1485, fol. 10 r., tomo II.*

Este día, estando ayuntados a Conçejo a campana rrepicada en la Egle-sia de San Saluador de la dicha Villa, con el honrrado cauallero García de la Quadra, Corregidor de la dicha Villa de Madrid por el Rey e Reyna, nuestros señores, e con Pedro Núñez de Toledo e con Francisco de Luzón e Luys de Alcalá e Diego de Madrid e Diego de Vargas e Gonzalo de Monçón e García de Alcoçer, que son de los rregidores de la dicha Villa, e con Pedro de Luxán, el Moço, e con los letrados del Conçejo e con el Alcayde Pedro de Córdoua e con Juan de Tapia e Juan de Cáçeres e Pedro de Valladolid e Ferrando de la Piedra e el comisário de Amorós e Juan de Madrid e Francisco Lagarto que son de los caualleros e escuderos de la dicha Villa de Madrid, e Pedro Díaz, fijo de García Díaz, e con Juan de Ferránd García, vecino de Vallecas, e con Alonso de las Eras e Diego de Yllescas Alonso García, cortidor e Alonso Coxo e Alonso del Arroyo, vecino de Ambros, e Pedro de Pascual de Gonzalo, que son los omes buenos pecheros de esta Villa e su tierra. Este dicho día, el dicho señor corregidor rrequirió al dicho Conçejo, rregidores, caualleros e escuderos e omes buenos pecheros suso dichos, que presentes estauan, que por quanto non tenían cámara de Ayuntamiento e avia seydo rrequerido por los visytadores deste Arçiprestadgo que non se ficiese conçejo en la egle-sia de Sant Saluador desta dicha Villa, porque estoruauan de decir las oras que ende se di-zían, e asy mesmo, segúnd la ley de Toledo, eran obligados de facer la dicha cámara de Ayuntamiento, quel les rrequería que diesen forma de la facer, so protestaçon que facía e fizo que si penas o daños viniesen sobre ello a la dicha Villa, fuese a cargo e culpa suya dellos e no del dicho Corregidor. E luego los dichos señores Regidor y caualleros, escuderos e omes buenos, digeron que rrequerían e rrequirieron al dicho señor Corregidor que luego mande auer ynformación de quales quier propios e rrentas que la dicha



Villa tenía e tenga, e asy mesmo de todas las viñas e baruechos nueuamente adjudicados a la dicha Villa por el liçenciado Alonso del Aguila, e dello mande hacer luego la dicha cámara del Ayuntamiento sobre el portal de la dicha eglesia de Sant Saluador questá hacia la plaça, porque de todo lo quel dicho señor corregidor ficiere ellos aurán placer, tanto que se faga la dicha cámara, e questo dauan en rrespuesta al dicho rrequerimiento; e el dicho Corregidor dixo que lo aceptaua e acetó e le placía de lo asy facer. Testigos Juan de Hermosa, e Juan Roldán e Pedro Pasqual Gonzalo.

*Ayuntamiento, 16-III-1487, fol. 69 r., tomo II.*

Este día, los dichos señores otorgaron derrama de çinquenta mill maravedis por la Villa e tierra e por todos los caualleros e escuderos de la Villa e su tierra, según se suele facer para puentes e fuentes, para façer la cámara del Conçejo que sus altezas, por virtud de su comisión, mandaron facer, dirigida al prior de San Jerónimo el Real, el qual, ynformado de lo que era menester, la declarase e por su declaración lo derramasen e rrepartiesen, el qual declaró que era neçesario para ello los dichos çinquenta mil maravedís, segund que paresció por la dicha carta e por la dicha declaración. Lo qual así visto mandaron hacer el dicho rrepartimiento segund que en la dicha carta e declaración se contiene; e mandaron que las pagas sean por tres terços, el primero o veinte de abril, e el segundo a veinte de mayo e el terçero a veinte de jullio, el qual dicho rrepartimiento dixerón que mandauan e mandaron facer, porque segund los pocos propios questa Villa tiene e los salarios que ay de los dichos propios no ay de que. Los dichos seismeros dixerón que no consintían en ello, los dichos señores mandaron lo que mandado avían, cumpliendo el mandamiento de sus altezas.

*Ayuntamiento, 3-IV-1487, fol. 188 v., tomo II.*

Todos los sobredichos acordaron que para dar asyento, en la derrama de los çinquenta mil maravedis para facer la cámara del Ayuntamiento del Conçejo desta Villa, que esta tarde vayan a casa del señor corregidor e lo vean e platiquen sobrello en que manera se aya de facer que cumpla mas al seruicio de los Reyes, nuestros señores, e al pro e bien común desta Villa e su tierra, para lo qual platycar e ver acordaron e nombraron que vayan a ello de Regidores Diego de Vargas e Diego González de Madrid, e de caualleros Aluaro de Luxán e Juan de Luxán, el Bastardo, e el Alcayde Pedro de Córdoba. E si señor Ponçe estouiese en la Villa vaya a dar el asiento en ello.



*Ayuntamiento, 8-X-1487, fol. 95 r., tomo II.*

Mandó el señor Corregidor, conformándose con la carta de sus altezas, en que manda que lo que se rrepartiese para la cámara del Conçejo desta Villa, se repartiese por rregidores e caualleros e escuderos e dueñas e donzellas e pecheros. Que los doze mill e quinientos que cabe a la Villa que lo paguen todos los contenidos en la dicha carta e segúnd que lo declara, e que porque mas sin pena se coja, porque de otra manera sería dificultosa la cosecha dello, que se eche lo que caue a los caballeros e escuderos en sisa, en la vaca un maravedí en cada arrelde de otro tanto en el carnero por el tiempo que se cojesen los dichos seys mill e doscientos e çincuenta maravedis. Otrosy lo que cabe a los dichos buenos onbres pecheros, con judíos y moros, mando que se echen en sisa o rrepartimiento como mejor se comvinere. Asentose con Pedro de Pascual Domingo que se echen en sisa.

*Ayuntamiento, 5-V-1488, fol. 124. v., tomo II.*

Mandaron los dichos señores hacer libramiento en el mayordomo de veinte e ocho rreales para pagar vn arca que se compró para poner en la cámara nueva del Conçejo, en que se pongan las escrituras del Conçejo.

*Ayuntamiento, 3-VII-1489, fol. 153 r., tomo II.*

Acordaron los dichos señores, que porques mengua de la Villa y rregimiento de no aver alfombras en los asientos de la Cámara nueva del dicho Conçejo y el dicho señor corregidor dize que le plaze de aplicar de las penas del empedrar y otras penas para ello, que mandauan e mandaron al rreçebtor de la dicha Villa Rodrigo del Monte quel compre tres alfombras para los dichos asientos de los propios e rentas de la dicha Villa de su cargo. Y para ello mandaronle librar çinco mill maravedís y de estos las compre y asy mismo compre vna çerradura para el arca questá en la dicha cámara y haga poner las ventanas y hazer sus aldabas en ellas, y que la dicha çerradura se haga luego, para que entretanto que se ponen las ventanas, se pongan las dichas alfombras debaxo de llaue. Y asi mismo haga vn vanco los dichos caballeros para que esté delante del arca para que me asiente yo asi en lo que en la dicha cámara pasare.



*Ayuntamiento, 17-VII-1489, fol. 156 v., tomo II.*

Mandaron librar al mayordomo seys mill maravedís para tres alfombras buenas, questen en la sala nueva del Conçejo y que sean buenas y de las de Alcaraz y que sean nuevas.

Otrosy quinze mill maravedís que los maestros dizen que costará acabar la sala del Conçejo en perfección con la pintura, que se libre en el dicho mayordomo.

*Ayuntamiento, 29-VII-1489, fol. 159 v., tomo II.*

Dieron cargo a Gonzalo de Monçon, rregidor y Fernando de Madrid para que vean lo que es nesçesario para acabar la cámara del Ayuntamiento, de que tienen cargo los moros alarifes y tienen pagadas las manos y se haga comprar lo que fuese neçesario y señalen la pintura y lo hagan acabar en perfección.

*Ayuntamiento, 31-VII-1489, fol. 162 r.*

Asy mismo, el dicho Francisco Nuñez e Fernando de Madrid notificaron que abinieron la pintura desta sala del Conçejo con Rodrigo, pintor, por diez mil maravedís, e mandaronlos librar aviendolo por bueno segun lo ouieron.

Otro si les notificaron como para tablas e madera e clavazon e yeso pardo e blanco e toda cosa de petrechos para acabar la dicha Sala, tasaron con los maestros que tienen el destajo de los manos en cinco mil e setecientos maravedís, e ovieronlo por bueno e mandaron los librar a los dichos moros para que se acabe la dicha casa.

*Acuerdo, 17-IX-1490, fol. 225 r.*

Nombraron por alarife, en lugar de maestro Mahomad de Gormaz, que se absentó desta Villa, a maestro Yuçaf, por quanto la voluntad de la Villa fuere para que sirva el dicho oficio con maestro Abraen de San Saluador, que es alarife, el cual dixerón que tomauan e tomaron por tal alarife segund e por la forma e manera que rescuiieron al dicho maestro Abraen e tenía el dicho maestro Mahomad, en cuyo lugar rrescifen al dicho maestre Yuçaf y mandaron que venga a jurar el juramento que se requiere. Testigo Rodrigo Román e Pedro de Heredia e Gonzalo de Oviedo.

E. V. H.

*Archivo de Villa.*



## CASTILLO DEL REAL DE MANZANARES

I.—Noticias del Real de Manzanares hasta la erección de la actual fortaleza por el primer marqués de Santillana; las disputas entre Segovia y Madrid; donación por Juan I del Real de Manzanares a D. Pero González de Mendoza y documentos que niegan la inmediata validez de tal donación; la duquesa de Arjona y su hermano D. Íñigo.

II.—Descripción del castillo actual, expresando lo que fué construído por el marqués de Santillana y las ampliaciones y mejoras debidas a sus sucesores.

III.—Noticias históricas del castillo del Real de Manzanares; el marqués de las Serranillas; el primer duque del Infantado y los amores de su hermano el cardenal Mendoza; noticias de otros duques que habitaron el castillo-palacio.

### I

Bien merecía la belleza de este castillo y su regular estado de conservación si se le compara con otros maltrechos que existen en España, que su historia militar fuera tan sugestiva como su traza. Empero, alzado ya al mediar el siglo xv previa demolición de añeja fortaleza, las *Crónicas* no hablan de él por acaecimientos bélicos tales como mortíferos asaltos, largos sitios o nocturnas escaladas; a poco de construirse advino la pacificación de España bajo la férrea mano de los Reyes Católicos, la nobleza se hizo sumisa y cortesana, acabaron para siempre las luchas entre magnates turbulentos o ambiciosos, y si día y noche siguieron desde las torres lanzando la voz de «alerta» algunos centinelas, si aún luengos años asomaron por las troneras su negra boca los falconetes herrumbrosos, o los pueblos mucho tiempo todavía enviaron sus hombres para velar el castillo o limpiar su foso, no era ya más que para servir el privilegio y fuero de los señores. La linda estampa de esta filigrana del arte militar, más que para crudos hechos de guerra, diríase hecha para alojamiento de damas y caballeros a la vuelta de una montería en las sierras cercanas, escenario de amorosos idilios, o para festines y saraos; más apropiado el castillo de Manzanares a entretenimientos caballerescos que a luchas sangrientas, mirando el encaje de sus almenas y sus afiligranados ventanales góticos,



mejor que al adusto guerrero de férrea armadura, evocamos a la damisela rubia sentada sobre rojo cojín junto al alféizar de calada ventana, con la mirada perdida a lo lejos y el pensamiento puesto en el galán ausente; o al juglar andariego, con su laúd a la espalda, inclinándose ante la castellana gentil y ofreciéndola, a cambio de la hospitalidad, distraer su aburrimiento con apasionadas cantilenas o el recitado de romances antañones.

En efecto, el castillo del Real de Manzanares no fué escenario de combates cruentos, pero sí no pocas veces amoroso nido en el que nacieron hombres famosos, no siempre engendrados en legítimo matrimonio; fué durante años morada de familias renombradas por su grandeza y magnificencia; y en sus ricos salones aletearon las ninfas del Parnaso, inspirando a algún caballero-poeta, se escribieron y miniaron famosas traducciones de obras clásicas, se alegraron con bulliciosas fiestas, y también en ellos la Parca cerró los ojos de hombres que por su alcurnia y hechos figuran en los anales patrios. Antes de historiar esta fortaleza tan evocadora, antes de describir sus poéticas ruinas, quiero contar alguna de las vicisitudes por que pasó la tierra de Manzanares hasta que el primer marqués de Santillana levantara el actual castillo; merece la pena.

No quedaron bien deslindados los territorios dados a Segovia y Madrid poco después de la Reconquista, quizá porque el país, montañés y deshabitado, contara con muy escasos núcleos de población; fueron éstos aumentando al correr del tiempo y empezaron las discusiones entre Segovia y Madrid, sin que bastara para concluir las el privilegio rodado de Alfonso VII el Emperador por el cual, con fecha 1 de mayo de 1122, hacía merced a la villa de Madrid de todos los montes y términos desde el Berrueco al Lozoya, con todos los valles y sierras que llegan a aquella villa, merced confirmada en Toledo por Alfonso VIII el año 1175 (1). Segovia no se dió a partido; alegó mejor derecho; tras la pugna diplomática vino con frecuencia la lucha armada, disputándose durante largos años la posesión del sexmo de Manzanares, sin que sirviera de nada que el Rey Sabio, para acabar con el enojoso pleito, adjudicara a la corona el país en litigio (que se llamó por eso en adelante «Real de Manzanares»), pues Segovia juzgó como un expolio la segregación (2); a Madrid se le respetaron sus derechos al pastoreo, caza y aprovechamiento de carbones en los montes del término realengo, si bien durante siglos hubo de reclamar con inusitada frecuencia contra el atropello de los mismos (3).

(1) Archivo general del Ayuntamiento de Madrid.

(2) Privilegio de Alfonso X haciendo merced a Madrid de sus términos y dividiendo de ellos los del Real de Manzanares, fechado en San Justo de Alcalá, a 26 de diciembre, era 1313 (año 1275). Archivo general de la Villa de Madrid.

(3) En el Archivo general de la Villa de Madrid hay notas y traslados de muchos documentos relativos al derecho de esta villa a tales aprovechamientos, y pleitos fallados a su favor;



Muerto Alfonso el Sabio tras un levantamiento de su hijo Sancho IV el Bravo, éste, en 1287, tratando de complacer a Segovia, por carta fechada a 30 de marzo, confirmó a la ciudad en la posesión del «sexmo» de Manzanares, que comprendía Manzanares, Las Chozas, Las Porquerizas, Guadaluix, Fituero, Colmenar Viejo, La Moraleja, La Calzadiella, Viñuellas, Colmenar del Foyo, la Torre de Lodones, el Tejar, Tajavías, Carbonero, Marhoyal, Santa María del Tornero, El Pardo, Santa María del Retamal, Pacemporra, Forcajo, Las Valqueras, Colmenar de Don Mateo, Santa María del Galapagar, con las fuentes del Alamo (4), lugares muchos de ellos hoy desaparecidos.

Madrid no se conformó con esto, pues si había tolerado la apropiación realenga, vió con malos ojos el triunfo de su rival Segovia; la temprana muerte del rey Sancho y la turbulenta minoría de Fernando IV favorecieron las luchas entre ambas poblaciones por el dominio de Manzanares, hasta que el infante D. Enrique, tío y tutor del monarca, en unión de doña María de Molina, madre de éste, con pretexto de su sangre real pero en realidad valido de su fuerza, tomó para sí el territorio respetando los derechos de pastos a la villa de Madrid (5) y sin que por entonces los segovianos se opusieran con las armas, aunque reclamaron ante el rey. Este reconoció su derecho y ordenó la entrega del territorio (6), pero su tío no obedeció; muerto el infante en 1304, Fernando IV, quizá olvidado de su anterior sentencia, dió la tierra de Manzanares a Alfonso Fernández, hijo del infante D. Fernando de la Cerda, lo que motivó otra protesta de Segovia, quien obtuvo del rey un nuevo privilegio fechado en Valladolid a 2 de abril de 1312, copiado íntegro por Colmenares, y en el que se lee: «...e mostráronme por vos el concejo de cómo estávades desheredados del sexmo de Manzanares con todas sus aldeas e sus términos que vos yo tomé e dí a D. Alfonso mio corman[o] fijo del infante D. Fernando. Et porque vos yo avía dado mi carta seellada con mio seello de plomo en que vos asegurava de vos la tornar e entregar en ello..., tengo por bien e mandó que entredes e ayades todo el sexmo de Manzanares con sus aldeas e con todos sus términos... sin pena e sin caloña alguna...» Ese mismo año murió Fernando IV, al que llaman El Emplazado porque, según la leyenda, falleció en el término que señalaron los hermanos Carvajales antes de ser despeñados en Martos, pero más probablemente a consecuencia de una lesión tubercu-

---

por citar algunos, mencionaré un privilegio confirmatorio de Fernando III, fechado en Madrid a 15 de octubre, era de 1341 (la fecha es muy equivocada, y debe ser el documento de Fernando IV); otro idéntico de Sancho IV; otro de D. Fadrique, conde de Trastámara, señor de Manzanares, de 28 de junio de 1408; otro de Isabel la Católica, fechado en Valladolid el 30 de noviembre de 1471, y muchas sentencias con motivo de litigios entre Madrid y varios duques del Infantado.

(4) Lo transcribe íntegro Diego Colmenares en su *Historia de Segovia*.

(5) Archivo general de la Villa de Madrid.

(6) Por privilegio rodado que transcribe Colmenares.



losa agudizada; Segovia no pudo recuperar el Real de Manzanares, que siguió en manos de D. Alfonso de la Cerda, aun cuando aquélla, lo mismo que Madrid, continuó en sus reclamaciones a veces agresivas, pues la turbulenta minoridad de Alfonso XI era propicia a los desmanes, mal sofrenados por una autoridad real vacilante en tales circunstancias. Tan pronto era señor efectivo de Manzanares D. Alfonso de la Cerda, como dejaba de serlo transitoriamente con motivo de sus rebeldías, pasando entonces el disputado sexmo a Segovia, con gran enojo de Madrid; así llegó el 2 de octubre de 1342, en cuyo día ordena el monarca al alcalde, Francisco Fernández de Palencia, que vaya a hacer el amojonamiento de la tierra del Real de Manzanares, perteneciente entonces a doña Leonor de Guzmán (su concubina y madre de Enrique II el de Trastámara), pues lo había adquirido, en unión de Guadalix, de D. Juan, hijo de Alfonso de la Cerda, a cambio de la villa de «Guelva, su castillo, fortalezas y salinas» (7).

La pasión sentida por Alfonso XI hacia esta señora sólo era comparable a la que embargaría a su hijo Pedro el Cruel por la linda y discreta doña María de Padilla, pero aquélla fué de consecuencias lamentables para Castilla; como verdadera reina figuraba la de Guzmán con menosprecio de la esposa legítima, y ello acarrearía por parte de Don Pedro, cuando subió al trono, una venganza implacable a la que puso fin la muerte airada de la manceba; por parte de los hijos de ésta, un odio feroz hacia el nuevo rey, que le haría imposible la vida y buen gobierno de sus estados, estimulando su espíritu sangrientamente justiciero; al fin, el fratricidio de Montiel, para olvidar el cual Enrique de Trastámara hubo de dilapidar los bienes de la corona, procurando mercedes sin cuento a los nobles, más levantiscos cuanto más poderosos... Quizá parezca superflua esta digresión, pero no está de más para fijar el ambiente de la época; y volviendo a doña Leonor de Guzmán, señora de Manzanares, diré que sin duda trató el rey de pasar a su lado una amable temporada para descansar del ajetreo político y guerrero, prefiriendo la risueña vega de Manzanares y sus lomas montaraces para gozar la compañía de su coima; quizá ésta aún no había entrado en sus nuevos dominios, la vivienda señorial estaba desvencijada y en medianas condiciones para albergar a la amartelada pareja, y de ahí que Don Alfonso XI dirigiera a los alcaldes de la villa de Madrid, desde el castillo de Cadalso de los Vidrios donde estaba el 4 de septiembre de 1344, una carta que dice así: «Don Alfonso por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Toledo... a los alcaldes e al alguazil de Madrit o a qualesquier de vos que esta nuestra carta viéredes, salud e gracia. Sepades que nós ymos de camino para Mançanares et tenemos por bien que todos los maestros carpenteros

(7) La carta de Alfonso XI figura extractada en el tomo M-9 de la Colección Salazar, de la Academia de la Historia.



que y [ahí] ovier[e] que se vayan para Mançanares para adobar los palacios que y están en que posemos. Porque vos mandamos que luego vista esta nuestra carta, syn otro detenimiento ninguno, enbiedes todos los maestros carpenteros que ovier y en la dicha Villa al dicho lugar de Mançanares, para que adoben los dichos palacios, como dicho es, ca en quanto y andovieren labrando, nós les mandaremos pagar por cada día su jornal. Et non fagades ende al, so pena de nuestra merced e de los cuerpos e de quanto avedes. Dada en Cadahalso, sellada con el nuestro sello [de la] poridad...» (8).

Calla la *Crónica* estos esparcimientos del monarca y nada sabemos de cuánto durara su estancia en Manzanares, donde, según su carta anterior, había unos palacios nada menos, a los que sin duda se refieren documentos de casi un siglo después, cuando aún no existía el actual castillo; ¿qué palacios eran éstos?

Sobre el alcor donde está situada la actual fortaleza hubo una iglesuela, de la que resta el ábside empotrado en el castillo, según más adelante diré, y en el patio de éste se advierten con toda claridad cimientos de una construcción anterior, sobrado robusta y asaz pequeña para palacio. Cuando los segovianos construyeron la villa en el siglo XIII, con gran enojo de Madrid, sin duda lo hicieron teniendo en cuenta que quedaba salvaguardada por una obra defensiva existente sobre el cerro, obra militar identificable con una torre de las que como atalaya, telégrafo óptico y guarda del territorio, abundaban en la campiña; torre que tendría un pequeño recinto anejo, mas sin categoría de verdadero castillo y menos de palacio, aunque la palabra se empleara enfáticamente para designar una casa señorial más o menos fortificada, como todas las de época tan insegura. Los «palacios» aludidos, que serían una vivienda más amplia y confortable que las vecinas chozas de labrantines y pastores, debieron estar a Poniente de Manzanares (*cerca de la villa*, dicen los documentos del siglo XV), sobre un oteruelo donde quedan muros bajos y cubos esquineros pertenecientes a un castillejo del siglo XIII.

Muerta violentamente en Talavera doña Leonor de Guzmán, se apoderó de sus bienes Pedro el Cruel, y más tarde el Real de Manzanares fué dado al infante D. Juan de Portugal, hermano del rey de este país; pero cuando el infante D. Alfonso se alzó en Gijón contra Juan I, el nuevo señor de Manzanares tomó el partido de aquél; la rebelión fué vencida, al infante portugués se le desposeyó del Real de Manzanares (9) y a poco fué

(8) Original, en el Archivo de Madrid. Publicada en *Documentos del Archivo general de la Villa de Madrid*, 1932.

(9) Así consta en el preámbulo del *Libro índice de todos los instrumentos y pertenencias de que se compone el Real y Condado de Manzanares*. . Archivo de Osuna, en el Histórico Nacional; Inventarios, número 70.



encerrado en el alcázar toledano, pues muerto el rey de Portugal y decidido el de Castilla a ocupar el trono, hubo temor de que el infante lo pretendiera (10).

Ocurrían estos sucesos en 1383, y ese mismo año estando el monarca en la Puebla de Montalbán, hizo donación del Real de Manzanares al que fuera su ayo y continuaba siendo su mayordomo, fiel vasallo y hombre de confianza, D. Pero González de Mendoza, muerto al poco tiempo en la batalla de Aljubarrota después de salvar heroicamente la vida de su rey y señor (11). El documento lleva fecha de 14 de octubre, es muy conocido de los doctos, y todos los historiadores se atienen a él para señalar la fecha en que el Real de Manzanares pasó a la casa de los Mendoza sin añadir otras noticias referentes al caso, pues sólo el académico e historiador alcarreño D. Juan Catalina García insinúa que la donación fué a cambio de Torija (12); pero el hecho positivo es que tal donación no tuvo efectividad en vida de D. Pero González de Mendoza, o si la tuvo fué efímera, según voy a demostrar inmediatamente:

En un libro manuscrito procedente de la casa ducal del Infantado, que se guarda en la Academia de la Historia (13), ya se dice que «en diversas veces fueron hechas (las donaciones del Real de Manzanares) y de diversos lugares, de manera que no fué hecho merced de una vez de todo junto»; en corroboración de esto, he de citar algunos documentos que he hallado, de los que se infiere la nulidad de la primera donación, aunque desconozcamos sus causas. Don Juan I, cumpliendo una cláusula testamentaria de su padre Enrique el de Trastámara, restituyó la villa y fortaleza de Tori-

(10) *Crónica del Rey Don Juan, primero de Castilla e de León*; año V, capítulo VIII.

(11) Para más detalles sobre este personaje y su familia, véase mi estudio sobre el castillo de Buitrago; infinidad de obras antiguas y modernas se ocupan de él, y como la mayoría son muy conocidas, me abstengo de enumerarlas.

(12) En el Archivo de Osuna, legajo 1679, estuvo la Cédula original, hoy perdida, y hay dos copias simples de la parte dispositiva; dicen así:

«Nos el Rey, por fazer bien y merced a Vos Pero Gonçalez de Mendoza nro Maiordomo mr y por vos dar galardón de los muchos servicios y buenos que habedes fecho y fazedes assi al rey Don Enríque nro padre (que Dios perdone) como a nos, e porque todavía seades mas onrrado y valades mas, Damosvos todas las Villas y logares y Aldeas del Real de Mançanares segund suelen andar y segund que mas complidamente las ovieron los otros Señores cuias fueron fasta aqui, para que las ayades por Juro de Hereditat vos y los que de Vos vinieren de lexítimo matrimonio y para que las podades dar y vender y Empeñar y trocar y cambiar y enagenar y fazer de ellas y de cada una de ellas todo lo que quisieredes como de cosa vuestra propia; con la justizia y señorío zivil y Creiminal alta y baja, y con mero mixto Ymperio y con todas las rentas y pechos y drs foreros que nos y Savemos o devemos saber en qualquier manera, e con todos sus términos y montes y Pastos y aguas corrientes y stantes, con todas las otras cosas que los dhs logares án o deven haver en qual quier manera así de fecho como de derecho pero que ninguna de estas cosas podades fazer con Ome de Orden nin de Religión nin de fuera de nuestros Regnos sin ntra lizencia y mandado. E por este alvalá o por el traslado del signado de scrivano público, mandamos a los Concejos y vecinos y moradores de los dhs logares del Real de Mançanares y a cada uno dellos, que rrescivan y ayan por su Señor de aquí adelante a vos el dho Pero Gonçalez e a los que de vos vinieren despues de vuestros días...»

(13) *Relación de villas y fortalezas de la Casa de Mendoza*.



ja (14) a doña María Fernández Coronel pues la pertenecía de derecho, aunque por donación de Enrique II la poseía D. Pero González de Mendoza, y después de su muerte, el almirante D. Diego, hijo del héroe de Aljubarrota; al devolver éste villa tan importante, sin duda pidió una compensación, a lo que atendió el monarca, según se deduce de un extracto que figura en la *Colección Salazar* de la Academia de la Historia (15) y dice así: «El rey D. Juan I en 1 de Marzo de 1389, manda a D. Hurtado de Mendoza su mayordomo maior que dentro de tres días diese y entregase a Doña María Coronel o a quien su poder aviese, el su lugar de Torija con su casa fuerte por su mandato se la entregase porque le pertenecía de derecho. Y manda a los oidores de la su audiencia que fagan descontar del Real de Manzanares tanto como montase la dicha Torija y lo diesen al dicho Diego Hurtado dejando lo demás del Real a quien perteneciese. Entregó dicho Hurtado a Torija a Doña María Coronel... y aquella villa valoróse en 255.000 maravedises y los oidores de la audiencia del Rey hicieron del Real dos partes, una de las que importó los dichos 255.000 mrvs., en que entraron los lugares de Guadarrama, Navacerrada, Collado Mediano, Galapagar, Collado de Villalba, Las Chozas y Guadaleix los quales mandaron entregar al dho. Diego Hurtado en recompensa de Torija y así se hizo por el Rey en Guadalajara a 27 de Mayo de 1390.» La veracidad de lo contenido por este extracto está avalada en un documento consignado en el *Libro índice del Archivo de Osuna* que se refiere a la «Posesión, tasación y iguala que se hicieron en Alcalá de Henares el año 1389 ante los oidores de la Chancillería del rey Don Juan I para el entrego... de Torija...», y en otro privilegio original de Juan I (16), dado en Guadalajara a 27 de mayo de 1390, por el que manda a los Concejos, alcaldes, etc., de Guadarrama, Navacerrada, Collado Mediano, Galapagar, Collado de Villalba, Las Chozas y Guadaleix que reciban como señor a D. Diego Hurtado de Mendoza.

Hasta aquí queda aclarado cuándo, cómo y por qué los Mendozas entraron en definitiva posesión de la mitad del Real de Manzanares; en cuanto a la otra mitad, sin duda porque el almirante adujera su derecho mostrando el escrito de Juan I por el que donaba a su padre la totalidad del territorio, Enrique III el Doliente, en las Cortes de Madrid, firmó un privilegio, con fecha 20 de abril de 1391, por el que aprueba y confirma a favor de los herederos de D. Pero González de Mendoza, mayordomo que fué del rey su padre, la merced que le había hecho del Real de Manzanares (17).

Murió D. Diego el almirante el año 1404, a los cuarenta de edad,

(14) Para más detalles sobre estos asuntos y acerca de esa señora, véase el estudio que dedico a Torija en mi obra *Castillos de Guadalajara*, Madrid, 1933.

(15) Tomo M-19.

(16) Lo consigna el *Libro índice del Archivo de Osuna*.

(17) Archivo de Osuna.



después de haber aumentado en mucho su hacienda y adorado a Venus más de lo debido, según insinúa su biógrafo Fernán Pérez de Guzmán (18) y lo hacen pensar sus poesías, todas de color subido, sin que falten documentos curiosos que hartamente lo demuestran (19). El mismo año de su muerte comenzaron los conflictos en torno a la posesión del Real de Manzanares, entre doña Aldonza, hija de D. Diego y su primera mujer doña María de Castilla (20), y su medio hermano Íñigo López de Mendoza, habido por el almirante en su segunda esposa doña Leonor de la Vega (21), quien quedara como tutora de su hijo (a la sazón de siete años de edad) en unión de D. Juan Hurtado de Mendoza, prestamero mayor de Vizcaya, y Diego López Medrano.

Estaba casada doña Aldonza con D. Fadrique de Castilla, duque de Arjona (22), y bien porque «unos quieren dezir que esta tierra (Real de Manzanares) hera bienes partibles entre el marqués Don Íñigo Lopes e la duquesa de Arjona... y toman ocasion para lo dezir porque la dicha duquesa por fin e muerte del dicho almirante tovo a Guadalix e a porquerizas (la actual Miraflores) e a Chozas, esto fué a causa que de hecho se entró (apoderó) en estos lugares la dicha duquesa» (23), o bien porque como D. Íñigo «quedó niño, so color que el almirante su padre entre otras cosas por su testamento mandara a la dicha duquesa su hija ciertos maravedises y que entretando no gelos pagase tuviera los dichos logares» (24), lo cierto es que el territorio del Real estuvo en casi constante litigio hasta que bastante después del «fin de la dicha duquesa, el dicho marqués don Yñigo Lopes los tornó a tomar como de su mayorazgo».

Ya en Madrid, a 20 de diciembre de 1404 (lo que prueba la inexactitud

(18) *Generaciones y semblanzas*.

(19) En la *Colección Salazar* de la Academia de la Historia, tomo M-9, hay una carta de Enrique III dirigida a doña Mencía de Ayala, «señora que diz que sodes de Barajas», conminándola para que devuelva a doña Leonor de la Vega, viuda del almirante, la plata labrada, aljófar, joyas diversas, moneda acuñada, tapices, alfombras, ropas, etc., de que se había apoderado sin derecho la dicha doña Mencía al fallecer D. Diego en sus casas propias (de Guadalajara), estando «en poder» de esta hija de Pero López de Ayala, unos quince meses antes de este requerimiento; lo injustamente apropiado se tasa en unas 30.000 doblas de oro del cuño de Francia. Este curiosísimo documento, que no copio íntegro por no corresponder al objeto de mi publicación, está fechado el 8 de septiembre de 1405.

(20) Era hija de Enrique II y de su amante doña Beatriz Fernández de Angulo, y llevó como dote las villas de Cogolludo, Tendilla y Loranca.

(21) Era viuda de D. Juan de Castilla, señor de Aguilar y Castañeda, cuando casó con don Diego Hurtado de Mendoza; poseía los señoríos de la Vega, Cisneros y los nueve valles de las Asturias de Santillana que darían nombre a un famoso marquesado. (*Genealogías de la Casa de Mendoza*, sección de Manuscritos en la Biblioteca Nacional.)

(22) Don Fadrique, conde de Trastámara, no fué señor y duque de Arjona hasta que en 1423 le dió Juan II esta villa, confiscada con otras muchas al condestable Ruy López Dávalos; si al matrimonio llamo duques de Arjona antes de esa fecha, es por evitar la muy frecuente repetición de sus nombres propios.

(23) *Relación de villas y fortalezas de la Casa de Mendoza*. (Libro manuscrito de la Academia de la Historia.)

(24) *Ibidem*.



de Gálíndez de Carvajal al decir que D. Diego Hurtado de Mendoza murió en 1405), Enrique III firmó una cédula dirigida a los hombres buenos del Real de Manzanares para que hasta tanto que los herederos del almirante no se entendieran, pusiesen ellos los alcaldes, alguacil, escribano, etc., según su fuero (25); en 1405 ya se había entablado el pleito, pues según una escritura suscrita en Guadalajara a 6 de abril, se obligan a pagar los tutores de D. Íñigo a Francisco García de Villalpando y a Juan Fernández de Toro, «doctores en Leyes», diez florines de oro del cuño de Aragón para que defiendan a su pupilo en el pleito contra su hermana (26); el 10 de septiembre del mismo año, ante los escribanos Fernando Rodríguez de Guadalajara y Alonso Martínez, Gonzalo Gutiérrez de Puente, apoderado por la madre y tutores de D. Íñigo, hizo extender un requerimiento a doña Aldonza y su marido para que «no entrasen ni tomasen posesión de los lugares del Real y si alguna había tomado la dejase por no pertenecerla y sí a su hermano (27); el requerimiento está fechado en los «Palacios que eran cerca de la villa de Manzanares».

Murió Enrique III en 1406, dando lugar a otra minoría que si no fué funesta para Castilla se debió al valor, prudencia y ecuanimidad de su hermano Fernando el de Antequera, cotutor de Juan II; y sin duda aprovechándose de las circunstancias, la duquesa de Arjona y su marido D. Fadrique se apoderaron del Real de Manzanares, desde donde éste, titulándose señor del territorio, expidió el 28 de junio de 1408 una carta-orden enderezada a los vecinos del Real para que se conformaran con la sentencia arbitral dictada por cuestiones de pastos habidas con Madrid, sentencia que acataron con no pocas salvedades (28); esta incautación debió originar disturbios, a los que puso coto Juan II, mediante cédula fechada en Torrelaguna el 16 de septiembre de ese año, ordenando a los Concejos, alcaldes, alguaciles, etc., del Real de Manzanares, que guardasen el secuestro hecho de esos bienes mientras no se fallare el pleito entablado por las partes interesadas y que no favorecieran a unos ni a otros, no obstante la posesión tomada por los duques, a quienes ordena que dejen y desembarguen dicha posesión (29).

Siguió el pleito su curso tortuoso con el correr de los años, y el 10 de noviembre de 1422, en el lugar de Espinosa de Henares propiedad de doña Aldonza, los dos hermanos firmaron una avenencia por la cual se partiría en dos el Real de Manzanares y los pueblos de Colmenar, El Vado y Cardoso, causa del litigio; ella conservaría su mitad mientras viviera, y si falle-

(25) Archivo de Osuna, en el Histórico Nacional, legajo 1.679.

(26) Archivo de Osuna.

(27) Archivo de Osuna, en el Histórico Nacional. Inventarios, número 70.

(28) Archivo general de la Villa de Madrid.

(29) Archivo de Osuna. Al margen, una nota relativa a la Cédula de Juan II alzando definitivamente el secuestro y posesionando a D. Íñigo; tiene fecha en Madrid a 6 de julio de 1435, pero el documento se da como desaparecido.



cía sin hijos pasaría definitivamente a su hermano; en virtud de esta concordia, el 28 de julio de 1423, Martín Ruiz de Peñacerrada y Frutos Fernández Caballero, como depositarios y secretarios nombrados por doña Aldonza y D. Íñigo, dieron posesión en calidad de depósito o secuestro a los alcaldes, alguaciles y hombres buenos de la villa de Manzanares, de todo el Real, excepto los lugares de Porquerizas y Guadalix, para que lo tuviesen durante el tiempo que se tardara en hacer la partición; finalmente, en virtud de aquella concordia les fué dada posesión de lo suyo a los duques de Arjona el 22 de julio (nótese el error de fecha en relación con el dato antecedente), alzándose el embargo antes decretado por Juan II (30). Todo iría bien si la buena fe hubiera presidido las negociaciones; pero don Íñigo antes y después de la concordia de Espinosa, había suscrito en diversos puntos sendos documentos dando por nulo todo acuerdo, pues a éste se veía constreñido por temor de ser preso y sufrir otros males (31); de suerte que el pleito se reanudó, el monarca intervino otra vez los bienes en litigio y así siguieron pasando los años.

No estaba muy clara la conducta del duque de Arjona cuando en 1429 se iba a reanudar la guerra entre castellanos y aragoneses; Juan II, así como su condestable y privado D. Alvaro de Luna, tenían sospechas de que D. Fadrique era del partido de los infantes de Aragón. Su inexplicable retraso en acudir a Burgo de Osma para ayudar al monarca hizo que las sospechas aumentaran; cuando al fin llegó, el rey no admitió como buenas sus excusas, le hizo encerrar en la «cámara de madera que en su alfaneque estaba» hasta aclararlo todo; desde allí fué trasladado a la fortaleza de Almazán y más tarde a la de Peñafiel, donde murió en 1430, con gran sentimiento del rey, que le llevó ocho días riguroso luto (32).

Su esposa doña Aldonza se retiró a su villa de Espinosa de Henares, donde hizo testamento mediado junio de 1435, desheredando a su hermano y dejando sus bienes a su primo Diego Manrique; a fin de ese mes falleció la duquesa en Guadalajara; su heredero se apresuró a saquear la casa en

(30) Estos tres episodios los reseñan otros tantos documentos del Archivo de Osuna, *Libro índice* citado.

(31) Por lo menos se reseñan en este mismo *Libro* cuatro actas de protesto, pero en el correspondiente legajo las carpetas están vacías. Una lleva fecha 16 de noviembre de 1422, y en ella declara D. Íñigo que hace la protesta para «el caso de que hiciere iguala y abendencia con la Sr<sup>a</sup> Condesa D<sup>a</sup> Aldonza de Mendoza... fuese visto hacerlo contra su voluntad y movido de los temores de no ser preso y de otros perjuicios que le podían seguir...»

La otra «protesta y Reclamación» está firmada en Guadalix a 24 de julio de 1423, y se refiere a los autos de posesión de los lugares del Real suscritos por él y su hermana, «por haverlo hecho contra su voluntad».

(32) *Crónica de Juan II*, años 1429 y 1430. A D. Fadrique, conde de Trastámara y Castro, se refiere el conocido romance que dice:

«—De vos el duque de Arjona  
grandes querellas me dán,  
que forzades las mugeres  
casadas y por casar...»

.....

Preso, preso, caballeros  
preso de aquí lo llevad;  
entregaldo al de Mendoza  
ese mi alcalde leal.»

(Del Romancero general.)



connivencia con un criado antes de que D. Íñigo tuviera noticia de la desgracia, y con joyas y dinero huyeron a Cogolludo, seguidos de cerca por éste, que, con su gente de Hita y Jadraque, se dispuso a tomar sangrienta venganza, impedida por el rey (33). Un nuevo pleito se siguió, arreglado por fin amistosamente en 1443; mas por lo que hace al Real de Manzanares, ya Juan II, el 6 de julio de 1435, había alzado el secuestro y dado plena posesión del señorío a D. Íñigo López de Mendoza, no faltando documentos que a partir de entonces demuestren que la posesión era efectiva y sin contradicción.

De todo cuanto antecede se deduce que antes de 1435 no pudo ser alzado el actual castillo del Real de Manzanares, ya que durante treinta años el territorio estuvo en litigio y la mayor parte del tiempo en tercería; por sus características arquitectónicas, por los recuerdos que hay de la vida del primer marqués de Santillana en Manzanares, por su manía constructiva como buen Mendoza, etc., etc., no hay duda de que en su tiempo y bajo su dirección fué edificada esta obra gallarda, a la vez militar y civil, al menos en su parte más principal; antes de ocuparme con algún detenimiento de su nuevo señor, voy a describir la fortaleza, que ya es hora.

## II

El bellissimo castillo que construyera el señor de Hita y Buitrago cuando todavía no era marqués de Santillana, y ampliaron su hijo y nieto, yergue su gallarda silueta a 43 kilómetros de Madrid, respaldado al Norte por la severa Pedriza y las altas cumbres guadarrameñas, encaperuzadas de nieve los inviernos, vigilando a Saliente del pueblo la amplia vega, antoño embellecida por huertos de árboles frutales y hoy en parte inundada por moderno embalse.

Así como por el creciente refinamiento de la vida en el siglo xv las fuertes armaduras de los caballeros se convertían (sin perder su eficacia defensiva) en obras de arte gracias al buril y al oro que las cubría de damasquinadas labores, los castillos tenían tanto de palacio como de fortaleza, así en la corteza como en el meollo. Este que me ocupa, por la ponderación de sus masas, la gallardía de sus torres exornadas como si de una vivienda civil se tratara y la crestería de sus almenas descansando en afili-

---

(33) Para más detalles véase mi estudio sobre Cogolludo en mi obra *Castillos de Guadalajara*, Madrid, 1933; de ello tratan la *Crónica de Juan II*, Pecha, Salazar de Mendoza, el marqués de Mondéjar y otros historiadores antiguos; de los modernos, el académico alcarreño D. Juan Catalina García en su obra *Relaciones topográficas de los pueblos de la provincia de Guadalajara*.



granada cornisa estalactítica, sin que deje de impresionar por su aspecto militar, agrada por su apariencia palaciana; monumento en piedra que evoca la memoria de un guerrero-poeta, su presencia trae a la vez que el recuerdo del vencedor en Olmedo y Araviana, en Torija y Huelma, el del autor de los *Desires*, los *Proverbios*, la *Comedieta de Ponza* y las imperecederas *Serranillas*; sus muros aspillerados traen al pensamiento episodios bélicos con gritos de combatientes y ayes de moribundos, pero los escudos pendientes de aquéllos, los torreones de filigrana y el almenado adarve que parece un balcón corrido de pétreo encaje, más que estruendo de combates y sangrientas pugnas de enemigos irreconciliables, rememoran la

gozosa emoción de un torneo caballeresco, la música de los saraos o los serventesios del trovador (fig. 15).

Mucho se ha escrito sobre esta fortaleza, pues no en balde es tan sugestiva su presencia y está como quien dice a las puertas de Madrid; sin embargo, aunque los trabajos que la dedicaron muchos

escritores pueden



Fig. 15.—Castillo del Real de Manzanares.

contarse por docenas, la mayoría son artículos aparecidos en periódicos y revistas, como fruto de momentáneas impresiones o estudios ligeros, y de escaso valor por tanto; ha de exceptuarse la buena descripción de Lampérez en su discurso de ingreso a la Academia de la Historia (34), que es un trabajo concienzudo y documentado, tanto, que después de él poco puede decir el cronista, como no sea añadir algunos detalles o corregir pequeños errores.

El castillo que alzó el primer marqués de Santillana es de planta cuadrada con torres en las esquinas, rodeado de un recinto exterior que se prolonga hacia el Este, en cuyo extremo quedó extenso patio o albacar más una iglesita que subsistió algún tiempo como capilla de la fortaleza, ésta ampliada más tarde con un cuerpo de edificio en el que quedó empo-

(34) Vicente Lampérez y Romea, *Los Mendoza del siglo XV y el castillo del Real de Manzanares*. Madrid, 1916.



trado el ábside de la capilla, visible al exterior (figs. 16 y 17); al recinto circundante rodeaba ancho foso, muy perceptible en la actualidad.

En este primer recinto, coronado de almenas y provisto de abundantes saeteras ulteriormente modificadas con sillares que proceden del castillo (quizá como materiales de desecho al destruir obra antigua para realizar otras de ampliación y embellecimiento), tiene la puerta hacia Poniente mirando al pueblo; está flanqueada por dos cubos y en lo alto por saliente matacán, y la forma un arco apuntado de grandes dovelas, sin la menor

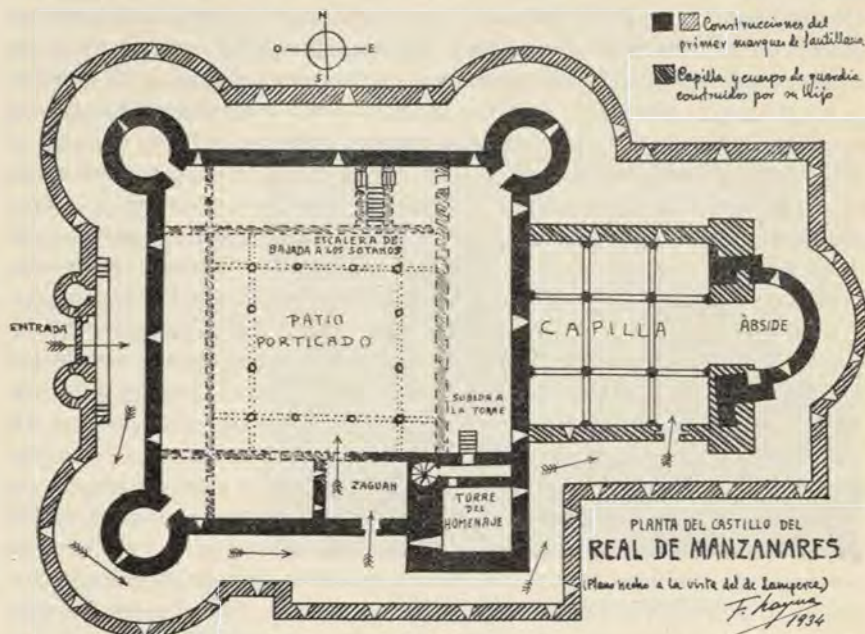


Fig. 16

señal de puente levadizo; el acceso parece que lo procuraba una rampa que cortaba al foso, defendida por un revellín avanzado del que no quedan señales (fig. 18); por el interior, una escalera de doble rampa (que se le olvidó a Lampérez) permite subir a la plataforma, así como al adarve de este primer recinto, que tiene en tres de sus esquinas aspillerados cubos para la defensa de flanco, y el sector de otro en el centro de la cortina Este, circuyendo al ábside de la antigua iglesia (plano de la fig. 16).

Aunque visto desde fuera el castillo del Real de Manzanares parece constituir un todo homogéneo, ya he indicado que forman el recinto principal dos obras distintas: una, el castillo construido por el primer marqués de Santillana, y otra el cuerpo añadido por su hijo D. Diego Hurtado de Mendoza, en el que quedó empotrada parte de la antigua iglesia existente



sobre aquel altozano. Las describiré por separado, a fin de facilitar la comprensión (véase el plano).

Esta fortaleza es de planta regular, como corresponde a su poco accidentado emplazamiento y a los gustos de la época; forma un cuadrado perfecto de 35 metros de lado, con gruesos muros de mampostería calados casi al ras del suelo por estrechas saeteras, y ya en el piso alto por amplias ventanas con guarnición de sillares y provistas a ambos lados de los típicos bancos de piedra en el interior; en tres de las esquinas, sendas torres cilíndricas iguales, con su corona almenada al ras de los adarves. Dos de ellas (las de Poniente) conservan un segundo cuerpo, también cilíndrico, con su plataforma almenada y dos particularidades notables: una, de orden técnico pues se refiere al modo de resolver el problema de montar la construcción sobre otra inferior de más ancho diámetro, cosa lograda aquí haciendo que la bóveda de este segmento sea cónica hasta permitir el asiento de la torre sobrepuesta; la otra, ornamental, relativa a los rombos de cal que exornan los muros de mampostería como un remedo de obras mudéjares y el revestimiento de las casas segovianas, y a las semiesferas de piedra granítica que en varias hiladas contornean los torreones, produciendo un bello efecto, y traen a la memoria la Casa de los Picos en Segovia, las puntas de diamante que exornan el palacio del Infantado en Guadalajara y el Seminario de Baeza, así como las conchas de la casa de los Maldonado en Salamanca. La cuarta torre, situada en el extremo sudoriental de esta parte del castillo, es cuadrada, más ancha y robusta; fué sin duda la señorial o del homenaje; a la altura del piso principal ostenta una bellísima ventana con tracerías del gótico flamígero, y también soporta un segundo cuerpo, igualmente decorado con rombos de cal y semiesferas de piedra, pero de sección octogonal; aquí se logra resolver el problema de sustentación con unas trompas de piedra granítica, que en el interior cortan los ángulos del salón de honor. En esta cortina Sur, junto a la torre mayor, se abre la puerta del castillo, formada por sencillo arco apuntado de gran dovelaje, recuadrado por una moldura saliente o arrabá; esta puerta, amenazada por una saetera abierta en la parte baja de la torre, conduce al zaguán, que también defendido por troneras en el muro de la izquierda, mediante otra puerta no afrontada con aquélla, da paso a lo que otrora fuera primero patio de armas y más tarde de honor.

En este patio, todo es ruina y desolación. Desplomáronse en época imprecisa las paredes de las crujías y las columnatas de la galería porticada que antaño lo ciñera; la roca viva aflora a la superficie, denotando que este patio estaba metro y medio más alto que el exterior, y sólo por algunos cimientos de muros, en parte reconstruídos pocos años hace, así como por las ventanas que perforan las cortinas y los arranques de las crujías todavía visibles en aquéllas, puede la imaginación suponer cómo era el castillo en sus buenos tiempos; en el mencionado trabajo de Lampérez se



hace esta reconstrucción ideal con bastante fortuna, aunque con alguna ligereza en los detalles.

Un muro paralelo a cada pared permitía que el castillo dispusiera de considerable número de habitaciones contorneando al patio, divididas en tres pisos que pudiéramos llamar bajo, entresuelo y principal (35), siendo el entresuelo bastante bajo de techo, según se advierte en los enjarjes del maderamen, y en cambio muy alto el principal, donde por poderse abrir grandes ventanas sin riesgo de un escalo, estarían las habitaciones destinadas a los señores; frente a la puerta de ingreso hay, en la crujía Norte, restos de una escalerilla para bajar a un corredor subterráneo en el que se abren al exterior las troneras para la defensa por Norte, Sur y Oeste; también las presenta el muro Este, pero más altas, detalle que hace sospechar que la espaciosa nave baja de tal frente se destinara a almacén de provisiones de boca o guerra, máxime si se tiene en cuenta que poseía entrada propia por la escalera mencionada. En los ángulos, cada torre esquinera (sin contar la del homenaje, que merece párrafo aparte) tiene su puerta de ingreso, según costumbre de las cons-



Fig. 17.—El castillo visto desde Saliente

trucciones militares de la época; pero aquí es de notar una particularidad que se presta a varias deducciones: los cubos del castillo del Real de Manzanares sólo se utilizaban como elementos defensivos en su parte baja y en el cuerpo superior, de suerte que los pisos intermedios formaron parte de la vivienda señorial, quizá como alcobas, por cuyo motivo cada piso tiene su entrada propia, inmediata a un salón denunciado por la amplia ventana de bancos laterales; la otra deducción es que en esta fortaleza se procuró desde un principio aislar la parte destinada a vivienda civil de la exclusiva-

(35) En el plano de Lampérez no se cuenta con la crujía de Poniente, que debió existir sin duda alguna; induce a creerlo la excelente orientación de esas habitaciones, y confirma esa creencia el existir una ventana en el centro del piso principal, así como señales de un amplio salón en la parte interior del muro; no tenía entresuelo.



mente militar, de tal modo, que así como el corredor subterráneo tiene su entrada propia y puede recorrerse sin salir al patio, al adarve y torres superiores sólo podía subirse entrando en la del homenaje (prudente medida, pues ésta se aislaba con facilidad y eficacia), y esto gracias a una escalera embutida en el muro e independiente de la que aquélla posee para su uso exclusivo, detalles que se le escaparon a Lampérez. En los bajos,



Fig. 18. - Entrada a la fortaleza.

según acontece en otros castillos de la época, como por ejemplo en el todavía regularmente conservado de Mombeltrán (Avila), se ordenarían las cocinas, cuadras, almacenes, etc.; en los entresuelos habitarían los criados y guarnición mientras el castillo no fué ampliado, como más adelante diré; en cuanto al piso principal, por la altura de sus techos, amplitud de sus ventanas por las que puede colegirse el número y tamaño de las habitaciones, no hay duda alguna de que era el destinado a vivienda de los señores, sin que, como insinúa Lampérez se tratara de habitación estrecha, ya que cuando menos, tenía nueve compartimientos muy capaces, sin contar los de los torreones de las esquinas y de la torre del homenaje.

Esta responde a la disposición clásica y a las tradiciones nunca olvidadas al construir una fortaleza. La torre aislada fué la progenitora de los castillos, y al servir de elemento defensivo de una granja campera, lo mismo que cuando fué estrecha vivienda de un señor en su incómodo castillo roquero, era la parte más importante de éste, y formaba un reducto que podía aislarse para extremar en él la defensa aun con el enemigo apoderado del resto de la fortificación; esas características antañonas se respetaron siempre, y no faltan en el castillo-palacio que describo. En efecto, tiene su puerta independiente, mas no al ras del suelo como las otras; aquí se abre a la altura del primer piso, de suerte que fuera necesaria una escalera de mano para alcanzarla, sustituida más tarde por otra de piedra que todavía existe; por ella se va a un corredor defensivo, a la derecha hay una puerta de paso a la torre, y en el ángulo que da al patio y embutida en el muro, una escalerilla de caracol, hoy maltrecha, que servía para descender a la estancia inferior como



para subir hasta el adarve, comunicando con los pisos intermedios por medio de puertas; algunas se han abierto a capricho en cierta restauración parcial de nuestros días, y enmascaran bastante la disposición primitiva. El hermoso salón principal presenta en sus ángulos las trompas de granito que permitieron el asiento del segundo cuerpo de la torre, y en aquél es de admirar la amplia ventana que da a la vega, no hace mucho restaurada con esmero, y que es una filigrana de piedra tallada en estilo gótico *flamboyant* (36).

Cuando el primer marqués de Santillana hizo construir el castillo, el patio estaba cerrado por los sencillos muros de las crujías; mas cuando su hijo el primer duque del Infantado embelleció la fortaleza acentuando su aspecto de palacio, ese severo patio de armas lo convirtió en señorial patio de honor gracias a una galería porticada, que sería bellísima, según denotan los restos arquitectónicos que de ella se conservan, bien merecedores de una reconstrucción parcial, si quiera a fin de imaginar su aspecto antañón.

Los fragmentos almacenados en algunas naves de la fortaleza son trozos de pilares y columnas facetadas o estriadas, capiteles en forma de collarín con guirnalda de hojarasca y cardinas, trozos de un antepecho calado constituido por lindos arquitos góticos, y escudos de la casa ducal del Infantado, luciendo unos las aspas y el Ave María de los Mendoza, otro el emblema de los Luna, o los leones y el castillo de los Enríquez. El señor Lampérez, luego de examinar tales restos arquitectónicos, supone que el patio estaba circuido por dos galerías claustrales superpuestas, formada la inferior por sencillos arcos muy rebajados, casi planos según corresponde al estilo Tudor, y la alta, por arcos polilobulados o de varios centros, de los llamados conopiales, con un antepecho o barandilla de arquitos góticos y coronado el todo por pináculos en forma de aguja; en las enjutas de los arcos cam-

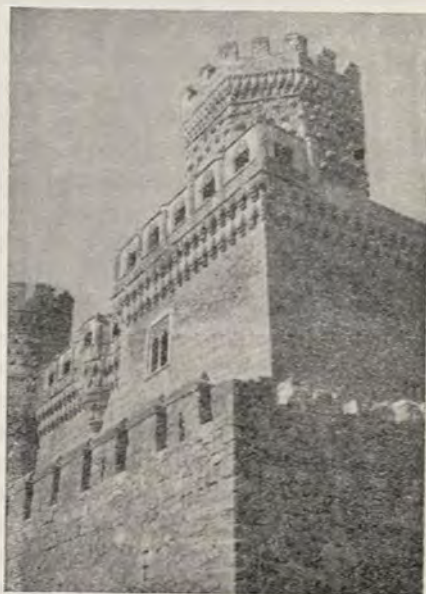


Fig. 19.—Galería sobre el adarve meridional.

(36) Las obras de restauración del castillo fueron dirigidas con mediano acierto por Lampérez, y se paralizaron pronto.



pearían como motivos ornamentales los citados escudos, que tanto como el estilo ojival decadente de la construcción obligan a pensar que ella fué alzada por el primer duque del Infantado hacia el final de su vida (murió en 1479), pues estuvo casado en primeras nupcias con doña Brianda de Luna y en segundas con doña Isabel Enríquez. También quedan otros trozos de columnillas, el escudo ducal con cuarteles prolijos y la corona bajo un yelmo rematado por alado grifo; quizá pertenecieran a la puerta monumental del salón de honor.

A propósito he dejado para final de este esbozo descriptivo del castillo de Manzanares el tratar del coronamiento de sus muros, ya que es una de las partes que ofrecen más interés. No es el saledizo adarve almenado como el de otros casi coetáneos (Fuensaldaña, Oropesa, Galve del Sorbe, Torija, etc.), consecuencia del progreso en el orden defensivo, sino más bien afán de embellecer el edificio y procurar que el alto y estrecho camino de ronda se convirtiera en amplio paseador; las almenas al ras del muro tenían el inconveniente de dejar indefensos los cimientos de éste, y de ahí que se montaran sobre aquéllas, balcones de madera (también llamados cadahalsos y buhardas) con el piso provisto de agujeros para disparar sobre quien se acercara al pie de la muralla; como estos artugios eran fácilmente destruibles con pelotas de pez ardiendo o trapos impregnados en alquitrán, andando el tiempo fueron sustituidos por obras permanentes de sillería en forma de balcones de suelo perforado, llamados matacanes, o por garitones, unos u otros en los puntos medios del adarve, para auxiliar la defensa de flanco así como las puertas y base de muros, papel antes asignado a las torres esquineras; ya en el siglo xv, toda la línea de almenas adoptaba esta disposición de adarve saliente montado sobre dos o tres líneas de canecillos en degradación unidos por arquitos de medio punto, lo que facilitaba la defensa a cubierto desde arriba y procuraba indudable belleza y gallardía a las severas obras militares. En este castillo rompen la línea monótona de las cortinas, en su punto medio, lindos garitones o escaraguaitas constituidos por un antepecho semicircular apoyado en torneada repisa cónica prolijamente tallada, y las almenas cargan sobre cornisa muy saliente, *sin perforaciones para la defensa del muro*, semejante a las que hechas con ladrillo formando un dibujo apanalado, coronan las construcciones mudéjares; sin embargo, aquí se trata sólo de una apariencia, pues esta cornisa de aspecto estalactítico está constituida por dos órdenes de arquitos trilobulados que surmontan en moldurados modillones, procurando a la línea almenada lindo aspecto de festonado encaje, a cuyo agradable efecto contribuye el color gris del granito, más oscuro que la mampostería de las paredes; la misma disposición adoptan los coronamientos altos de las torres, el matacán y cubos que defienden la puerta del recinto exterior, contribuyendo en gran parte a dar al castillo del Real de Manzanares su lindo carácter, más señorial que guerrero.



Aún queda en esta parte del fuerte una obra por citar, quizá la más bella del mismo, construida cuando el edificio se convirtió de plaza de guerra en señorial palacio; me refiero a la preciosa galería alzada sobre el adarve en todo el frente meridional, suprimiendo las almenas (fig. 19). Corona todo el primer cuerpo de la torre del homenaje y la cortina Sur hasta llegar al cubo esquinero y la constituye una serie de ventanas de arco rebajado con tracería ojival flamígera (algunas conservan su columnilla central o parteluz), separadas por columnas que así como el antepecho, están talladas en punta de diamante (fig. 20); en el garitón central queda así un lindísimo templete. No hay duda de que este solarium de tan extraordinaria belleza, así como la tracería que exorna la amplia ventana del torreón, fueron contruidos con posterioridad a la arquería del patio de honor, aunque pasados pocos años; el primer duque del Infantado falleció en 1479, el segundo terminó de construir su magnífico palacio de Guadalajara hacia 1502, y tanto por estos



Fig. 20.—Detalle de la galería alta.

datos cronológicos como por la semejanza de ambas obras, a éste ha de atribuirse la erección de la suntuosa galería de Manzanares que seguramente inspiró la que más tarde serviría de coronamiento al palacio al carreño, como insinúa Lampérez. Que el segundo duque, entusiasmado por el bello efecto de esta construcción del adarve de Manzanares, significó a los hermanos Juan y Enrique Guás su capricho de verla repetida con pocas variantes en el palacio de Guadalajara, lo prueba una sencilla consideración: la de que este palacio se edificó con absoluto carácter de tal, sin que, como en otros castellanos, cuadradas torres en las esquinas recordasen las defensivas de antiguas fortalezas camperas y aun ciudadanas; no obstante, el remate de la casa ducal de Guadalajara, con su cornisa saliente interrumpida por garitones y casi idéntica a la de Manzanares, dan a la fachada alcarreña cierto aire militar que hace suponer una influencia directa del castillo sobre el palacio, pues aquél poseía de antiguo esta disposición de sus adarves (figs. 18 y 19). Por si algo falta, el tallado en punta de



diamante en columnas y antepechos es idéntico, muy semejantes los ventanales de Manzanares y los hoy por desgracia cegados de la galería superior de Guadalajara, y aun la gótica ventana de la torre del homenaje es igual a las que adornaban la fachada del palacio, según un antiguo dibujo visto por mí, y desgraciadamente sustituidas por vulgares balcones en tiempo del quinto duque; no es aventurada la atribución de ambas obras a



Fig. 21.—Capilla del castillo; nótese el engaste postizo de las arcadas

los mismos arquitectos, allá por los tiempos en que comenzaron a edificar en Toledo la filigrana gótica de San Juan de los Reyes.

Descrito con excesiva pero necesaria prolijidad el castillo que edificara el primer marqués de Santillana, he de ocuparme ahora del cuerpo añadido a su fábrica en el extremo Este y que también ofrece interesantes particu-

laridades. Como he dicho más atrás, en esa parte del cerrillo había ya en el siglo xiv una iglesia para el servicio del lugar vecino, iglesia abarcada por D. Íñigo López de Mendoza en el recinto exterior de su fortaleza, a fin de que la sirviera de capilla, y consiguiendo de este modo coronar con la obra defensiva toda la muela del cerro, sin que hubiera espacio libre y llano por donde aquélla pudiera ser atacada. Andando los años, el fuerte fué cediendo su paso al palacio; en la mansión señorial hacía falta todo el espacio disponible para alojar a los señores y su numerosa servidumbre; los mesnaderos encargados de la defensa y guarda del castillo no convenía a los Mendozas que vivieran entremezclados con aquélla, y D. Diego, primer duque del Infantado, construyó este cuerpo adosado, según se colige de su propio testamento (37). Se trata de una construcción de planta cuadrilátera, casi cuadrada, que se adosa al muro Este del primitivo castillo donde subsisten las viejas saeteras, llega hasta la altura del adarve que se continúa idéntico en esta obra postiza, a la que se entra por una puerta de

(37) Archivo de Osuna, en el Histórico Nacional, legajo 1762; habla del castillo «que yo fago», pero no puede tomarse la frase en sentido literal.



arco apuntado y grandes dovelas, situada a metro y medio del suelo; la antigua nave de la iglesia fué derribada y tan sólo se conservó el ábside, que quedó empotrado en la pared terminal, un poco torcido, ya que el eje de ambas edificaciones no era el mismo (figs. 16 y 17); más tarde, seguramente en tiempo del segundo duque, sobre el extremo oriental de este cuerpo se alzó otro piso, hoy derruido, quizá para mayor holgura de la guarnición, ya que según dije, la restaron el espacio de la planta baja, y al alzarlo fué deshecho el adarve almenado en buena parte, cuyas piedras labradas sirvieron sin duda para reformar las aspilleras del recinto exterior, según claramente se advierte con una observación detenida. Probablemente hacia 1490, el interior de este cuerpo de edificio fué modificado, destinando a capilla toda su planta baja, dividiéndola en tres naves mediante arquerías postizas ya que no están enjarjadas en los muros y hasta medio tapan algunas saeteras; sobre pilares de sección octógona cabalgan los arcos, que son estrechos y apuntados en las naves laterales y de medio punto en la central; al fondo aparece el ábside de la antigua iglesia, cortado por el muro a ambos lados para levantar una altísima ojiva que, sirviendo de arco de descarga, librase de la quiebra a la capilla absidal y consintiera alzar el segundo cuerpo de edificio, hoy derruido (figs. 21 y 22). Lampérez supone que sobre los arcos de estas naves cargaría una techumbre de madera, y los huecos de las vigas visibles en los muros así lo confirman; en cuanto a la ascensión del piso bajo al principal, es presumible que se efectuara por una escalera adosada a la pared.

Tal es hoy el castillo del Real de Manzanares, y

apuntado queda cómo debió ser en su época de esplendor; lástima grande que la comenzada restauración no se termine, devolviendo a la ruina evocadora su antigua prestancia, pues hartó lo merece por su belleza arquitectónica.

Tan conocida es la personalidad eminente de D. Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, que no juzgo preciso incluir en este



Fig. 22.—Capilla del castillo, ábside de la antigua iglesia y arco ojival de descarga



breve estudio un apunte biográfico suyo (38); sólo recordaré que su gran posición social y económica, muy acrecentada a lo largo de su vida, su reconocido valor y talento militar, su sagacidad política, su sólida cultura y sus producciones literarias, le constituyeron en una de las figuras más destacadas de Castilla durante el reinado de Juan II y comienzos del de Enrique IV el Impotente. Como hombre de exquisita sensibilidad, fué amigo y favorecedor de las artes y muy dado sobre todo a las construcciones, en cuya afición se distinguieron todos los Mendozas; como dice un autor antiguo, «supo con eminencia la theoría de la fortificación (39), cosa muy natural pues desde mozo exercitose en jugar las armas y aprender ese exercicio admirablemente»; siendo mayor hubo de guerrear en muchas ocasiones, y dado lo revuelto de los tiempos se vió precisado a tener sus numerosos castillos apercebidos para la defensa. Consta que reedificó el de su villa de Hita hasta dejarle tan seguro, que a él se retiró en alguna ocasión por temor a las asechanzas de D. Alvaro de Luna, quien no juzgó prudente atacar al poderoso señor de la histórica villa; asimismo, es un hecho indudable que hizo grandes reformas en el de Buitrago y también puede afirmarse en redondo que a D. Íñigo se debe la erección del castillo-palacio del Real de Manzanares, luego de derribar la vieja torre militar existente sobre el cerro, de la que todavía se advierten algunos cimientos en el calvo patio de la fortaleza.

### III

Los historiadores alcarreños de la casa de Mendoza, copiándose unos a otros sin entrar en más averiguaciones, siguen a Hernando del Pulgar, quien dice al tratar del primer duque del Infantado que «fundó de principio en su villa de Manzanares la fortaleza que está en ella edificada» (40),

(38) Fernán Pérez de Guzmán, en sus *Generaciones y semblanzas*, Medina y Mendoza, Salazar de Mendoza, Pecha, Torres, Núñez de Castro y otros autores antiguos, se ocupan con amplitud de este prócer; el mejor estudio biográfico moderno que poseemos se debe a Amador de los Ríos en el prólogo a las obras del marqués; en mi estudio acerca del castillo de Buitrago puede verse una síntesis de su persona, su vida y su obra, siendo incomprensible que todavía no se haya escrito un buen libro destinado a estudiar a D. Íñigo López de Mendoza en sus múltiples actividades y a historiar como merece su vida ejemplar.

(39) Fray Hernando Pecha, *Historia de Guadalupe...*, sección de Manuscritos en la Biblioteca Nacional. Hablando de la juventud del marqués dice que «Supo tornear y justar a Pié y a cavallo con gran fortaleza y destreza. Supo danzar y Baylar con Bizarria y gracia, y finalmente en todo salió muy consumado cavallero...».

(40) *Claros varones de Castilla*.



sin que Medina y Mendoza, ni Pecha, ni Salazar, ni Núñez de Castro lo pongan en duda, pues una cláusula testamentaria de ese primer duque dice: «Item, mando a la iglesia de Santa María de la Nava que está cabe el castillo que yo fago en la mi villa de Manzanares... (41). A pesar de lo dicho por esos escritores, y no obstante ese párrafo testamentario que parece concluyente, puede afirmarse que el primer duque e hijo primogénito del marqués de Santillana lo que hizo fué ampliar y enriquecer el castillo que levantara su padre, según muy acertadamente discurre Lampérez.

Razones muy poderosas hay para sentar esta conclusión terminante. Una, derivada de la manía constructiva de D. Íñigo, referida sobre todo a las obras militares, y su natural deseo de fabricarse adecuada vivienda en la capital de un señorío tan disputado durante largos años y necesitado de una fortaleza que sirviera de defensa en años tan turbios como los del reinado de Juan II, en el cual las ligas de los nobles contra el poder absorbente del valido D. Alvaro de Luna daban lugar a frecuentes guerras civiles; otra, la circunstancia de que así como en el patio de honor construido por su hijo D. Diego lucían los escudos con las armas de Mendoza y de las dos esposas que tuvo, en cambio, bajo la linda cornisa del almenado adarve, tanto en las cortinas como en las torres, campea el escudo de D. Íñigo con las aspas de Mendoza y el Ave María de los Vega; por fin, consta que el primer marqués de Santillana pasó largas temporadas en Manzanares, y es de suponer que hombre tan dado como él a la magnificencia habitaría un palacio proporcionado a su persona.

Más difícil resulta precisar cuándo fué alzado el cuerpo principal del castillo, y lo único cierto es que fué después de 1435, en cuyo año tomó D. Íñigo posesión plena del Real de Manzanares. Que no estaba construido en 1437 se deduce de la invitación hecha a Juan II y su corte para festejarle en el castillo de Buitrago con la ostentación propia de López de Mendoza, pues en otro caso hubiérale gustado alojar al monarca en el nuevo edificio, que tenía tanto de fortaleza como de palacio; casi todo ese año lo pasó el rey en Guadalajara con motivo de la boda del hijo mayor de D. Íñigo así como para discutir y promulgar unos notables Ordenamientos, y la mitad de 1438 estuvo ocupado éste con la toma de Huelma a los moros; por tanto, es de sospechar que si el castillo de Manzanares fué comenzado antes, por este tiempo todavía no estaba concluido. Viendo los pétreos escudos que exornan los muros de la fortaleza desprovistos de corona, puede imaginarse que se acabó antes de 1445, en cuyo año fué D. Íñigo López de Mendoza premiado con los títulos de marqués de Santillana y conde del Real; mas si se tiene en cuenta que muy raras veces usó la corona en blasones escul-

(41) Medina y Mendoza, *Vida del Gran Cardenal*; Hernando Pecha, *Historia de Guadalajara*; Salazar de Mendoza, *Crónica del Gran Cardenal*; Torres, *Historia de la nobilísima ciudad de Guadalajara*; Núñez de Castro, *Historia eclesiástica y seglar de la... ciudad de Guadalajara*; Gutiérrez Coronel, *Historia genealógica de la Casa de Mendoza*, etc.



pidos o miniados, ni el título al firmar, pues lo hacía modestamente con su nombre y apellido a pesar de la ostentación con que obtuvo los títulos y fué armado caballero, aquella consideración pierde no poco de su valor como argumento (42). Lo probable es que entre 1440 y 1445 fuera construido el castillo, porque luego casi siempre habitó su palacio de Guadalajara y se consagró hasta el fin de sus días a tareas literarias y a favorecer o fundar instituciones piadosas, sin dejar por eso de intervenir activamente en política.

No parece que sintiera D. Íñigo López de Mendoza tanta afición por el Real de Manzanares como por Buitrago, Hita y, sobre todo, por Guadalajara, donde pasó casi toda su vida, si puede decirse esto de hombre tan activo y entrometido en la azarosa política de su tiempo, que le obligaba a desplazarse con frecuencia de su vivienda habitual; en Manzanares no disponía de un coto de caza semejante al de Buitrago, pues aunque el país estaba poblado de encinares, Madrid tenía derechos de pastos, caza y carboneo; el lugar era malsano a causa de las aguas estancadas en la vega, lo que daba lugar a epidemias palúdicas, y quizá por ambas circunstancias no prodigó D. Íñigo sus estancias en el castillo que hiciera construir. Pero que lo habitó algunas veces demuéstranlo dos detalles: uno, el de que alguno de los libros que mandó copiar primorosamente y guarda la Biblioteca Nacional, luego de haberse transmitido entre sus sucesores como honrosa herencia, está fechado en Manzanares; otro, alguna alusión al país hecha en los escritos del marqués poeta, como aquella «serranilla» que comienza:

«Por todos estos pinares  
nín en Navalagamella  
non vi serrana más bella  
que Menga de Manzanares

y termina con este desenlace realista y faunesc.

arméle tal guardamaña  
que cayó con su pofía  
cerca de unos tomillares.»

\* \* \*

(42) Por ser un relato curioso, reflejo fiel de las costumbres caballerescas, transcribo lo que dice Pecha en su *Historia de Guadalajara*, al referir este episodio:

«Por ser este el Primer título de marqués que se dió en Castilla, quiso el rey que fuese con solemne aparato y ceremonia nunca vistas. Para esto hizo el rey preparar muchas fiestas, aderezóse una sala grande en el Palacio Real de Burgos, colgóse toda con paños de Brocado de tres altos con



Falleció el primer marqués de Santillana en sus casas de Guadalajara el año 1458, dejando nada menos que siete hijos varones (43), a todos ellos muy bien heredados, adornados de excelentes prendas y muy unidos entre sí, por cuyo motivo ejercieron enorme influencia en tiempo de Enrique IV, ya que a donde se inclinaban iba la victoria; cada uno de ellos por sus hechos consiguió ser una personalidad destacada, y alguno, como el primer conde de Tendilla, lo hubiera sido preeminente de no existir el quinto de los hermanos, a quienes todos, incluso el primogénito, acataron y respetaron como jefe de la familia; éste era nada menos que D. Pedro González de Mendoza, obispo primero de Calahorra, más tarde de Sigüenza, arzobispo de Sevilla y Toledo, patriarca de Alejandría, cardenal de Santa Cruz y, como le llamaban sus contemporáneos, «el tercer rey de España».

Heredó el marquesado de Santillana y condado del Real, entre otros muchos títulos, el primogénito de D. Íñigo, por nombre Diego Hurtado de Mendoza, a quien los Reyes Católicos hicieron duque del Infantado en 1475, después de la batalla de Toro, como premio a su valiosa ayuda; de este señor modesto y magnífico a la par, valeroso y magnánimo, hay muchas noticias relacionadas con el castillo del Real de Manzanares, por él agrandado hacia Oriente y embellecido con un lindo patio porticado cuyas características más atrás procuré señalar.

Tenia Enrique IV alguna ojeriza contra los Mendoza desde que viviendo el primer marqués le negó la entrada en Guadalajara siendo príncipe, cuando Juan II diérale la villa por consejo de D. Alvaro de Luna, que quería perjudicar al de Santillana; según refiere el poco veraz cronista Alonso

---

su dosel rico debajo del cual estaba el solio y silla del Rey, y su Magestad sentado acompañado de toda la corte. Llegó Íñigo Lopez de Mendoza Armado con Peto y espaldar, hincóse de rodillas a los pies del Rey, cercaronle los Reyes de Armas con sus cotas e insignias, los Ricos hombres y grandes de Castilla a la redonda; Gonzalo Ruiz de la Vega hermano de Íñigo tenía el Pendón de puntas con las armas de Mendoza, arrimado al Rey puesto en pie. En esto, un Rey de armas a grandes voces, comenzó a decir: *Nobleza, nobleza, Poder y gran Estado; sepan todos como el Rey nuestro Señor, por sus servicios y méritos, ilustra y hace merced de Marqués de Santillana y Conde del Real de Manzanares, a Íñigo López de Mendoza*. Entonces el Rey le armó caballero y le ciñó la espada y púsole de su mano el estoque de Marqués; tomó el Rey en la mano el Pendón que tenía Gonzalo Ruiz de la Vega y púsole en la mano al nuevo Marqués, y hízole Rico hombre de Pendón y caldera y púsole Don a él y a todos sus hijos y descendientes, diciendo: *Don Íñigo Lopez de Mendoza Marqués de Santillana vos llamo...*

Acabada esta ceremonia quedándose el Rey en su Palacio, el nuevo Marqués fué al paseo con este orden: iba delante Gonzalo Ruiz de la Vega con el Pendón, alrededor de él los Reyes de armas con sus cotas, después los grandes señores y caballeros cortesanos a cavallo, y por remate el nuevo Marqués en su cavallo cercado de todos sus criados a pié en tropa que eran muchos, porque iba el Mayordomo, gentiles hombres, pages y lacayos muy bien vestidos; todos los pages y lacayos con libreas nuevas hechas para aquel día. Con todo este solemnisimo acompañamiento dió el Marqués buelta a las principales calles de la ciudad de Burgos (saliendo a verle a las ventanas toda la nobleza de aquella ciudad) hasta llegar a su casa, donde tenía el Marqués mesa franca para todos los señores, y para aquel día dió un solemne y espléndido banquete.. » (8 de agosto de 1445).

(43) Su hijo Pedro Laso de la Vega, señor de Valfermoso, murió antes que él; además, dejó el marqués dos hijas.



de Palencia (44), D. Diego se había enamorado de la mujer del alcaide del alcázar, llamada Constanza de Lasarte, «muger hermosísima y de gallardo talle», según Pecha (45), que resistió al pretendiente, refirió el caso a su marido quien se quejó al rey, y éste, de acuerdo con el esposo y sus cuñados para que facilitaran la entrada de la ciudad, envió a Guadalajara a Juan Fernández Galindo con «seiscientos rocines» (tropas de a caballo), sorprendiendo a D. Diego, quien luego de contar con su seguridad personal abandonó su casa seguido de toda la familia y criados, trasladándose a Hita. De este trance amargo conservó recuerdo toda su vida; cierto que al poco tiempo Enrique IV hubo de distinguirlo con su amistad y aprecio en agradecimiento a la valiosa ayuda prestada por los Mendozas a la corona en los frecuentes disturbios que alteraron la paz de Castilla, y hasta llegó a hacerle donación del señorío de Guadalajara; cierto también que volvió el fugitivo a la villa más honrado si cabe que antes, perdonando públicamente a sus enemigos y favoreciéndoles con su amistad, magnánimo proceder que hartó demostraba la señorial grandeza de su espíritu; pero no lo es menos que jamás quiso tomar posesión de la villa ni tener en cuenta la real merced, diciendo que «los de Guadalajara eran mejores para amigos que para vasallos» (46), y también es verdad que ya mientras vivió no le fué grata la estancia en esta población, residiendo en ella lo menos que pudo. La retirada a Hita ocurrió en 1459.

Antes de regresar a Guadalajara, D. Diego Hurtado de Mendoza pasó una larga temporada en su castillo de Buitrago, mejor acondicionado para la vida civil que el de Hita, y debió ser entonces cuando planeó la reforma del castillo del Real de Manzanares, añadiéndole un cuerpo para la guarición en el que quedara abarcado el ábside de la antigua iglesia próxima, a fin de destinar el principal de la fortaleza, mediante las mejoras precisas, para vivienda señorial; allí residió largas temporadas.

Si por entonces se comenzaron las obras de ampliación a fin de tener un a modo de palacio lejos de Guadalajara, a cuya ciudad tan poca afición tenía D. Diego desde la aventura pasada, no cabe duda de que prosiguieron muy lentamente, ya que hasta después de 1467 no fueron construídas las galerías del patio y terminada, por tanto, la adaptación del castillo; afirmación que puede sentarse teniendo en cuenta que D. Diego hizo esculpir en las enjutas de los arcos, tanto el escudo de su primera esposa, doña Brianda de Luna, como el de su segunda, doña Isabel Enríquez (47),

(44) A Palencia, así como a Enríquez del Castillo en su *Crónica de Enrique IV*, siguen Salazar de Mendoza, Pecha, Núñez de Castro, Torres, el marqués de Mondéjar y otros autores.

(45) Equivocadamente dice que se llamaba Juana.

(46) Pecha, ob. cit.

(47) Con este apellido la designan casi todos los cronistas, pero según Gutiérrez Coronel (*Historia Genealógica de la Casa de Mendoza*) se llamaba Isabel Pereyra Enríquez de Noroña, hija del ricohombre portugués Rui Pereyra y de doña Beatriz Enríquez de Noroña.



y fué precisamente ese año cuando este matrimonio tuvo lugar. Esta señora vino de Portugal con la reina doña Juana cuando en 1455 contrajo con ella matrimonio Enrique IV, y como aquella, vinieron otras once damas de honor, que escandalizaron no poco a los austeros castellanos (recatados y austeros sólo en apariencia, pues las costumbres de *puertas adentro* eran no poco licenciosas) con sus amplísimos descotes, conversación libre en demasía y desenvoltura rayana en el impudor; esto no quiere decir que todas fueran unas libertinas, y nada criticable se sabe de esta doña Isabel Enríquez, que andando los años casó con el segundo marqués de Santillana, y, en cambio, se sabe mucho y malo tanto de la reina, que era impúdica por demás, como de aquella doña Guiomar, también dama de honor y portuguesa, que por coquetear demasiado en público con el rey Enrique quien así presumía de un vigor sexual inexistente, recibió en plena corte varios golpes en la cara con el chapín que se quitó la soberana. Hay, empero, una circunstancia que no debe pasar desapercibida, y es que don Pedro González de Mendoza hermano de este primer duque, se enamoró perdidamente, no obstante ser eclesiástico y obispo de Calahorra, de otra dama de la reina, también portuguesa, compañera y paisana de doña Isabel Enríquez, y que estos amores comenzaron en Guadalajara el año 1460 con ocasión de la boda de D. Beltrán de la Cueva con una hija de D. Diego Hurtado de Mendoza, a la que asistieron los reyes; con tal motivo se celebraron grandes fiestas propicias al galanteo; cada hermano se dedicó a cortejar a una dama de la reina, y ya he dicho que ninguna de ellas brillaba por su apariencia honesta. ¿Resistiría doña Isabel los requerimientos del segundo marqués de Santillana hasta que en 1467 se casó con ella? Los cronistas de la casa de Mendoza evitan, en lo posible, todo lo que sea censura y silencian cuando pueden los devaneos de aquellos señores, así que este punto no puede ser aclarado; anima a pensar que la Enríquez se limitó a poner buena cara a su pretendiente como hizo doña Mencía de Lemus con su hermano el obispo de Calahorra, hasta que en 1465 fué dada la reina en rehenes a su antiguo y quizá por entonces todavía amante D. Alonso Fonseca, arzobispo de Sevilla, quien la encerró en el castillo de Alaejos; dispersadas sus damas de honor, con pocos recursos y en tierra extraña, doña Mencía acabó por enredarse con el obispo de Calahorra, y dos años más tarde se casaba doña Isabel Enríquez con su hermano D. Diego, segundo marqués de Santillana; la coincidencia de fechas incita a pensar en la paralela resistencia de ambas señoras, mas no consiente afirmarla por completo.

Volviendo al castillo de Manzanares, ya que no es posible aquí hacer la historia completa de D. Diego Hurtado de Mendoza, diré que cuando después de la batalla de Toro éste fué nombrado por los Reyes Católicos primer duque del Infantado, se le encargó de la conquista de Madrid, que estaba en poder de los parciales del marqués de Villena; este sitio duró



más de dos meses, pues aunque el prócer alcarreño se apoderó no tardando de la villa, resistieron los rebeldes en el alcázar hasta que por concordia hecha con los soberanos se entregó. Durante estas luchas el alcaide del castillo de El Pardo y Juan Zapata, (ambos partidarios del de Villena), hicieron, desde el cercano castillo de la Alameda, diversas incursiones en el condado del Real de Manzanares el año 1476, siendo combatidos por las gentes del duque, por lo que ha de suponerse que todo ese tiempo estuvo nuestro castillo con fuerte guarnición; pero no llegó a sufrir asedio alguno, ya que los enemigos sólo hicieron correrías sin otra finalidad que saquear a los habitantes y causar perjuicios materiales a su señor.

Un año antes había hecho testamento en San Bartolomé de Lupiana y de este documento se deduce que por entonces se dedicaba a realizar obras en el castillo, al que se retiró una vez terminado el asedio de Madrid, viviendo en él hasta el año 1479 en que acabó su existencia, siendo enterrado junto a sus mayores en el convento de San Francisco de Guadalajara. Contaba D. Diego al morir sesenta y dos años, y según sus biógrafos (Hernando del Pulgar, Pecha, etc.) «era alto y delgado de cuerpo, de muy hermosas facciones, de venerable aspecto, consumado en todas materias, así de las letras como de las armas, y rara y singular prudencia, sobremanera apacible en todo, templado en sus pasiones, liberal, desinteresado...»; de las pasiones, habría mucho que hablar, pues, según declara en su testamento, tuvo tres hijos ilegítimos con doña Juana de Lasarte, nombre que establece cierta confusión con el de aquella Constanza mujer del alcaide Gaona, que según los cronistas resistió las pretensiones del por entonces segundo marqués de Santillana, siendo causa ocasional de que invadida Guadalajara por las gentes de Enrique IV, tuviera aquél que marchar como de huida a su fuerte villa de Hita en 1459; a aquella «muger hermosísima y de gallardo talle» la llama Juana fray Hernando Pecha, mientras los cronistas anteriores la asignan el nombre de Constanza; ¿sería la misma que por fin se entregó al poderoso señor, con quien estuvo amancebada varios años hasta darle tres hijos? ¿Se trata de otra señora de la misma familia hidalga, algo numerosa en Guadalajara? La respuesta categórica sería un poco caprichosa y hay que dejarla en el aire mientras no la faciliten posteriores esclarecimientos (48).

Ya indiqué más atrás que el entonces obispo de Calahorra, D. Pedro

(48) El testamento del primer duque se conserva en el Archivo de Osuna, sección del Histórico Nacional, legajo 1.762; también hay una copia en la *Colección Salazar* de la Academia de la Historia, tomo M-10, y en él dice:

«Item, mando que den a D. Alfon mi fijo y fijo de la dha Juana de la Sarte 20.000 mrvs de juro que yo tengo del dho Señor Rey. Item, mando que D<sup>a</sup> Elvira mi fija y fija de la dha Juana de la Sarte, que la tenga y crie y case mi fija la Condesa de Saldaña, que le den para su casamiento 20.000 mrvs de juro de heredad... Item, mando que D<sup>a</sup> Marina (o María) mi fija y fija de la dha Juana de la Sarte a la Señora mi hermana D<sup>a</sup> Mencía de Mendoza muger del Señor mi hermano D. Pedro de Velasco y mando que la den para ayuda de su casamiento otros 20.000 mrvs de juro de here-



González de Mendoza, sin poder contener los hervores de la sangre juvenil, se había enamorado perdidamente de una dama de la reina Juana; esta dama portuguesa pertenecía a la antigua familia de Castro, huida a Portugal por temor a la tremenda justicia de Pedro el Cruel, y se la conoce en la historia con el nombre de doña Mencía de Lemus. Era, según Francisco de Medina y Mendoza (49), «hermosísima y de gentil persona, graciosa y avisada y de gran brío», mas sin duda desenvuelta y coqueta como todavía no se estilaba en Castilla si hemos de creer a los cronistas cuando hablan de la llegada de la nueva reina y sus damas, que por su picaresco donaire y algo más escandalizaron a las señoras de la corte y encalabrinaron a los graves esposos de éstas. Doña Mencía aceptó los galanteos del fogoso obispo, mas sin pasar a mayores, con lo cual creció y creció la pasión de éste, quien sagaz y testarudo aguardó a que la ocasión se presentara, como se presentó cuando la reina Juana fué entregada al arzobispo de Fonseca en rehenes, sus damas se dispersaron y ésta de que hablo hubo de sufrir soledades y aun privaciones; esto ocurrió en 1465, y fué entonces cuando D. Pedro satisfizo su anhelo, tratando a la portuguesa con la cortesanía y magnificencia proverbial de los Mendoza.

Las *Crónicas* no consignan dónde la tuvo alojada en los primeros años del amoroso idilio, ni el lugar, por tanto, donde les naciera el primer hijo llamado Rodrigo, más tarde marqués del Cenete y conde del Cid (50), pero sí se sabe que una larga temporada vivió doña Mencía en el castillo del Real de Manzanares, propiedad del hermano mayor del obispo, y en esta fortaleza nació el segundo vástago cuyo nombre fué Diego, más tarde primer conde de Mélito y Aliano, virrey de Valencia, etc., y progenitor de los condes de Galve, así como origen de la casa ducal de Pastrana.

Lo que no especifican los historiadores de la casa de Mendoza es cuándo y desde dónde fué llevada al castillo de Manzanares nuestra doña Mencía, procurándola así la fraternal complacencia del segundo marqués de Santillana retiro recatado y ostentoso, como correspondía a la alcurnia del amante y al obligado secreto que le imponía su condición sacerdotal. Afirma Núñez de Castro (51) que el primer fruto de estos amores clandestinos vió la primera luz en las casas que en Guadalajara tenía D. Pedro González de Mendoza, afirmación caprichosa y temeraria, pues lo natural es que quien procuró muchos años mantener en el secreto estos devaneos

dad... a la cual pido por merced quiera tener en su casa...» En el mismo testamento figura la vinculación en el mayorazgo de los libros de su padre el primer marqués de Santillana «para que ande y sea accesoria de los demás bienes; gracias a ello se conservan.

(49) *Vida del Cardenal Don Pedro Gonzalez de Mendoza*, publicada por Flores en el tomo VI del *Memorial Histórico Español*.

(50) El primer marqués del Cenete tuvo una acusada personalidad y su vida es por demás novelesca; los más pintorescos episodios de ella los trato con detenimiento en el estudio dedicado a Jadraque en mi obra reciente *Castillos de Guadalajara*.

(51) *Historia eclesiástica y seglar de la muy noble... ciudad de Guadalajara*.



no cometiera la imprudencia de alojar en el palacio de una ciudad a su querida; fundándose en esto y sin tener en cuenta cómo estos amoríos llegaron a sazón, el arquitecto Lampérez deduce que ya databa tal sazón fructífera del año 1461 aproximadamente, como si doña Mencía se entregara a raíz de las bodas de D. Beltrán de la Cueva, cuando los cronistas están conformes en que resistió varios años las pretensiones del mirado; con esa base falsa indica Lampérez que la de Lemus fué a residir al castillo de Manzanares en 1467. Lo probable es que así fuera como lugar el más adecuado, y que en esta fortaleza nacieran los dos hijos que el futuro cardenal de España tuvo en esta señora; pero en tal caso, diga lo que diga Núñez de Castro, que escribió casi dos siglos pasados desde estos sucesos, podría afirmarse que D. Rodrigo y D. Diego nacieron en Manzanares, contra el parecer de Lampérez (que sigue demasiado a Salazar) y conforme a lo que insinúa Francisco de Medina, cronista del Cardenal, cuando dice: «... púsola en la fortaleza de Manzanares. Hubo en ella a don Rodrigo... y a D. Diego...» Dice Salazar que en el castillo «vivió mucho su madre» (52), mas no indica cuánto tiempo, y difícil es precisarlo; no obstante, como límite máximo ha de darse el año 1475, cuando el primer duque del Infantado hizo su testamento, ya que en él declara que está haciendo obras de gran importancia en la fortaleza, incompatibles con la residencia en ella; por último, si desde 1476 hasta su muerte residió en Manzanares el duque, es de presumir que no habitaría en unión de su familia la querida del cardenal, aunque fuera hermano suyo y ella compatriota y excompañera de cargo de la duquesa doña Isabel Enríquez (53).

Cuarenta y un años tenía en 1479 D. Íñigo López de Mendoza, segundo duque del Infantado, tercer marqués de Santillana y conde del Real de Manzanares, cuando por muerte de su padre D. Diego heredó los estados y títulos de éste, que añadidos a los cuantiosos bienes aportados al matrimonio por su esposa doña María de Luna hija del condestable D. Alvaro, le constituyeron en uno de los próceres más poderosos de la época (54);

(52) Doña Mencía de Lemus murió de edad muy avanzada el año 1536, y se la sepultó en la iglesia de San Pedro Mártir de Toledo. El cardenal Mendoza presentó en la corte a sus dos hijos, a los que llamaba Isabel la Católica benévola «los bellos pecados del cardenal», pues eran dos guapos mozos, y éste consiguió de los reyes que los legitimaran en lo temporal, y hasta del papa Inocencio VIII una bula para que pudiera dejarlos por herederos como si hubieran sido habidos en legítimo matrimonio.

(53) Nada cierto se sabe de cuándo el cardenal Mendoza se apartó de doña Mencía; que no lo hizo por arrepentimiento lo prueba el que también tuviera amores con doña Inés de Tovar, hija de Juan de Tovar, señor de Caracena, naciéndoles un hijo, llamado también Juan, quien se casó tres veces, la primera con una hija de D. Luis de Beaumont, conde de Lerín; con un hijo suyo fué comunero en 1521, hubo de huir a Francia y no regresaron a la península.

(54) Tenía veintidós años y era conde de Saldaña (título vinculado en los primogénitos del Infantado) cuando el primer duque concertó su boda con la hija de D. Alvaro de Luna y doña Juana Pimentel, «la triste condesa», quien en modo alguno consintió en casarla con D. Diego López Pacheco, hijo del famoso marqués de Villena, tan enemigo del ajusticiado D. Alvaro; por favorecer a este pretendiente, Enrique IV insistió muchas veces cerca de la condesa para que accediera,



por si algo faltaba, era sobrino del cardenal Mendoza, prepotente en España, pues gozaba el favor ilimitado de los Reyes Católicos.

Según sus biógrafos era hombre de gran valor personal, afable en el trato, instruido y liberal; tenía mucho empeño en mostrar lo alto de su alcurnia y lo exorbitante de sus riquezas; según Diego Gutiérrez Coronel, cronista de la casa de Mendoza, era «caballero del mayor esplendor y rumbo; su casa y familia, por el adorno, ostentación, número y calidad, parecía el palacio Real». Que no hay exageración en lo dicho a tal respecto por éste y otros autores, como Alcántara de Toledo (55), Medina, Pecha, Núñez, el marqués de Mondéjar y otros, lo comprueban muchos detalles de su vida y quizá más expresivamente que otro alguno su actuación en la guerra de Granada, donde si ganó honra con sus hechos heroicos, causó admiración por su magnificencia. Refiere Hernando del Pulgar en su *Crónica de los Reyes Católicos* antes de hablar de la toma de Loja, que «vino este año (1486)... D. Íñigo López de Mendoza, duque del Infantado, el qual traxo de la gente de su casa quinientos homes de armas a la gínetica e a la guisa, e los peones de su tierra que le mandaron traer, e fizo grandes costas en los arreos de su persona e de los fijodalgo que vinieron con él. Entre los quales se fallaron cinquenta paramentos de cavallo de paño brocados de oro, e todos los otros de seda e los otros arreos de guarniciones muy ricas». A este derroche ostentoso respondieron los bizarros hechos del duque en toda la guerra de Granada, en la que conquistó muchos laureles en unión de sus tíos Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla; Hurtado de Mendoza, que capitaneaba las huestes de su hermano, el gran cardenal; Pedro Hurtado, señor de Tamajón; Lorenzo Suárez de Figueroa, conde de Coruña y de su sobrino Rodrigo, hijo del cardenal; en el sitio de Illora, como ante la muchedumbre de enemigos flaquearan sus tropas, dice Pulgar que las arengó de este modo: «Ea caballeros, que en tiempos estamos de mostrar los corazones en la pelea, como mostramos los arreos en el alarde; e si os señalastes en los ricos jaeces, mejor os debeis señalar en las fuertes fazañas. Porque no es bien abundar en arreos e [des]fallecer en esfuerço, e

sin que sus requerimientos fueran atendidos, y temiendo alguna añagaza hizo poner guardas en el castillo de Arenas de San Pedro donde moraban doña Juana y su hija. Vieron éstas malparado el asunto, enviaron un mensajero a Guadalajara poniendo en antecedentes al conde de Saldaña de lo que ocurría, y éste, que era hombre pronto en sus decisiones, caminó en secreto a Arenas, adonde llegó muy de noche; ya estaban las damas sobre aviso, desde una alta ventana le echaron una sogá, trepó por ella el galán, un cura que aguardaba adrede casó a los novios, quienes *ipso facto* consumaron el matrimonio, y a poco regresó nuestro D. Íñigo a Guadalajara sin que el asunto se trasluciera. Hasta que pasados unos meses la «triste condesa» escribió al rey diciéndole que su hija se había casado con el de Saldaña, «que estaba preñada, y que creía que estando de esta manera no la querría el maestre por muger para su hijo...»; al rey se le pasó pronto el enfado, se celebraron luego las bodas con gran magnificencia, y más tarde los cuantiosos bienes conservados por la viuda de D. Alvaro pasaron a la casa ducal del Infantado.

(55) *Linaje de Mendoza*, por D. Pedro Alcántara de Toledo Silva y Mendoza, marqués de Javara, Conde de Saldaña. Manuscritos, Biblioteca Nacional.



doblada disfamia habríamos habiendo tenido buen corazón para gastar, si no louviésemos para pelear...»

Con lo dicho basta para retratar al segundo duque del Infantado y conde del Real de Manzanares, quien concluida la guerra de Granada regresó a Guadalajara donde habitualmente residía también su tío el cardenal Mendoza, que era sin duda el personaje más importante del reino, protector de las artes y las letras, generoso y magnífico, cualidades idénticas a las de su sobrino. A la sombra del gran cardenal y del poderoso duque se arrimaron los restantes miembros de la familia, fijando su residencia en la ciudad alcarreña, ejemplo seguido por numerosos parientes y caballeros, que constituyeron así una pequeña corte señorial, continuada en tiempos sucesivos gracias al poderío y munificencia de los duques del Infantado.

A nuestro D. Íñigo se le antojó pequeño y pobre el magnífico palacio que habitaba construido por el primer marqués de Santillana, y decidió echarlo por tierra, alzando en su solar otro que fuera admiración de las gentes y envidioso estímulo de otros magnates; puso manos a la obra que planearon y dirigieron los hermanos Juan y Enrique Guás, arquitectos de los monarcas para edificar San Juan de los Reyes, en Toledo; pero aunque habitó sin duda el espléndido palacio que es hoy todavía admiración de los visitantes, no lo vió terminado ya que falleció el duque el año 1500, y dos después escribía Antonio de Lalaing que pasó por Guadalajara acompañando a Felipe el Hermoso y Juana la Loca, que estaba por concluir (56).

Aun cuando D. Íñigo poseía otras casas en Guadalajara, no quiso sin duda habitarlas de continuo durante los largos años que duraron las obras del palacio, y de ahí que mandara hacer algunas reformas en el castillo de Manzanares, acentuando más todavía su carácter de vivienda civil; la fecha de tales reparaciones es imprecisa, pero si se tiene en cuenta que en el patio del palacio alcarreño está inscrito el año 1483, ha de suponerse que comenzaría a construirlo un par de años antes por lo menos, y que las reformas del Real de Manzanares serían hechas hacia 1480, pues el año antes murió el primer duque, su padre, precisamente en el castillo. Entonces debió construirse la bella galería sobre la cortina Sur de la fortaleza, cuya decoración en punta de diamante fué copiada más tarde en Guadalajara, y se adornó con tracería gótica decadente la ventana del salón principal en la torre del homenaje. ¿Por qué arquitectos? Seguramente por uno de los hermanos Guás, toda vez que algunas partes del castillo de Manzanares les sirvieron de modelo para copiarlas en el palacio de Guadalajara, y los ventanales góticos citados tienen mucha analogía con los del claustro de San Juan de los Reyes. Todavía cabe atribuir a este duque y a tal fecha,

(56) *Voyage de Philippe le Beau*, traducida y publicada por J. M. Fabié en el tomo VIII de *Libros de Antaño*.



pero a otro arquitecto de más pobre fantasía, la reforma del cuadrado cuerpo añadido a Saliente por el primer duque, y en el que quedó empotrado el ábside de la vieja iglesia; me refiero a las arquerías de la planta baja hechas con posterioridad a la erección de ese cuerpo de edificio, ya que no están enjarjadas en los muros, sino simplemente apoyadas, y al torreón que se alzó en el extremo oriental destruyendo parte del adarve almenado; sin duda pareció la capilla sobrado sencilla a hombre tan ostentoso como fué D. Íñigo, y de ahí que tratara de embellecerla fingiendo esas tres naves con la adición de las arcadas que hoy subsisten como esqueleto insepulto de pasadas grandezas.

Mientras guerreaba en Granada debió habitar su familia el castillo del Real de Manzanares así acondicionado, y él mismo residiría en su fortaleza no pocas temporadas hasta que el palacio de Guadalajara estuvo en condiciones de ser habitado; mas a partir de entonces sólo muy rara vez los sucesivos duques irían a Manzanares desde Buitrago o Guadalajara, donde, como he dicho, tenían su pequeña corte; que esos viajes acabaron por completo antes de finalizar el siglo xvi, abandonándose la bella fortaleza por completo, lo prueba el hecho de que cuando fray Hernando Pecha escribía en el siglo xvii su *Historia de Guadalajara* ya manifiesta, refiriéndose a aquélla, que «con no haberla habitado está cayda, que solo las murallas de fuera están en pie».

Fué menester, sin duda, para que a tal estado de ruina llegara, un período de abandono muy largo, de decenas de años. Los duques del Infantado no sentían cariño hacia el condado de Manzanares, donde se sucedieron los pleitos con Madrid desde hacía siglos con motivo del aprovechamiento de leñas y pastos; muchos pueblos del viejo señorío habían sacudido el suave yugo de los Mendozas convirtiéndose en villas con jurisdicción propia; los duques sólo se ocupaban de mantener el fuero, pero no de visitar tal dominio, y el castillo fué cediendo al paso del tiempo y el abandono; «sus columnas, admirablemente labradas», vinieron al suelo, los «techos dorados» de sus amplios salones se aplanaron, crecieron los zarzales en el patio señorial, se desdentaron las almenas, el lúgubre canto del buho sustituyó en las torres al viejo «alerta» de los centinelas, y así ha llegado a nuestros días el castillo de Manzanares, triste sombra de lo que fué. A la vista de sus muros descarnados, si recordamos los amores de un cardenal, la grata estancia de su concubina obsequiada con músicas y canciones, la mística vejez del primer duque añorando a través de sus dolores los años mozos, cuando el amor gustado en el cercado ajeno le complacía; comparando, el pasado esplendoroso con la ruina y soledad presentes, no podemos menos de traer a cuento aquella frase que mandó grabar el segundo duque del Infantado en su palacio de Guadalajara: *¡Vanitas vanitatum, et omnia vanitas!*

F. LAYNA SERRANO.



## LA «ACADEMIA DEL GATO»

### I

Desde septiembre de 1870, a igual mes de 1873 la literatura de cordel vióse dignificada por la aparición de una serie de romances populares, primorosamente escritos, en los que se relataban los grandes hechos históricos de nuestra patria y sus tradiciones más famosas.

Estos pliegos sueltos, impresos con mayor esmero que los de ordinario, estaban encabezados por un grabado en madera alusivo al asunto del romance; al final del texto aparecía, a manera de sello o marca, un escudete en cuyo centro campeaba la cabeza de un gato.

Los autores de los romances llevaron su modestia hasta el punto de poner solamente al pie de los mismos unas iniciales.

Si bien es verdad que la inmensa mayoría de los lectores ignoraba quién los escribía, también lo es que en los círculos literarios madrileños sabíase que la publicación de aquellos modestos pliegos obedecía a un propósito tan elevado y patriótico como el de contrarrestar la influencia perniciosa que en el pueblo ejercía la lectura de los innumerables y disparatados romances que de continuo salían a luz, obra casi siempre de copleros, que, dentro de un grosero materialismo, hacían la apología de crímenes y vicios, ensalzando a los héroes del trabuco y de la horca. En cambio, los nuevos romances aparecidos, sujetándose a las normas prescritas para este linaje de composiciones, valiosísimo tesoro de nuestro Parnaso, oponiéndose a los pedestres engendros de coplistas desaprensivos, trataban de exaltar el espíritu patriótico popular evocando bella y poéticamente, en estilo claro, vigoroso y lozano, las páginas gloriosas de la historia nacional, amén de las tradiciones más interesantes.

En tertulias y cenáculos de artistas y literatos sabíase que los beneméritos autores que componían este *Romancero* formaban parte de una Sociedad literaria que se denominaba «Academia del Gato».

Y a propósito de la creación de esta Academia, que no aparecía regis-



trada en la Gufa oficial, contábase que unos cuantos escritores y artistas jóvenes que concurrían al café de Levante de la Puerta del Sol habían constituido una tertulia literaria de carácter íntimo. El inconveniente de la falta de recursos para costear un local adecuado fué resuelto con el ofrecimiento generoso que de su casa hizo el presidente de la flamante Academia, D. Vicente Poleró y Toledo, notable pintor y restaurador, colaborador de varias revistas ilustradas madrileñas y autor de estimables obras acerca de la técnica y la historia de las Bellas Artes.

A partir del 21 de marzo de 1870, en que se celebró la primera sesión, reuníanse los académicos todos los lunes en casa de Poleró, bajo su presidencia, y actuando de secretario el malogrado artista D. Julián Díaz Cobeña.

Respecto al nombre adoptado por la simpática Academia, Eduardo Lustonó, amigo y compañero de la mayoría de sus individuos, refiere muy curiosos pormenores en unos artículos que tratan de la mencionada Sociedad. Y dice que Poleró, «cuando apenas empezaba a saber dibujar y sin tener todavía la más leve noción del colorido, pudo proporcionarse unos colores al óleo y en su afán de aplicarlos discurrió que una hermana suya sujetase un hermoso gato blanco que tenían, mientras que él lo copiaba, como lo efectuó, siendo su primera obra al óleo».

La mencionada obra, desaparecida del estudio, hubo de encontrarla su autor años más tarde, al comenzar el de 1870, en un puesto del Rastro. Por seis cuartos, ni uno más ni uno menos, se la ofreció el vendedor al artista, quien, ¡oh dureza de corazón! —exclama Lustonó—, no quiso adquirirla. Precisamente en la primera sesión celebrada por la Academia habló Poleró a sus compañeros del hallazgo. El secretario visitó el puesto del Rastro en que yacía la maltrecha pintura, y luego de rescatarla, la ofreció en la sesión inmediata a los señores académicos, que la recibieron entusiasmados y acordaron que esta primera obra pictórica de su admirado presidente se colgara en la sala de sesiones, y que el felino en aquella representación fuera presidente honorario de la Sociedad, ítem más, que la entidad, hasta entonces innominada, se llamara Sociedad del Gato, título que mes y medio más tarde se cambió por el de «Academia del Gato».

El reglamento por el que ésta se regía ordenaba que el número de los académicos fundadores no podía pasar de diez, y los que excedieran de este número serían tenidos por supernumerarios e ingresarían en las vacantes de los primeros por orden de antigüedad.

La cuota establecida era la de dos reales mensuales.

El académico que experimentase un aumento considerable de fortuna venía obligado a pagar los gastos de publicación de un romance o su equivalencia. Preveníase asimismo que el académico que se ausentara de Madrid y no quisiera perder sus derechos, además de prestar sus servicios con el carácter de corresponsal, continuaría pagando la cuota establecida.



Dice Lustonó que «antes de proceder a la publicación de un trabajo se discutía en plena sesión, dándose el caso en diferentes ocasiones de ser rechazados muchos romances, por no llenar, a juicio de los académicos, las condiciones que se requerían para figurar en el *Romancero*..., rigorismo que, lejos de aflojar, estrechó los vínculos amistosos de todos los académicos».

Publicáronse en total cincuenta romances, siendo el primero aparecido el titulado *La esposa de Padilla*, y el último, *La Arganzuela*, vendiéndose a dos cuartos cada ejemplar.

Y no obstante los nobles propósitos de los que acometieron la empresa, del mérito indiscutible de los romances publicados, del insignificante precio en que podían adquirirse, el público no comprendió ni supo apreciar el esfuerzo realizado por aquel puñado de beneméritos escritores y artistas, y el *Romancero* dejó de publicarse.

Deplorable y desconsolador resultado, parejo de aquel otro de que justamente se dolía el ilustre autor de *Pepita Jeménez* al ver que desde 1840, en que aparecieron los *Romances históricos*, del duque de Rivas, hasta 1854, en que se hizo la segunda edición, «durante catorce años ha bastado y sobrado —lamentábase D. Juan Valera— con una sola edición con dos o tres mil ejemplares, a lo más, de esta joya literaria, donde se halaga el amor propio nacional, donde se cuentan muchas proezas y donde se refieren historias divertidas con estilo, si nobilísimo, llano, corriente y al alcance de los hombres más rudos».

\* \* \*

Como demostración palmaria de lo que anteriormente hemos dicho acerca del mérito y de las bellezas de este *Romancero*, insertamos el primer romance de los publicados, escrito por el excelente poeta Gutiérrez Cabiedes, y que lleva por título *La esposa de Padilla*.

## LA ESPOSA DE PADILLA

### I

El viento pasa rizando  
los pliegues de las banderas,  
que dóciles al impulso  
del trémulo soplo ondean.



En las bruñidas corazas  
y penachudas cimeras,  
el sol con giros fugaces  
arroyos de luz destella.

En pompa y alarde rico,  
fuerte en número y grandeza,  
un bravo ejército luce  
su vigorosa impaciencia.

La dura cota enmallada,  
más que cobarde defensa,  
parece estar conteniendo  
del pecho airado la fuerza.

Pecho, que no de temores  
sino de arrogancia tiembla,  
que le amenaza la muerte,  
pero la gloria le alienta.

...Allá en la apartada estancia,  
a donde confuso llega  
el animoso murmullo  
que entre las filas fermenta,

Sobre su seno, un guerrero  
con dulce efusión estrecha  
una esposa a quien adora,  
un hijo de edad muy tierna.

Ciñéndose está la espada,  
que su hermosa le presenta;  
y en los brazos y en los ojos  
tienen el alma y la lengua.

Ambos, pálido el semblante,  
mustias sonrisas esfuerzan,  
hincha los párpados tristes  
llanto de amor y de ausencia.

Ya alza el blasonado escudo,  
ya perezoso comienza  
su marcha, y dice volviendo  
entre el dolor que le aqueja:

— «Dadme otro abrazo, señora.  
— El alma, D. Juan, te diera.  
— A recogerla en tus labios  
plegue a los cielos que vuelva.

Adiós María, adiós hijo,  
adiós de mi vida prendas,  
como esposo y padre os llora  
quien como valiente os deja.

Ved de mis huestes que suben  
del Tajo por las riberas,



más brillantes las corazas  
que el oro de sus arenas.

Así en la justa demanda  
a rescatar la honra nuestra,  
por si es poco la justicia,  
van la justicia y la fuerza.

Que es la libertad, señora,  
aura de tan pura esencia,  
que quien una vez la aspira,  
no puede vivir sin ella.

—Sí, sí, parte, esposo mío;  
noble tú, santa la empresa,  
del mártir pueblo que gime,  
sois la esperanza y la estrella.

Mi llanto, ¿qué importa un llanto  
que sus bendiciones secan?  
¡y tú vendrás a enjugarlo  
con laureles, con ternezas!

—¡Caballeros, al combate,  
al combate! presto hieran  
el aire de estas comarcas,  
los bronces de mis trompetas.

Si en el azar del combate,  
Dios su protección nos niega,  
morir honrado, señora,  
sobre mis armas me resta.

Tal vez mi pobre cadáver  
envuelto en rotas banderas,  
sobre sus hombros mis fieles  
conduzcan a tu presencia.

¡Dios y María! del muerto  
serán las frases postreras;  
¡Dios y tú! Luego que en llanto  
bañes mi amante cabeza,

Muéstrame al pueblo esforzada,  
muéstrame que el pueblo sepa  
que dió Padilla su vida  
en pago de su promesa.

—¿Qué hados horribles presagias?  
D. Juan mío, vé y no temas.  
¡Ay de ellos, si tú sucumbes!  
¡Ay, como tu espada vuelva!

Yo la sostendré en las manos  
del niño que tierno dejas,  
yo le enseñaré a vibrarla  
hasta vengarte con ella.



La libertad que te inflama  
no ha de morir, mientras tenga  
una mujer que la invoque,  
y un pueblo que la defienda.»

.....  
Ya al compás de los clarines  
temblando al choque la tierra,  
escuadrones belicosos  
en pompa marcial se alejan.

Míralos partir la gente  
que apiñada victorea,  
con votos los acompañan  
los que con armas no puedan.

Aquí mil brazos se agitan,  
allí mil lienzos ondean,  
y en revueltos torbellinos  
un mar viviente semejan...

...Y entre los negros pilares,  
rodando van por la iglesia  
dos ecos de dos murmullos  
que uno llora y otro reza.

Y en las tristes soledades  
finjen palabras y quejas,  
como suspiros que silvan  
entre las tumbas de piedra.

—«¡Hijo! repiten las bóvedas,  
pide tú, que al cielo llegan  
las miradas de los ángeles,  
la oración de la inocencia.

Dios también tuvo una madre;  
dile que te oiga por ella,  
dile que sirva este llanto  
de escudo al que está en la guerra.

¡Ay!... no digas que me has visto  
de rodillas porque vuelva  
vivo y amante a mis brazos  
aunque no luche ni venza.»

## II

### LA VIUDA

Gime la imperial Toledo  
rudamente conmovida;  
gentes de guerra la asedian,  
gentes de guerra la auxilian.



El prior de San Juan, lucha  
desesperando rendirla,  
que pide su heroica gente  
muerte, pero no mancilla.

El obispo de Zamora,  
señor de hueste aguerrida,  
con la Cruz y con la espada  
a los toledanos gufa.

Y hay entre el fuego unos ojos  
de una valiente heroína  
que mueven los corazones  
como el viento las espigas.

Triste, nebuloso el cielo,  
agostada la campiña,  
donde los ojos se tienden  
tropiezan con sangre y ruinas.

Tras de un cansado guerrero,  
de honor cubierto y de heridas,  
la muchedumbre impaciente  
en ronco vaiven se apiña.

Pidiéndole con los ojos  
de su esperanza noticias,  
ansioso por escucharlas,  
temblando, empero, el oirlas.

El sube a un guardado alcazar,  
la noble faz contraída  
y en una estancia penetra  
y ante una mujer se inclina.

Pálida está como el hielo;  
pero a su presencia digna,  
descubriendo honradas canas  
y doblando una rodilla:

—«Dadme licencia, señora,  
comienza el triste guerrero,  
para besar vuestas plantas,  
si tanta dicha merezco.

—Alzad; con afable rostro  
respóndele, alzad del suelo,  
y presto decid qué nuevas,  
que tristes me las dá el pecho.

—Comprendidos nuestros males,  
y vuesto valor dispuesto,  
permitid que por injustos  
los acusen mis acentos.

A veces, para probarlos,  
Dios desampara a los buenos;



pero su causa, que es justa,  
mantiene sobre los tiempos.

Negro el corazón de luto,  
negro de ira el pensamiento,  
vengo desde Villalar,  
y yo no sé como vengo.

Que en el penoso camino  
matáranme los recuerdos,  
a no dar fuerzas al alma  
con la esperanza de veros.

¡Villalar! ¡funesta tumba  
de la libertad del reino!  
el lodo hasta las rodillas,  
el agua en el rostro hiriendo.

Peleamos contra el de Haro,  
contra torrentes y vientos,  
contra injusticias de propios,  
contra rapiñas de ajenos.

Sangrienta lucha, señora  
fué aquella lucha, el infierno  
es imposible que abarque  
mas horrores en su seno.

¡Oh, la esposa de Padilla!  
ya no hay patria, ya no hay fueros,  
la ambición levantó un trono  
sobre cadáveres nuestros.

Pelear contra los hombres  
sabe vuestro esposo hacerlo;  
pero si el cielo acomete,  
¿quien es fuerte contra el cielo?

Yo vi aquel brazo robusto  
después de roto su ejército,  
empuñar la enorme lanza  
como un huracán de hierro.

Vile romper denodado  
de escuadrones por en medio,  
a cada lanzada un grito,  
pero a cada grito un muerto.

Vi al vizconde de Valduerna  
botar de la silla al suelo;  
mas vi también aquel héroe...  
¡jamás alcanzára verlo!

De sangre y lanzas cercado,  
falto de escudo y de aliento,  
y... cuando acaban las fuerzas  
no pide mas el desnudo.



Esta espada y este escrito  
os manda en su lance extremo,  
y permitid que mis ojos  
acaben... ¡que yo no puedo!»

Y el pergamino y la espada  
recibió heróica y altiva,  
sin que la temblara el pulso,  
sin nublársele la vista.

Dos lágrimas y dos labios  
en silenciosa agonía,  
cayeron como hojas muertas  
sobre las santas reliquias.

—«Gracias», dice, y asomando  
a donde el pueblo se agita,  
arrójele el pergamino,  
y aréngale de esta guisa.

—«¡Mi heróico pueblo, mi amparo,  
ahí va la sentencia ¡nicua!  
ahí va! leedla!... ¡ya ha muerto!  
¡también ha muerto Castilla!»

—«¡Sus, por la viuda del héroe!  
¡guerra!» por do quiera gritan,  
y el eco vuelve a los valles  
estruendo de armas batidas.

—«Pues bien, guerra, mis valientes,  
¡guerra! esclama convulsiva,  
he aquí su espada, esta espada  
que roja en sangre me envía.

Yo la esgrimiré en su nombre,  
yo iré en su nombre a la liza,  
y brillará como un tiempo  
la primera en vuestras filas.

Yo vestiré rudas armas,  
yo guiaré al que desanima,  
¡y el grito de mis legiones  
será el de la muerte misma!

Espire el mártir, espire  
con alma noble y tranquila,  
¡qué aun resta un pueblo, una viuda  
y un hijo, todos Padillas!»

J. C.



## II

He aquí esbozadas las biografías de los individuos de la «Academia del Gato» y enumerados los romances que escribieron:

D. ALFREDO BOCHERINI Y CALONGE.—Nació en Madrid en 1847. Aunque se dedicó principalmente a la ingeniería industrial, su gran afición a las letras y sus excelentes aptitudes para cultivarlas hubieron de llevarle a ser redactor del diario conservador madrileño *El Eco de España* y a colaborar en varios periódicos literarios.

Es autor de los romances *La calle de la Cabeza*, *El reloj de San Plácido*, *La Peña de los enamorados*, *El Cristo del socorro* y *El Caballero de Gracia*.

D. LUIS BONAFÓS Y VÁZQUEZ.—El año en que se fundó la «Academia del Gato» era oficial de Administración Militar y Subintendente jubilado al ocurrir su fallecimiento en 27 de febrero de 1903. Alcanzó halagüeños triunfos como autor dramático. Firmó sus obras con el seudónimo anagramático de «Fabio Sunols». Con su pariente y compañero en la memorable Academia D. Luis Díaz Cobeña, gloria del Foro español, firmó las tragedias clásicas *Norma* y *Epiceris*, de las que fué intérprete la Carolina Cívili. Durante muchos años escribió la crítica musical y de teatros en el *Correo Militar*. Colaboró en numerosos periódicos literarios.

Suyos son los romances *El Nuevo Mundo*, *Los hermanos Carvajales*, *La campana de Huesca* y *El mulato de Murillo*.

D. JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.—Nació en Madrid en 1849. Después de recibirse de abogado, emprendió con tanto entusiasmo como buena fortuna las tareas dramáticas y periodísticas. Fué director del semanario literario *El Arco Iris* y colaborador de innumerables periódicos. Con el seudónimo de «Sotillo» dió al teatro algunas obras muy aplaudidas. Ingresó en el Cuerpo facultativo de archiveros y bibliotecarios, y durante muchos años, hasta su muerte, desempeñó el cargo de secretario general de la Asociación de Escritores y Artistas.

Escribió los romances *La batalla del Guadalete*, *A la luz de un candel*, *El tributo de las cien doncellas*, *Justicias del rey don Pedro*, *La muerte de Escobedo* y *Trafalgar*.



D. JAIME CLARK.—De este malogrado poeta, extranjero por su nacimiento y español por sus obras, según asevera justamente Lustonó, sólo conocemos la primorosa colección de poesías líricas alemanas que tradujo y publicó en la *Biblioteca Universal* en 1873.

Autor del romance *Jaque al rey*.

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.—Nació en Madrid el 8 de enero de 1849 y murió en Avila el 9 de septiembre de 1927. Recibió el título de abogado en 1871; en 1875 ingresó en el Cuerpo Jurídico Militar, en el que llegó a teniente fiscal del Supremo de Guerra y Marina. Desempeñó varios cargos palatinos.

Como poeta festivo figurará en primera línea en nuestro Parnaso por su gracia y fino humorismo, avalorado con una forma impecable. Algunas de sus composiciones las coleccionó en un tomo titulado *Alegrías*.

Desde su época estudiantil hasta su fallecimiento ejerció el periodismo, siendo colaborador de múltiples periódicos y redactor de *Heraldo de Madrid*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Correspondencia Militar*, *A B C*, *El Debate* y redactor jefe de *Blanco y Negro*. Fué director en 1877 de *La Ilustración de la Infancia*.

Estrenó con gran éxito varias obras, entre las que citaremos: *Mambrú*, *La herencia de un rey*, *Entregar la carta*, *La tarjeta de Canuto*, la parodia *Un nudo... morrocotudo*, *La Divina Comedia*, *De Madrid a la Luna*, *Cristóbal Colón* y *Lysistrata*.

Empleó los seudónimos de «Mefistófeles», «Fulano de Tal» y «Luis de Charles», siendo este último el que utilizó constantemente.

Contribuyó al *Romancero* con *El laurel de la Zubia*.

D. LUIS DÍAZ COBEÑA.—Este ilustre abogado y hombre político, que en el Foro conquistó nombre imperecedero, cultivó en sus años mozos la literatura, colaboró brillantemente en varios periódicos madrileños y conquistó grandes aplausos con sus obras dramáticas.

Escribió los romances *El cardenal Cisneros*, *Francisco de Avellaneda* y *El Avemaría*.

D. JOSÉ GUTIÉRREZ CABIEDES.—Terminada la carrera de Letras, revelóse como gran poeta con sus gallardos romances históricos publicados por la «Academia del Gato». En 1872 estrenó en colaboración con Castillo y Soriano, el cuadro dramático *Doña María Pacheco*, y posteriormente *El gran Tamorlán*, zarzuela en tres actos, con Santero, y *Cruz y Corona* en el Español (1879), siendo protagonista Rafael Calvo. Y a pesar de que en el teatro alcanzó triunfos resonantes, de poseer magníficas dotes de poeta que debían colocarle en primer término en la literatura nacional, la suerte no le fué propicia ni en vida ni después de muerto.



Cabiedes formó parte de las redacciones de la *Gaceta*, *El Diario del Pueblo*, *Las Ocurrencias* y *El Cronista*; y colaboró en gran número de periódicos literarios.

Fué oficial de la Presidencia del Consejo de Ministros. Murió en Quesada (Jaén) el 16 de octubre de 1898.

Enriqueció el *Romancero* con las composiciones *La esposa de Padilla*, *La batalla de Otumba*, *El alcalde de Móstoles*, *Las Trinitarias Descalzas*, *Don Alfonso VIII*, *Granada*, *La victoria de Lepanto*, *El Rastro* y *Bailén*.

D. FRANCISCO MUÑOZ Y RUIZ.—Excelente periodista y literato, director en Cádiz de *La Revista Literaria* (1868). Vino a Madrid en 1869 y fué redactor, entre otros varios periódicos, de *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Día* y colaborador de diversas publicaciones literarias. Falleció el 4 de octubre de 1892, a los cuarenta y nueve años de edad.

Es autor del romance *El suplicio de D. Alvaro de Luna*.

D. EDUARDO NAVARRO Y GONZALVO.—En su juventud colaboró en los periódicos radicales *La Igualdad* y *El Combate*. Escribió gran número de obras teatrales, de índole diversa, entre las que figuran el drama *La Institución*, que estrenó Matilde Díez, y *La Cruz de plata*, representada por Antonio Vico; pero su vena satírica, graciosa e intencionada, hizo sobresalir en las revistas políticas, difícil género teatral en el que fué maestro insuperable, como lo atestiguan *Los bandos de Villafrida*, *Las grandes figuras*, *A real y medio la pieza*, *El puesto de las castañas*, *Tannhäuser el estanquero* y *Los monigotes del chico*. Navarro y Gonzalvo colaboró en muchas publicaciones literarias y fué director de *La Careta* y *Los Madriles*. Falleció en Valencia el 21 de julio de 1902.

Escribió el romance titulado *El príncipe D. Carlos*.

D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD.—Figura altamente simpática en la literatura y en el periodismo. Nació en Algeciras en 1839 y murió en Madrid en 1904. A los quince años de edad, en que se quedó huérfano, emprendió la lucha por la vida y fué meritorio en la Administración de la Armada, y después empleado en Clases Pasivas, de donde pasó al Ministerio de Fomento y, por último, a la *Gaceta de Madrid*. En su juventud estrenó varias obras teatrales con excelente éxito. Su dilatada y fecunda existencia estuvo consagrada al periodismo y fué director de periódicos de distinta clase, entre los que figuran notables revistas infantiles. Formó parte de diversas redacciones madrileñas, y durante muchos años de la de *La Correspondencia de España*, y colaboró constantemente en periódicos de España, América y Filipinas. Publicó libros acogidos con general aplauso por el público y la crítica, destacándose por su indiscutible mérito e importancia



*Galería de artistas españoles del siglo XIX y Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX.*

Escribió para el *Romancero*: *La torre de los Lujanes*, *Pedro de Vera*. *El mejor premio del Arte*, *Muerte de Lope de Vega* y *Villamediana*.

D. GREGORIO PEROGORDO Y RODRÍGUEZ.—Nació en Madrid el 24 de diciembre de 1840. Ejerció la abogacía, y llevado de sus aficiones literarias y artísticas cultivó brillantemente la poesía y la pintura. Colaboró en muchos periódicos, empleando en algunos de sus trabajos los seudónimos de «G. Hernández y González» y «José Roldán». Al quedar viudo se ordenó de sacerdote y desempeñó los cargos de fiscal de la Vicaría eclesiástica de Madrid y de rector de las Comendadoras de Santiago. Falleció el 27 de mayo de 1891.

Es autor de los romances *El voto de Alfonso VI*, *El compromiso de Caspe*, *La muerte de una artista*, *La prisión de Quevedo*, *Doña Juana la Loca*, *La perla de Avila*, *Una aventura de Olmedo*, *El soplo de la muerte*, *Contra Dios o contra el rey* y *La Arganzuela*.

\* \* \*

Por la carencia de datos no se trazan los bosquejos biográficos de los académicos, que también tomaron parte en el *Romancero*, D. Pedro Larraza, *Zaragoza*; D. Nicolás Muñoz y Ruiz, *La conquista de Málaga* y *Alvarez de Castro*, y D. Pablo Vera, *Alfonso VI en el destierro*.

\* \* \*

Fueron también individuos de la «Academia del Gato», aunque no tomaron parte en el *Romancero*, D. Antonio Arnao, D. Julián Díaz Cobeña, D. José Figueroa y D. Feliciano Ramírez de Arellano.

\* \* \*



Los cincuenta romances publicados están ilustrados por el lápiz y el buril de los siguientes artistas: Benedicto, Calles, Capuz, Fernández Cuesta, Galán, Hispaleta, Ignacio del Hoyo, Lamuela, Lizcano, Miranda, Múgica, Pérez Rubio, Pizarro, Poleró, Rico (Martín), Severini y Vallejo (José).

\* \* \*

A fines del año 1873 la «Academia del Gato» dió a la estampa el *Romancero Español*, formado por los romances históricos y tradicionales publicados sueltos, en un tomo de 208 páginas, en 4.º mayor, con láminas. Imprenta de Noguerras, a cargo de Martínez.

ALEJANDRO LARRUBIERA.



## VARIEDADES

---

### Los petimetres en el campo tonadillesco

Es creencia común que el majismo invadía el terreno de la tonadilla escénica; mas también la petimetría fué objeto de comentarios muy frecuentes, aunque no siempre muy benévolos, puesto que esa manifestación lírica del siglo XVIII español cultivó con preferencia la nota satírica durante buena parte de su apogeo. Petimetres, usías y currutacos desfilaban por los tablados de los coliseos de la Cruz y el Príncipe a la sazón, en ese intermedio teatral, o eran objeto de burlas graciosas en textos literarios, anónimos siempre, a los que sazónaba la música de Esteve, Laserna, Castell, Rosales, Moral y otros maestros.

He aquí algunas muestras de ese orden, escogidas no con espíritu selectivo, sino con finalidad meramente expositiva, entre las que tengo copiadas en mi archivo.

\* \* \*

Una tonadilla anónima a solo, con censura de 1775, se titula *La vida de los petimetres*. De ella sólo existe en la Biblioteca Municipal el libreto, por lo cual no cabe presumir quién pudiera ser el compositor que le puso música. Trazan sus versos el siguiente cuadro de costumbres:

Los petimetres y usías  
por lo regular despiertan,  
a las once los que ayunan  
y a las nueve los que almuerzan.



Se levantan de la cama  
con la ropa blanca o negra;  
unos de cofia o de gorro,  
y otros con muchas melenas.

Dan unos cuantos paseos  
por la sala o por la pieza,  
y en espejo grande o chico  
así a perfilarse empiezan.

Se lavan las manos;  
se estiran las medias;  
se rizan y empolvan  
muy bien la cabeza.

El corbatín ancho  
todo se lo aprietan,  
por sacar colores  
y tapar las brevas.

Se visten del todo;  
se sacan las vueltas,  
y muy resoplados  
luego salen fuera.  
Y van por esas calles  
muy de fachenda.

Para luego en las tiendas  
de Mari Blanca,  
donde entran reales mozas  
con reales caras,  
y de este modo  
clavan allí las uñas  
a muchos tontos.

Van luego a las casas  
de las petimetras,  
con varios pretextos,  
por entretenerlas.

Se brindan rendidos,  
a cuanto se ofrezca.  
Si algo se les pide  
y están sin pesetas,  
levantan el campo  
y toman soleta;  
y la cortejada  
muy triste se queda.

En esto la mañana  
gastan y emplean.

El que es soltero y tiene  
muy poca plata,  
discurre al mediodía  
donde pegarla.



Y con tal treta,  
come lo más del año  
a costa ajena.

A un café se marchan  
a pasar la siesta,  
y sobre un bufete  
el mundo gobiernan...

\* \* \*

La «Señora Portuguesa», es decir la cantante Casimira Blanco, estrenó una tonadilla a solo, titulada *La triste y la alegre*, con música de Esteve, sin que conste el año en que se escribió esta obra, aunque no pudo ser después de 1773. Comenzaba manifestando que estaba atormentada, y que, para divertirse, iba a contar con su guitarra un «casito» nuevo. El «casito» dice así:

Adoraba cierto usía  
a una maja con reloj,  
y ella andaba sospechosa  
de que era un pobre pelón.

En cierta noche  
que le siguió,  
entrarle vido  
a un bodegón.  
Ella, acechando,  
vió que mandó  
que le sacasen  
callos y arroz.  
Y estando ya cenando,  
la maja entró  
y al pobrecita usía  
así le habló:

«Que cene usted en buena hora,  
señor usía,  
mas diga usted ¿esta es fonda  
o es hostería?»  
El dijo: «¿Qué hay, muchacha?  
Si cenar quieres,  
sacarán pavo en tripa,  
cosa excelente.»

Y ella, con risa (*hablado*), le dijo  
(*cantado*): «No estoy acostumbrada  
cenar morcilla.»



Levantóse y la dijo:  
«Dueño adorado»;  
y ella dijo: «Desvíe,  
que huele a callos.  
¿Cómo cortejar quiere  
quien aquí cena?»  
Dijo: «Es que ando chupado  
de faltriquera.»  
Y ella con risa (*hablado*): Y es fijo  
(*cantado*) el que ya las mujeres  
pelan bolsillos.»  
Se salió ella fuera,  
la quiso él seguir,  
apestando a callos  
boca y peluquín.  
Le dijo marchara  
diez leguas de ahí,  
y él, avergonzado,  
lo ejecutó así...

\*\*\*

Otra tonadilla de 1779, que se titula *La declaración*, figuraba como anónima, aunque me ha sido dable revelar su paternidad. La compuso el más tarde famoso cantante de ópera y a la sazón intérprete de tonadillas Manuel García, que también compuso sucesivamente tonadillas y óperas. Requería dos personajes: mujer y varón. En una «parola», ella se queda sorprendida viendo un espejo en poder del galán. Al preguntarle por qué lo llevaba y por qué lo escondía con tal recato, él respondía así:

Te diré. Los «pingororgos»  
(porque el nombre «currutaco»  
hasta los ciegos lo han hecho  
de sus versos estropajos)  
no podemos ir sin él;  
pues si la peluca a un lado  
se tuerce, o se desata  
el pequeño escapulario  
que llaman camisolín,  
en un portal nos entramos,  
y en dos por tres el espejo,  
en orden quedan los trastos...

Para terminar estas notas recordaremos una estrofa de la tonadilla a tres *La niña y los presumidos*, con música de Mariano Bustos y cantada en 1790 por Lorenza Correa, Vicente Camas y Manuel Garrido. Presenta dicha estrofa la forma dialogada y dice así:

LORENZA. ¿Estarán los petimetres  
con mucho arreglo en cuaresma?  
GARRIDO. Para ellos es todo tiempo  
pascuas y carnestolendas.

JOSÉ SUBIRÁ.



### Un asalto a San Carlos

La política española presentábase con un recrudecimiento en su endémico malestar. Realizada la sublevación que terminó con el reinado de Isabel II, Prim, como un Diógenes hispánico, se lanzaba a la búsqueda de un monarca, en tanto que la duquesa de la Torre, esposa del *ex bonito* general Serrano, soñaba recepciones palatinas que convirtieran la regencia de su esposo en un reinado evocador de las glorias de María Luisa de Parma y de Manuel Godoy.

Las Cortes escuchaban embobadas palabras de Cánovas y Manterola. Castelar daba el tono de una oratoria característica, y en palacios y Ministerios las intrigas se sucedían en apetencias de poder.

El pueblo, en tanto, con absurdo criterio, pensaba en Espartero como posible soberano, repetición sin duda del profundo pensamiento político que poco menos de medio siglo antes emblemara su opinión en el grito de *¡Viva la república y Riego emperador!*

Formados en bizarra cofradía, encuadernadores y panaderos, menestrales y artesanos, desfilaban por las calles madrileñas con el aire y continente que les valiera sabrosos remoquetes. Llamábanse a sí mismos *Milicianos nacionales*, *Guías de la Patria* y *Voluntarios de la Libertad*; pero, más gráficamente, el donaire de los barrios bajos denominaba a los heroicos paladines de paseos ciudadanos *el batallón de la tos*.

Pero, a pesar del denigrante apelativo, sentíanse animados los voluntarios del más bélico ardor, como llamados a gloriosos destinos, y tal vez alguno de ellos aspiraba a emular en un pronunciamiento las heroicas gestas de generales palatinos, vencedores en patios cuarteleros.

Una compañía reuníase para salir a sus callejeos habituales en el am-



plio portalón de San Carlos, con lo cual podía señalarse el habitual *valor acreditado* en las hojas de servicio de sus individuos, pues valor, y no poco, se necesitaba para esperar la hora de marcha entre los estudiantes.

Insignificante, desapercibido entre sus camaradas, hubiera pasado en cualquier otro lugar el voluntario Mariano Alcañiz, que alternaba sus ocupaciones de defensor de la libertad con las menos poéticas de mozo de limpieza en la Facultad de Medicina y Hospital de San Carlos, y que por su doble personalidad estuvo a punto de provocar un grave conflicto entre las huestes bélicas del capitán D. José Carrión y Anguiano y los Hipócrates en embrión que frecuentaban el zaguán del lóbrego caserón.

En la mañana del 17 de abril de 1869, formaron, como habitualmente, en el vestíbulo; pero, sea porque los estudiantes se encontrasen de mejor humor o porque la cotidiana concurrencia del bedel Alcañiz fuese en aquel momento más notoria, los escolares salieron a la calle de Atocha tras la marcial comitiva, y entonces, como en las grandes catástrofes y en las rudas epopeyas, obediente a causas minúsculas, surgió el chispazo de la discordia.

Tal vez fué, como opina Mariano Jesús Heredero, conserje de la Facultad, que los alumnos dirigieron a su amigo el bedel unas palabras *en alabanza del garbo militar* con que marchaba. Quizá, ya en la pendiente laudatoria, subieron de tono, hasta parecer irónicas sus expresiones, y a consecuencia de ello, los malhumorados voluntarios rebuscaron el peor insulto que a los futuros médicos podían dedicar, y de entre sus filas salió el ofensivo epíteto: «¡Cataplasmeros!».

Esto fué más que suficiente. Los alumnos invadieron tumultuosamente el edificio que acababan de abandonar ante la actitud que después adoptaron los milicianos, que, enardecidos por las voces del capitán Carrión, cargaron sobre los indefensos escolares con machetes y fusiles.

Un bedel llamado Sánchez dió parte al conserje de que algún alumno hubo de ser asistido de un culatazo en la cabeza. Los estudiantes se congregaban en el anfiteatro grande, testigo siempre de las más graves algaradas, y sus enemigos, presos todavía del entusiasmo producido por la fácil victoria, invadían la Cátedra, donde explicaba el doctor Seco y Valdor, con truculento aparato de fusiles apuntados.

Consiguió al fin el prudente conserje reducir con amables palabras al irascible capitán Carrión, que armado de revólver y espada arengaba a sus huestes, y tras no poca resistencia formó de nuevo la compañía, y los curiosos de la calle de Atocha pudieron ver desfilar a los vencedores.

Era decano de la Facultad una personalidad que ha dejado, junto con el recuerdo de su fama, las muestras de su amor por estudiantes y pacientes. D. Pedro Mata, que tal era la autoridad mencionada, hallábase enfermo con un ataque de reumatismo agudo en el pie derecho, que le impedía salir de su casa; pero inmediatamente que supo la noticia apresuróse a ordenar la clausura inevitable, única defensa del *Alma mater* frente a la fuerza bruta, y a oficiar en enérgicos tonos al rector Castro para que restableciese su autoridad frente a los desmanes de los improvisados guerreros, que podían crear a su retorno un nuevo conflicto.



El choque había tenido lugar a las diez de la mañana y había durado poco. Los estudiantes se reintegraban pacíficamente a sus clases y clínicas, y el decano reposaba tranquilo en su domicilio. La Facultad no reflejaba la inquietud anterior. El conserje había mandado cerrar las puertas exteriores del edificio; pero el reposo su turbó nuevamente a la una y media, poco más o menos, cuando regresaron los milicianos y comenzaron a llamar con fuertes golpes.

Ponderadamente llamóles la atención el conserje, pero de nuevo el capitán Carrión creyóse ofendido en sus prerrogativas y recabó la responsabilidad absoluta de lo que pudiera dimanar de su entrada en el local. Ante ello inclinóse el portero, que se limitó a rogar que rompiesen filas lo antes posible, para evitar posibles altercados que de nuevo pudieran perturbar la tranquilidad.

Colmaron estas palabras la menguada paciencia del oficial, que anunció para el día siguiente a las doce una de la compañía *«y lo hará en lo sucesivo siempre que crea necesario reunir la fuerza»* (1).

Entraron, pues, triunfalmente los milicianos, y no se sabe a qué punto hubiese llegado su vanidad si no hubiese corrido el rumor de que bajaban los estudiantes. Esto fué suficiente, pues convencidos de que no llevaban propósitos conciliadores, iniciaron una de aquellas famosas retiradas, en que, con el natural aparato de carga y cebo en los fusiles, ponían entre ellos y sus enemigos la mayor distancia.

La complicada rueda burocrática había sido puesta en marcha por el *garbo militar* de un mozo de limpieza. El decano, D. Pedro Mata, enviaba un nuevo oficio al rector, oficio que reflejaba su energía: *«Lo que ha hecho— el capitán D. José Carrión y lo que se propone hacer en lo sucesivo es un ataque directo a mi autoridad como Jefe local del establecimiento, y no puedo consentir semejante ataque. Espero, por tanto, que V. I. acudirá a quien corresponda en desagravio de tan escandaloso atentado.»*

A las dos y media de la tarde salía el referido oficio, que inmediatamente era cursado por el rector al director general de Instrucción Pública, y en el mismo día 17 de abril de 1869, la más alta autoridad universitaria se dirigía al *Presidente del Ayuntamiento popular de Madrid*, y tras darle cuenta de lo ocurrido, decía: *«Al trasladar a V. E. para su conocimiento los anteriores hechos, como digno Jefe de la fuerza ciudadana, no puedo menos de expresarle el sentimiento que semejante suceso me inspira y la esperanza que la rectitud de V. E. me inspira de que el capitán Sr. Carrión respetará como debe la autoridad del decano de Medicina en el establecimiento de su cargo, autoridad que por tantos títulos es respetable y ha debido ser respetada, como asimismo que V. E. exigirá la responsabilidad del escándalo ocurrido y de las faltas cometidas a quien en justicia corresponda, como yo estoy dispuesto a hacerlo en cuanto se refiere a la autoridad académica que represento.»*

(1) Los documentos utilizados en este trabajo se hallan en el legajo de expedientes disciplinarios de la Universidad de Madrid, en el Archivo de la misma.



*Respecto a lo demás, espero que V. E. adoptará también las oportunas medidas a fin de que sucesos de esta índole no se repitan. Dios, etc.*  
*El Rector, Castro (firmado).»*

Al siguiente día 18, oficiaba el alcalde segundo D. Manuel M. J. de Galdo, en nombre del primer regidor municipal, que se habían dado las órdenes oportunas a D. José Rodríguez Villabrile, alcalde popular del distrito del Hospital y comandante de las fuerzas, para el esclarecimiento y sanción disciplinaria del hecho.

El mozo Mariano Alcañiz, que había actuado de Helena de Troya en esta discordia, volvía al anónimo de su doble misión, que pudo haber provocado un serio conflicto; pero reintegrado a sus faenas de limpieza, podía vanagloriarse de haber impuesto una marcha excepcionalmente acelerada a la complicada maquinaria burocrática.

LUIS DE SOSA.

## RESEÑAS

BERMÚDEZ DE CASTRO, LUIS.—*Boves o El León de los Llanos*.—Colección «Vidas españolas e hispano americanas del siglo XIX.» Vol. 42. Madrid, Espasa-Calpe\* (S. A.), 1934; 203 págs.

Matiz diferencial en la colección de «Vidas españolas e hispanoamericanas», *Boves*, biografía de un español trasplantado a Indias, es una apasionada confesión de peninsularismo, interpretación de una parte del patriotismo, que no puede ser total al tratar de la emancipación americana.

Es necesario sentar una afirmación previa. La independencia de América es únicamente una guerra civil según la más acertada visión contemporánea, y no puede ser de otro modo. Por esto, así como la personalidad del héroe de Villarrobledo, D. Diego de León, no amengua en nada la fama de Zumalacarregrui en otra contienda fratricida hispánica, los caudillos americanos no pierden en valor ni en civilidad ante figuras como Boves o Monteverde.

Si O'Leary y Larrajábal pueden ser apasionados, débese sobre todo al momento en que escriben sus obras; pero hoy no hemos de intentar que gane en perspectiva un caudillo hispánico por amenguamiento de figuras en el bando opuesto, y éste es, a nuestro juicio, el único lunar que presenta el volumen dedicado al León de los Llanos, lunar disculpable por la extensión del exclusivismo patriótico localizado.

*Boves, el feroz llanero* como ha sido llamado por otros autores, es un caso de aclimatación. Marino y más tarde comerciante, surge en él la aventura por injurias recibidas. La vida de este hombre de aspecto desconocido se hace tumultuosa, violenta, épica. En él ha resucitado el iberismo latente y las más ásperas facetas sociales se dibujan con todo rigor en sus campañas. Los hombres de la planicie, jinetes insuperables, frugales en campaña, indomables en el combate e implacables en la victoria, le siguen fanatizados.

El exmarino es ya un semidiós, sombra de Némesis. Ni el botín le tienta ni la fortuna le seduce. Si la guerrilla ha sido la escuela de Morelos, Boves es la guerrilla misma, y sobre su caballo parece más que un hombre



del siglo XIX una reencarnación de épocas pretéritas. El arma de fuego, el combate regular se diría que no existen para él. Su arma es la lanza, como una evocación medieval o un cruel anticipo del romanticismo.

La vida del centauro es breve como un relámpago, y ha sido necesario positivo talento para completar con ella un volumen con habilidad innegable en que se refleja la personalidad literaria del autor, que ha logrado una bella biografía, evocadora en su amenidad de aquellas deliciosas *Anécdotas militares*, llenas de gracia o vibrantes de emoción.

Es ya la colección de «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX» un nutrido número de volúmenes. Una a una han sido seleccionadas, y a la honradez de elección de autores en todos los matices ha correspondido una minuciosa escrupulosidad en la designación de sujetos de las biografías. Calladamente, por espacio de cinco años, el director de estas «Vidas», D. Melchor Fernández Almagro, ha realizado un magnífico esfuerzo. Erudito de innegables méritos en sus estudios sobre constitucionalismo y problemas regionales, crítico literario afortunado en sus trabajos periodísticos e historiador concienzudo en su historia de los últimos tiempos monárquicos, Fernández Almagro, que ha guardado un modesto anonimato en la «Colección», ha sabido hacer de esta serie de biografías un elemento indispensable para los profesionales y una amena serie para los lectores del gran público.

L. DE S.



SÁNCHEZ RIVERO, ANGEL.—*Meditaciones políticas*. Con un prólogo de Benjamín Jarnés. Madrid, Ediciones Literatura, 1934; 187 páginas, 8.º; cinco pesetas. (Pen. Colección, 3.)

Se han cumplido cuatro años desde la muerte del llorado camarada que fué el autor de este libro. Recién ocurrida, le consagramos en las páginas de nuestra REVISTA un emocionado recuerdo, acompañado de un breve esbozo biobibliográfico (1). Posteriormente apareció, terminada inteligentemente por su viuda, la edición del *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal* (2). Ahora, con ocasión del cuarto aniversario del falle-

(1) Ayuntamiento de Madrid, REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO, 1930, VII, 440-443.

(2) Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Centro de Estudios Históricos, *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*. Edición y notas por Angel Sánchez Rivero y Angela Mariutti de Sánchez Rivero. Madrid, Suc. de Rivadeneira (1933), un volumen en 4.º de texto y otro en folio de láminas.



cimiento, se han agrupado varios trabajos, éditos e inéditos, bajo el título apuntado, como anticipo de las prometidas *Obras completas*.

Forman la parte más extensa de las *Meditaciones* dos ensayos que ya mencionábamos en la necrología: *Correo de Venecia* y *Vida de Disraeli*, publicados, respectivamente, en 1929 y 1927, en la *Revista de Occidente*. Trasplantados al libro, confirman y acentúan al ser releídos la honda impresión gratísima de su lectura primera.

*Correo de Venecia* fué, como en aquel artículo decíamos, la obra dilecta del autor. Ahora el prologuista reproduce un fragmento de carta a Angela Mariutti —su prometida entonces— en que Rivero le habla de su trabajo, terminado la víspera. Dice, entre otras cosas: «Mi è costato un grandissimo sforzo perché il tono è di una forte tensione letteraria. E la cosa più letteraria che abbia fatto io.» Iniciado el ensayo con diversas pinceladas descriptivas, se advierte cómo el tema va apoderándose de él, y con admirable lucidez desentraña en pocas páginas el sentido de la historia de la ciudad, la fisonomía especialísima que le dió su topografía única.

*Vida de Disraeli*, escrito con ocasión de la obra del mismo título de Andrés Maurois, muestra la sagacidad de Sánchez Rivero para la comprensión de la historia política. No se limita a hacer una semblanza acabada del célebre ministro inglés, cuya vida juzga él que «ofrece una de las más felices posibilidades para la biografía». Ni a puntualizar la dirección que el estadista judío supo dar a la política inglesa con su renovación del *torysmo*. Aquí, como en el ensayo veneciano, la significación y características de toda la historia británica son agudamente desveladas y le dan, además, ocasión para aclarar no pocos puntos de política general.

Completan el volumen cinco breves artículos inéditos, que probablemente conservaba así, en espera de desarrollo o pulimento. (En tal forma dejó otros muchos, a cuya publicación ofrece consagrar sus desvelos la compañera y colaboradora del malogrado autor.)

En el que escribió *Sobre Julio César* puntualiza la conjunción de admirables dotes que en él se dieron y su perfecto encaje en la época en que vivió, la más interesante de la historia. *Los dos Napoleones* es la demostración de lo funesta que fué para Francia la acción guerrera de ambos emperadores, que frustraron con sus empresas lejanas los verdaderos objetivos en que debió emplearse la supremacía militar francesa. En *Las nacionalidades* examina la eficacia de tal principio, surgido en el siglo xix para la constitución de Alemania e Italia, no formadas antes por proceso histórico, como lo estaban ya Francia, Inglaterra, España... Rivero piensa que en ambos casos el principio de nacionalidad ha sido fecundo, porque ha originado fuerzas capaces de actuar en la historia, pero en otros conduce a una atomización sin resultado positivo alguno. La crisis española sugiere al ensayista muy sagaces observaciones sobre la pérdida del carácter nacional en las clases altas, que toman por modelo en el siglo xviii a la sociedad francesa, conservándose sólo en las masas populares, con el consiguiente emplebeyecimiento. El cuarto artículo, sobre *El porvenir político de la civilización*, trata el tema más palpitante de nuestra época: el de la quiebra, temporal o definitiva, de los grandes principios que el siglo xix tuvo por



inmutables. El autor entiende que la revolución del 89 los aportó por una táctica del momento, afirmando los derechos del hombre como respuesta a los derechos divinos de los reyes. En fin, el titulado *Democracia, masa, élite* muestra la imposibilidad de darse ahora una perfecta democracia del tipo de la de Atenas, donde la igualdad ciudadana era efectiva: igualdad en la participación del poder, casi igualdad en la cultura y en el goce de la vida. Hoy la separación de la masa y las clases elevadas es enorme, amenazando dar al traste con nuestra civilización; los dictadores, de la derecha o de la izquierda, se apoyan en la masa contra las *élites*, que están en peligro de ser aplastadas.

Este breve bosquejo de las ideas culminantes en los ensayos que forman las *Meditaciones* sólo aspira a incitar a su lectura. Páginas llenas de finos atisbos y sugerencias, sin literatura de relleno, sólo su completa transcripción podría dar de ellas idea cabal.

B. SÁNCHEZ ALONSO.



TEJA ZABRE, ALFONSO.—*Morelos, caudillo de la independencia mexicana*. Col. «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX». Vol. 43. Madrid, Espasa-Calpe (S. A), 1934; 266 págs.

Un nuevo volumen de «Vidas españolas» para una figura inmortal de interés dinámico. Esto es, la bibliografía de D. José María Morelos y Pavón, una de las más cautivadoras figuras que pueden encontrarse en la historia de la pasada centuria.

Representa Morelos algo más que un general adjetivable en la etapa heroica de la emancipación en Nueva España. «El cura Hidalgo» pudo haberse gloriado de descubrir algo más que un conductor de multitudes en el hombre que había de mantener vivo el sentimiento de la independencia por su solo prestigio personal. Morelos era más que eso: era *El caudillo* por antonomasia, como acertadamente le ha visto Teja Zabre.

Las singladuras espirituales entre las dos Españas, más numerosas que las materiales, han alejado a Morelos de una interpretación popular que hoy puede adquirir merced a la biografía que Espasa-Calpe ha publicado. Aquel joven sacerdote, que en lugar de una capellanía obtuvo de Hidalgo un generalato, era más que nada un símbolo racial. Cubierta la cabeza con su pañuelo blanco, enfundado en negra levita, sereno e impulsivo, Morelos fué en Méjico la representación del espíritu bélico nacional. Italia ha producido el *condottiero*; Alemania, la táctica actual; Francia, con Vauban, llega a la técnica perfecta de la fortificación; pero España ha

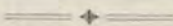
dado al mundo, a más de la figura ingente de Gonzalo Fernández de Córdova, algo inimitable: la sublimación de la personalidad y del individualismo en la guerrilla, que es, en suma, la escuela de Morelos.

Obras generales de la emancipación de todas las tendencias han hecho justicia a los talentos del caudillo. Torrente, Alamán, Arrangoiz, Bustamante y tantos otros han tenido que reconocer el valor excepcional de este hombre, capaz de mantenerse en lucha contra un país, pero nadie ha llegado a lograr un tan bello análisis de su personalidad como Teja Zabre, que con un sistema netamente profesional de concepción histórica ha sabido aunar un interés literario que hace de su biografía una de las más bellas de la colección. Pocos libros novelescos superan en interés a la evocación que de las campañas ha logrado hacer el autor.

Figuras como Galeana y Matamoros, *los brazos* de Morelos, son en realidad aciertos de tal calidad, que se ve en ellos y en su transcripción esa difícil superación de un nivel medio de literatura y de historia.

Autor honradamente erudito, el Sr. Teja Zabre ha sabido dar una tan grande amenidad a su relato, que si no fuese compulsadora, cuidada bibliografía, pudiera creerse en una intuición novelesca, en ocasiones. Sin deformaciones de apasionamiento, Morelos aparece (y esto, a nuestro juicio y con nuestro aplauso, es el mayor mérito de la obra) tal como fué en su tiempo: el hombre símbolo de Méjico.

L. DE S.



*La frase literaria*, de D. EDUARDO JULIÁ Y MARTÍNEZ.

Con el título principal de *Lingüística elemental* y el subtítulo indicado en nuestra cabecera, el catedrático de Literatura, en Toledo, Sr. Juliá, ha escrito un libro en 4.º de 268 páginas. Emito, pues, mi humilde opinión de lector, ya que no sea técnico para poder encumbrarme hasta las altas cimas de la crítica filológica. Tan importante misión la desempeñarán con gusto, bien los académicos de la Lengua, los señores consejeros de Instrucción, los miembros especializados del Centro de Estudios Históricos, o bien los profesionales consagrados a tales materias en cátedras, libros y revistas dentro y fuera de España.

Yo por mi parte afirmo que con decir es *La frase literaria* fruto de la minerva del mismo autor que editó, prologó y anotó la comedia *Quién malas mañas ha, tarde o nunca las perderá*, de D. Guillén de Castro; analizó y desentrañó *El americanismo en el idioma castellano*; desglosó de la historia la parte fantástica en *Shakespeare y su tiempo*; colaboró con



D. Gregorio Sánchez-Puerta y de la Piedra en *Notas sobre cuestiones gramaticales*; dió a la estampa temas para estudios prácticos de la *Lengua española*; puso de manifiesto *La cultura de Santa Teresa y su obra literaria*, e hizo revivir en las *Obras de D. Guillén de Castro y Bellón* la mentalidad ilustre de este autor, queda dicho el interés que encierra esta obra sintética de *Lingüística elemental*.

A mi juicio, el trabajo del investigador, investigaciones que el Sr. Juliá encarnó en otras treinta y tantas obras más, entre ellas *El renacimiento literario valenciano*, *La amistad entre Quevedo y Adam de la Parra*, *Dos comedias atribuidas a Calderón de la Barca*, *Representaciones teatrales de carácter popular en la provincia de Castellón...*, cede al preceptista sus preeminencias culturales.

¿Pero cuál es el continente y el contenido de la preceptiva? ¿Es el continente transmitir al cerebro del educando normas positivas que le permitan ir en seguimiento de la cátedra educadora? ¿Es el contenido la obra de selección y asimilación del educador?

Forman el final de *La frase literaria* unos *Apuntes bibliográficos*. En ellos está el continente preceptista a que me refería, clasificado por secciones. La que afecta a la *Lingüística*, comprendiendo en ella los grupos *Morfología*, *Sintaxis*, *Estudios de índole gramatical* y *Diccionarios*; las secciones que se refieren a la *Estilística* y al *Ritmo*; la sección que concierne a la *Bibliografía* y *Trabajos sobre la historia del libro*, con los apartados en que se dan noticias *antes y después de la invención de la imprenta* y se escriben las *bibliotecas oficiales de España*; la sección que se relaciona con la *Retórica y Poética*, cuyas ramificaciones son las *Preceptivas literarias*. Las demás secciones tratan de la *Estética descriptiva*, de la *Crítica de textos*, de la *Varia* (*Antologías y Colecciones de textos castellanos* y *Estudios de Estética normativa y de Crítica*) y de *Revistas*.

Las aspiraciones del Sr. Juliá se han limitado a excogitar lo más selecto, y esto lo ha realizado cumplidamente. ¿Que no están todas las fuentes bibliográficas de importancia? Ya lo declara paladinamente; pero es forzoso convenir que desde la obra básica y fundamental del conde de la Viñaza, huelga el redactar una nueva bibliografía filológica, ya que en cualquier estudio monográfico se aportan todas las obras más importantes, profundizadoras y esclarecedoras de aquellas secciones reseñadas.

\* \* \*

Ya he dicho que soy incompetente para la crítica. Otros dirán si para el contenido de *La frase literaria* el Sr. Juliá pudo inspirarse o no en la *Gramática del Poema del Cid*, de Fernando Araujo Gómez; en los *Opúsculos gramaticales*, de Andrés Bello, etc., etc. Dentro de lo poco que yo puedo apreciar, paréceme que D. Marcelino Menéndez y Pelayo y el sig-



nore Benedetto Croce son los dos polos opuestos que giran alrededor de su maravillosa síntesis.

Holgariame de singular manera si pudiera yo acertar en mis predicciones. Juzgo que *Lingüística elemental-La frase literaria*, esbozo admirable de copiosas lecturas, reflejo fiel de práctica constante en el magisterio, es el libro por excelencia del catedrático y del alumno. ¿Que acaso sus dimensiones resulten algo excesivas? Aun cuando fuera reconocido así, es indiscutible que es un libro tan necesario para el estudiante ávido de perspectivas tanto filológicas como literarias. Opino como profano y lego en la materia: todo lo que subyuga sin cansancio, con verdadero deleite espiritual, como sucede en *La frase literaria*, para mí es merecedor de alto galardón, yendo como va acompañada de numerosas ilustraciones y de ejercicios apropiados para la búsqueda literaria a inteligencias jóvenes y prontas a la asimilación.

Al sentar esta conclusión cabe interrogarnos: ¿Es incompatible lo didáctico con la preceptiva? ¿Los dos volúmenes de *La superstición pedagógica*, de D. Julián Ribera, son el *evangelio chico* de su influjo en los hechos sociales? Por espacio de siete años seguidos D. Eduardo Ibarra Rodríguez, catedrático de la Universidad Central, ha procurado reavivar el fuego sagrado, encendido por el Sr. Ribera, con estas comunicaciones presentadas en los Congresos de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias: *El sistema electivo y la especialización en la enseñanza* (1917); *Cuándo, cómo y dónde debe adquirirse la cultura general* (1919); *El aprovechamiento de la autonomía universitaria* (1921); *Sobre las nuevas formas del enseñar y del aprender* (1925); *El contenido probable de la Universidad futura* (1927); *Los problemas fundamentales de la segunda enseñanza* (1929), y *Cómo podrá conseguirse la máxima difusión de la enseñanza* (1932).

Como puede observarse, el continente de la Preceptiva es un mar sin orillas. Limitándolo a que lo cultural en nuestra patria es por desgracia un mal endémico, el egoísmo de nuestras conveniencias particulares lo agrava considerablemente. Al que ha de vivir de su trabajo, sin respiro y sin aplazamientos, ¿le perjudica lo didáctico? Le resulta horripilante hallarse con la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, ir ascendiendo en la enseñanza peldaño por peldaño y dilatar la terminación de su carrera.

Bien hasta la medula penetra D. Joaquín de Entrambasaguas y Peña en *La llamada Preceptiva literaria y su enseñanza en España*. Prescinde de lo sociológico y se atempera con lo didáctico. El Sr. Juliá cita esta obra en sus *Apuntes bibliográficos*, incluyéndola en la sección de la *Retórica y Poética*. La juzga de esta manera: «Exposición de algunas ideas acerca de cómo debiera estudiarse la Preceptiva literaria. Se inclina el autor hacia la enseñanza práctica; es decir, se incorpora a cuantos preconizan la orientación lingüística, con un análisis artístico de la expresión.»

Me voy a permitir el ampliar esta referencia de la conferencia del señor Entrambasaguas. La pronunció su autor en Castellón de la Plana el día 4 de mayo del año anterior a éste. Se ocupó sucesivamente de la *Preceptiva literaria en el Bachillerato*; de las *posiciones ante el estudio de la*



*Preceptiva Literaria; de la Retórica griega y su imitación latina; del apreceptismo medieval; de la Preceptiva renacentista; de la corroboración neoclásica de la Preceptiva; del concepto genial de Menéndez y Pelayo; de la Preceptiva literaria en la Universidad y en la segunda enseñanza; de la necesidad de un panorama evolutivo de la asignatura; de los aspectos de un curso universitario de Preceptiva literaria; del estudio erudito de la Preceptiva; de la extensión general de los estudios de Estética y Teoría literarias; de la selección de textos y los complementos gráficos del estudio, y de los ejercicios escritos.*

El Sr. Entrambasaguas no cree que la Pedagogía sea *ciencia didáctica*. No le parece la lectura del *Quijote* suficiente para obtener a paso de carga el *arte literario español*. Opina que el catedrático y no el libro *lo es todo en la enseñanza*. ¿Es inútil o beneficiosa la Preceptiva? No debemos despojarla de la *evolución histórica*. Los griegos hicieron una *Preceptiva para su literatura*. Roma se adaptó a ella *extraviadamente*. Averroes no percibe la *creación aristotélica*. El Renacimiento la *avivó y todavía perdura*.

En España hubiera hecho estragos si el numen de los grandes genios de la pluma no hubiera seguido otros derroteros. En cambio, es una *momia grecorromana* la Preceptiva literaria del siglo XVIII. El Romanticismo destruyó sin crear y consolidó las dos posiciones, afirmativa y negativa, de nuestra Preceptiva. Requiere un *encauzamiento histórico*, con el cual adquirirá *valor científico*. El itinerario cultural más seguro es lo hecho por el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*.

La Preceptiva literaria debe pasar del Instituto a la Universidad. En aquél asimílese al estudio de la *Literatura*, sin abandonar el cauce histórico, sin juzgarla que enseña a hacer lo que explica. De Góngora se podrá estudiar su *interpretación personal: el culteranismo*. En la Universidad, tras de un curso de iniciación general, se completarian los *conocimientos teóricos y de nomenclatura*. El Sr. Entrambasaguas destaca la exquisita sensibilidad del erudito, cuyos *datos documentales son simples instrumentos para la creación retrospectiva*.

¿Selección de textos? Sin *tendencia o gusto determinado* y conteniendo algo de lo que no es bueno.

¿Métodos modernos para la enseñanza? Con las proyecciones el catedrático *simplificaría su tiempo y las inculcaría a sus alumnos con conocimiento más detallado de retratos, documentos, portadas, textos y otras curiosidades*.

¿Labor principal del alumno? Los ejercicios escritos, *cristalización de sus conocimientos, en libertad completa de inventiva y desenvolvimiento del tema*.

Una salvedad: ¿qué deducimos de estas apuntaciones y de que el señor Ibarra fije su atención en lo que duran los estudios en general y en que haya gentes que *llegan prematuramente a los cargos*? Sencillamente que el catedrático-secretario del Instituto de Murcia *concreta y significa sus normas educadoras a una rama determinada de la Pedagogía*, mientras que el Sr. Ibarra Rodríguez *abarca todos cuantos aspectos le son peculiares*. Para el Sr. Entrambasaguas, dentro del radio de acción de una



sola asignatura, *lo es todo la manera de enseñar... practicando*; para el catedrático de la Universidad Central, cuya mira está puesta en las hornadas de médicos, abogados, arquitectos, farmacéuticos, ingenieros, notarios, archiveros, catedráticos, escribanos, registradores, etc., etc., *se inclina ante la práctica y el constante acarreo* para que obtengan sus títulos y credenciales personas calificadas de solvencia científica o literaria.

Para entrambos señores no debemos pasar de la enseñanza elemental hasta la enseñanza superior *sin ir con pies de plomo*; así es que si para el uno la cima ilustradora de la Pedagogía resultan ser la erudición, el documento, el cinematógrafo, el profesor idóneo y el alumno estimulado, para el otro señor las cifras que arrojen las estadísticas de alumnos oficiales, libres y de enseñanza privada serán las que gradúen el alcance representativo de las generaciones actuales o venideras.

\* \* \*

¿Cuál profesor o catedrático, el más o menos joven, puede rendir mayor utilidad en la enseñanza con igualdad de aptitudes? ¿A quién preferiríamos: al soltero, al casado? ¿Sabrán más los que estudien más y a conciencia? ¿El abogado no necesitará el bufete donde practicar; el ingeniero un canal, un puente, una mina o una fábrica de adelantos modernos donde instruirse; el arquitecto abrir cimientos y poner las tejas del edificio en construcción; el médico enfermos, a pesar de que haya sido alumno interno en un hospital durante su carrera; el catedrático alumnos buenos, que, por lo regular, escasean?

Y pasaría como ahora: unos alumnos serían alegres y bullangueros, como lo fué D. Cristino Martos; bailarines, como D. Laureano Figueroa; reconcentrados de carácter, como D. Francisco Pi y Margall; tímidos, como D. Benito Pérez Galdós... Otros alumnos se buscarían el *modus vivendi* para proseguir sus estudios. Habría quienes, faltos de esta abnegación y firmeza de carácter, abandonarían las aulas y servirían de *burros de carga*, más o menos intelectuales. Pero todos los que terminaran sus estudios empujarían con mayor violencia que la de los de ahora, merced a la audacia de tantas medianías perpetradora de legiones y legiones de iniquidades, por obra, gracia y desgracia de la santa influencia, que es santa y no mártir. Los mártires son los que valen y aquélla posterga.

\* \* \*

Con el libro de texto cuán en lo cierto está el Sr. Entrambasaguas. Ahora bien: reclamando como reclama buenos catedráticos, éstos, forzosamente, por el mero hecho de serlo, tienen, como le ha ocurrido al de Tole-



do, el Sr. Juliá y Martínez, que dar a la stampa el resultado de largas vigili-  
as. Y aun cuando anteponga la lingüística, lo hace magistralmente para  
dar de mano a toda exposición «desarticulada y mecánica». De este modo  
pretende, a más de lo docente, el forjar «un concepto histórico», como el  
que en su conferencia preconizaba el Sr. Entrambasaguas meses antes de  
*Lingüística elemental.-La frase literaria.*

Describamos esta obra. Contiene una breve *Introducción*. Su contexto  
estudia la *Estilística*, el *Ritmo*, el *Libro* y las *Escuelas literarias*. Acompa-  
ña unos *Apuntes bibliográficos*. Y finaliza con una *Addenda et cor-  
rigenda*.

Si el arte de bien decir es la Retórica, el arte de la fraseología será la  
Estilística. Si la declamación es una prosodia con énfasis, el ritmo es la  
frase hecha música. Si el pensamiento vibra con nuestro idioma, es carne  
de nuestros deseos, nervio de nuestra voluntad, sangre de nuestros propó-  
sitos, corazón de nuestros impulsos, espíritu de la grandeza de ánimo, el  
libro es un surtidor perenne de frases aladas que, como líquidas perlas,  
reflejan todos los iris del sol de la fama. Si las bibliotecas brindan a Miner-  
va con toda clase de armas fulgurantes, ofensivas y defensivas, las escue-  
las literarias son frases que, unas veces envueltas con la púrpura regia del  
triumfo y otras veces con los ricos brocateles del ingenio, lanzan por todo  
el orbe terráqueo el hálito inmortal del idioma castellano, aquel que por  
antonomasia se llama la lengua de Cervantes, ponderada por Gómez Res-  
trepo con cincelada prosa y con versos áureos por Rubén Darío.

Si me dejara subyugar por el entusiasmo del neófito en las letras, yo  
haría expresión al autor de *La frase literaria* que su esbozo me parece  
excelente. Por carecer de autoridad para encomiar lo que tan de manifiesto  
salta a la vista, refreno mis nobles impulsos.

Lo que sí puedo hacer sucintamente es un extracto de cuanto contiene  
aquella obra. El autor declara *que el neoclasicismo de la Preceptiva debe  
rectificarse; que en la segunda enseñanza se concentra el problema en su  
aspecto más agudo, y que con sus notas se dirige a compañeros, profesores  
particulares y a quienes van tras el ensayo de nuevas orientaciones,  
sin olvidar a los alumnos.*

En la *Introducción* trata de estos diez puntos básicos, sin cuyo cono-  
cimiento previo se incurriría en deslices atentatorios no solamente a las  
normas sintácticas, sino también el buen gusto literario: *construcción gra-  
matical, construcción figurada, hipérbaton, supresiones de vocablos, pleo-  
nasmos, construcciones ideológicas, solecismos e idiotismos, construcción  
de los idiomas según las épocas de los mismos, acento y construcción,  
frase literaria*, que era lo que se llamaba *oración* antiguamente, ya fuera  
*simple, compuesta o compleja*. La calma del raciocinio se suele perder al  
hablar, en ocasiones al escribir, y en alas del ímpetu psicológico se este-  
reotipa el rasgo distintivo de la emoción en la *frase literaria*.

Estos son los cimientos de la fraseología. ¿Pero cuál es el *andamiaje  
más seguro* para llegar a los centros de excitación espiritual de un poeta o  
de un escritor? Según el Sr. Juliá, inspirado por Leo Spitzer, con su obra  
fundamental *La interpretación lingüística: Introducción a la Estilística*



*romance*, traducida en 1932 por Amado Alonso y Raimundo Lida, el poeta o el escritor, *antes de escribir, hablan interiormente*.

Los veintidós considerandos que comprende el capítulo I, *Estilística*, de *La frase literaria* nos brindan el valor de ésta; la concepción del lenguaje por la Estilística; las fases del lenguaje con la creación o con la evolución; la carta de naturaleza de interpretaciones erróneas, en varias de las cuales paró su atención *Un chico del Instituto*; el proceso lingüístico que de aquellos *lapsus* se derivan; casos en que actúan las dos orientaciones; los métodos lingüísticos; estético al considerar las palabras aisladamente, evolucionista al observar fenómenos «que se desarrollan al través de los tiempos y de los lugares» (en un lugar y en una época, en una época y diversos lugares, en un lugar y diversas épocas); la fisonomía íntima que con el estilo *cada autor imprime a sus escritos*; el verdadero estilo y la *manera*, o «modalidad de expresión adquirida por imitación de otros autores»; el estilo propio perteneciente al período de la creación y al evolutivo el imitador, el estilo según la causalidad y la finalidad como círculo que se aleja de la primera y torna a ella con el ansia de lograr la segunda.

No es sólo cuanto se relaciona con la psicología del escritor o del poeta lo que pretendemos estudiar, sino el ambiente filosófico con que forma lo sistemático de sus sensaciones.

Si Aristóteles bajo el nombre de categorías comprendió las *clases, sustancia, cantidad, cualidad, relación, tiempo, lugar, posición, posesión, acción y pasión* a que pertenecen todas las *ideas, nociones o concepciones* que el entendimiento puede formar de las cosas externas y de las sensaciones internas, habiéndolas reducido Kant a cuatro divisiones fundamentales: *cantidad, cualidad, relación y modalidad*, reforzada la primera por la *unidad, la pluralidad y la totalidad*; la segunda con la *afirmación o la realidad, la negación o la privación y la limitación*; la tercera con la *sustancia y el accidente, la causación o relación de causa y efecto, la reciprocidad de acción o la reacción*, y la cuarta con la *posibilidad o imposibilidad, la existencia y la no existencia, la necesidad y la contingencia*, los gramáticos las han reducido a menos clases aún: *el sujeto y el predicado*.

Pero, como advierte el Sr. Juliá, «la frase literaria adquiere tal riqueza de expresión, que trastorna el sentido íntimo, dotando de caracteres equívocos a entrambas categorías», poniendo de relieve la insuficiencia gramatical y la psicológica. Esto da lugar a nuevas formas gramaticales, puramente anormales, y que dentro de la sintaxis figurada se conocen con el nombre de *perífrasis*, que recurre a un rodeo «por falta de acomodamiento o por desconocimiento de una palabra», cuando ésta no se trasplanta de otro idioma al nuestro.

Existen normas taxativas para el *sujeto gramatical, pero no para el psicológico*, que tiene tantos matices como las pasiones humanas. La frase, por tanto, tendrá un valor ideológico discernido «con la exactitud posible». Con tal objeto el francés Miguel Breal fundó la *Semántica*, preparando las orientaciones idealistas en materia del lenguaje. Con la *Fonética* se analizaron las observaciones acerca de los sonidos. Hay quienes intentan sintetizar los cambios de las significaciones de los vocablos.



Entre las orientaciones lingüísticas, *fonetismo fisiológico*, *fonetismo histórico*, *morfología descriptiva*, *morfología histórica*, *idealismo*, etc., descuellan *la creación y la evolución*, ya mencionadas, aquélla en la cima, estotra en el llano. Además, por el principio de analogía en la evolución lingüística «se uniforman los vocablos que tienen más o menos intensa *sinonimia*».

El literato, influido por la pasión, llega a emocionarse y a realizar una labor creadora, que no todos los lectores saben apreciar de igual manera.

Hay *lector de autores* y *auto-lector*. El primero como gramático y el segundo como psicólogo, no los debemos menospreciar; pero el último es «quien reacciona ante el escrito con personalidad propia».

A la *Estilística* sigue el *Ritmo*; al espíritu creador, el sonido gramatical y literariamente considerado. Aquél da a conocer lo que piensa el autor; éste lanza un sonido musical limitado por las ideas que necesita expresar. Es más: «todo esfuerzo gana en intensidad y facilidad cuanto se le sujeta a un ritmo». Y al través de la indole sonora de la palabra desfilan los elementos integrantes del ritmo: *el tiempo*, *el tono*, *la melodía*, *la modulación y la armonía*, a la par en la prosa como en el verso.

El ritmo de la prosa está en la *cláusula*. Quien se ajuste a lo que hacían los antiguos, elevar y descender la voz, *prótesis* y *apódosis*, será un buen declamador. En la poesía, cuyas condiciones musicales son más complejas, «ha habido distintos procedimientos rítmicos»: *paralelismo*, *aliteración*, *cantidad*, *ametría* y *ritmo cualitativo*.

¿Origen del ritmo poético? Es insoluble.

El *paralelismo* enlaza dos frases de extensión semejante y fué, entre los hebreos, *sinonímico*, *antitético* y *sinatéctico*. Lo usaron otros pueblos de Oriente, chinos y árabes. La *aliteración*, usada por griegos, romanos y germanos, es la repetición de una misma consonante. El *ritmo cuantitativo* depende del tiempo que se tarda en pronunciar.

Después de aportar el Sr. Juliá las definiciones de los *versos*, *cadencias*, *cesuras*, *rima en la versificación cuantitativa* y el *ritmo cualitativo*, explica cómo el Sr. Menéndez Pidal ha descubierto en la *ametría* de los poemas épicos medievales la fórmula de la medida de estos versos.

El Sr. Juliá enumera los elementos integrantes de la versificación castellana. Cuáles son los esenciales y los accidentales: *número de sílabas y acentos*; *cesura* y *rima*. Cuáles las licencias más generales: la *sinalefa*, el *hiato*, la *diéresis*, la *sinéresis* y otras licencias métricas: la *anacrusis* y la *catalexis*.

Asimismo trata de los *acentos principales* o *constitutivos* y otros *auxiliares* o *accesorios en el verso*; de las frases *graves*, *agudas* y *esdrújulas*; del traslado de acentos a la anterior, *sístole*, o a la posterior, *diástole*, de las sílabas acentuadas; de la *cesura* como pausa; de la *rima aconsonantada* y con *asonantes*; de que no deben mezclarse consonantes con asonantes; de no distanciarse unos de otros los versos rimados.

Versos usados en castellano, sigue diciendo el Sr. Juliá, son los *bisílabos*, *trisílabos*, *tetrasílabos*, *pentasílabos*, *hexasílabos*, *heptasílabos*, *octosílabos*, *eneasílabos*; los de *arte mayor*, *decasílabos*, *endecasílabos* (tam-



bién mezclados con otros versos de *arte menor*, *dodecasílabos*, de *trece sílabas*, *alejandrinos* o de *catorce sílabas* (con acentos en distintas sílabas unos y otros, y de *nuevos moldes*), de *quince sílabas*, de *diez y seis*, y otros versos que, «en realidad no constituyen una unidad rítmica». Hay también versos de *ritmo par* y de *ritmo impar*.

Nos habla el Sr. Juliá de las *estrofas simétricas* o *parisílabas* y *asimétricas* o *imparisílabas*. Entre las primeras figuran el *pareado*, el *terceto*, las *cuartetos*, de *cinco versos*, el *romance*, *romancillos* de *cuatro sílabas*, de *cinco sílabas*, de *seis sílabas*, de *siete sílabas* (llamado *romance endecha*, de *ocho sílabas* (primeramente de *diez y seis*), *romance viejo* (lírico), *romance artístico* (fragmento), *época romántica* (fragmento), *romance heroico* (fragmento).

De las *estrofas asimétricas asonantes* asimismo menciona versos pareados, de tres, cuatro versos (*seguidillas*), *seguidillas de siete versos*, *seguidillas gitanas*, *endechas reales* de cuatro versos, de cinco versos (con más frecuencia aconsonantadas), de combinaciones seguidas.

Hace mención de las *estrofas simétricas y asimétricas consonantes* con *pareados*; con *tres versos*; con *tercerillas monorrimas*; con *tercelos*; con cuatro versos (ya sean *cuartetos*, *redondillas*, *monorrimas*, *serventesios*, *cuartetos* y *estrofas sáficas*); con cinco versos (*quintillas* y *quintetos*); con *sextinas* o *sextas rimas* (*coplas de Jorge Manrique*, de *influencia italiana* y de otras combinaciones); con siete versos (*septiminas garcilasianas*, a lo *Arcipreste de Hita* y *seguidillas con estribillo*); con ocho versos (*octavillas* de varias formas, *agudas* o de imitación italiana, *octavillas becquerianas*, *octavas italianas*, *octavas reales*, a lo *medieval*); con nueve versos; con diez versos (*espinelas*, *anteriores a Vicente Espinel* y *ovillejos*); con once versos (varias combinaciones); con catorce versos (*sonetos endecasílabos*, *alejandrinos*, *imparisílabos*, *parisílabos*, de *arte menor*, de *metros menores* y de *estrambote*); con combinaciones seguidas (*silvas*, *estancias*, *liras*, entre otras *garcilasianas* y *frayluisianas*).

También nos refiere cuál es la composición de las *estrofas libres*, ilustrada, como todas las anteriores, con una hermosa transcripción (de don Gaspar Melchor de Jovellanos). Y siendo, como es, un esbozo, por el acierto, el buen gusto y la magistral síntesis que en él preside, recuérdame lo que dijeron los Sres. D. Juan Hurtado y D. Angel González Palencia en la *Advertencia* de su primorosa *Antología de la Literatura española*. El Sr. Juliá ha tenido muy en cuenta lo dicho por dichos señores para «atender, en la selección de los textos, no sólo al criterio estético, sino al histórico», guiado «por razones filológicas, estilísticas y estrictamente literarias».

Y si los treinta y nueve postulados de que acabo de hacer relación así lo acreditan en uno y en otro sentido, en los tres finales de este capítulo II, *polimetría*, *fundamento de la métrica castellana*, *el idealismo y el ritmo*, abre cátedra el Sr. Juliá para los que somos legos en la Preceptiva. La *ametría* de los juglares, la reacción contra la monotonía del *tetrastoto monorrimo*, la *profusión métrica* multiplicadora de estrofas, la *polimetría*, el *romanticismo* legando la cultura a la *isométrica*, la protesta contra las reglas literarias a la *polimétrica* y su carácter popular a la *heterométrica*.



¿Dónde está la raíz de la métrica castellana? Se propugnan y se impugnan teorías. Desde Antonio de Nebrija o Lebrija hasta Hermosilla y su contrincante D. Andrés Bello, y muchos más americanos y españoles, «ingeniosamente se resuelven algunas dificultades que ofrecía el sistema de las cláusulas, separando el acento rítmico del prosódico y los períodos puros y compuestos».

¿En dónde radica el idealismo de la métrica? En la poesía moderna, nos responde el autor de *La frase literaria*. Al atribuir espiritualidad en el ritmo, «propende a conseguirlo por recursos ideales más que por leyes del sonido». Y si Rubén Darío, el iniciador, confesó su derrota, convengo con el Sr. Juliá que el ritmo «no debe limitarse a un estricto cumplimiento de una ley métrica»; pero que sabiendo todos que el Arte es convencional y que la filosofía analiza lo bello ideal en las obras que lo contienen y examina su concordancia con las reglas externas de la razón, o sea por medio de la Estética, por qué restringir la afición a los goces intelectuales no dando cabida al lenguaje artístico del idealismo.

\* \* \*

Permítase el símil que empleábamos. Recorrida la fachada de la *Estilística* y la ornamentación de *el Ritmo*, por el mismo andamiaje escalemos el tejado de *La frase literaria*. Su pararrayos es el capítulo III, *El Libro: su historia, materialmente considerado*. Se argüirá que la *Estilística* no es la fachada de la *Arquitectura de las lenguas*, de que nos habló el sabio D. Eduardo Benot. El *Estilo* de los escritores que lo tienen está a la vista y no recóndito, como las dependencias del capítulo IV, *Las Escuelas literarias*. El nervio óptico es el que más engaña, como ha recordado el Sr. Juliá en una de sus notas. Lo escrito está bien a la vista, pero necesita que los ojos del alma no vean sólo cuanto ven los de la cara, sino los medios que empleó el artífice para lograr su objeto. En cambio la *Preceptiva* vive dentro de los alcázares del saber, en los laberintos de las controversias... y hasta en las chozas de las clases populares.

En las alturas hay que buscar la *Paleografía*, la *Bibliografía*, la *Biblioteconomía* y otras ciencias más, como la *Cronología* y la *Geografía*, que no tan solamente son los ojos de la *Historia* éstas últimas, sino auxiliares poderosas de aquéllas, que estudian todos los aspectos psicológicos, literarios, didácticos, enciclopedistas y particulares de libros, archivos, bibliotecas y museos, sin contar con que la *Fonética* y la *Filología* no sólo muy en alto encumbran los tesoros y bellezas del lenguaje, sino que revelan las diferencias impuestas por el correr o galopar de los siglos.

¿Cómo se difundió el libro antes de la invención de la imprenta? En cualquier *Enciclopedia*, por ejemplo en la de D. Francisco de Paula Mella-do, volumen 26, columnas 26 a 28, artículo *Libros*, se narran cuantos detalles conciernen a los instrumentos gráficos: tintas y elementos empleados



para la escritura, y lo que eran las *tabletas de cera, papiro, pergamino, papel y otras materias* que brindan con interesantes ilustraciones al curioso lector. También se le informa de lo que son los *códices y documentos*; de la *escritura mayúscula, minúscula y cursiva*; de *tipos de letra* más frecuentes en España; de las *abreviaturas medievales*; de los *signos auxiliares de puntuación* y de los *numerales*.

A estos siete prolegómenos tan interesantes agrega el Sr. Juliá otros ocho, no menos interesantes, de *El libro después de la invención de la imprenta*, segunda subdivisión del capítulo III: *La invención de la imprenta* (véase la propia *Enciclopedia*, de Mellado, volumen 33, columnas 253 a 265 artículo *Tipografía*); las *dimensiones* de los libros (que puntualiza las *Instrucciones para la redacción de los Catálogos de las Bibliotecas públicas del Estado...*, citadas por el Sr. Juliá); los *caracteres romanos, elzevirianos, itálicos o venecianos, alditos, letra de cancellería, versales, negritas, alargadas, alsaciana, clásica, egipcia, latina, normanda, jensoniana, uncial, bastardilla...* y la moderna *mecanográfica imitada*; composición e impresión en *monotipias, linotipias, estereotipias, polítipias* y grabados en *litografía, fotograbados, a la cincografía, al huecograbado*, etc; cómo se *corrigen los libros*; cómo se *conservan y preservan de los insectos*; las *distintas encuadraciones*; los *Archivos y Bibliotecas*; los *más notables de España*; la *Catalogación* con todos sus pormenores.

Descendamos del tejado. Penetremos por las distintas moradas o mansiones de *Las Escuelas literarias*. Este capítulo IV, verdadero *alcázar de la crítica*, aloja en el piso principal a las *Clasificaciones del tipo aristotélico*, en el segundo a la *Estética descriptiva* y en el tercero a la *Estética normativa*.

¡A cuántas reflexiones ha dado lugar la *Retórica* y la *Poética* incompleta de Aristóteles! Leed la obra *Una guerra literaria del Siglo de Oro. Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos* para convencerlos, pacientes lectores, del influjo del filósofo de Estagira, si otros mil casos no lo evidenciaran. «A él se debe la clasificación y el método de la crítica tradicional —nos dice el autor de *La frase literaria*—; pero es justo recordar también que no sólo hizo el análisis externo de la obra literaria, sino que atisbó el valor psicológico de la misma, con su estudio sobre los afectos y pasiones, del cual todavía es útil una gran parte, y con sus observaciones de índole estética.»

Tras de Aristóteles van Horacio, Quintiliano y Cicerón, acusando cada cual su temperamento al través del ideal clásico. En él predominan las figuras retóricas, que son pura casuística mientras es razonadora la concepción moderna; y los géneros literarios, *épico, lírico y dramático*, que obra por obra, va analizando el Sr. Juliá en nuestra producción, ofreciendo la enemiga de Croce frente a los neoclásicos. Todo desfila por los trazos de la pluma del catedrático de Toledo: *epopeyas, romances narrativos, poemas épico-heroicos, narraciones novelescas, cantos épicos y leyendas, poemas de carácter religioso, poemas épicos de manera burlesca, novela épica, psicológica, de costumbres, histórica, satírica, social, fantástica, sentimental, caballeresca, pastoril, cuentos, épica filosófica, cosmológica o de la naturaleza y antropológica o del hombre*.



De la lírica hace resaltar, entre las muchas clases que existen, las breves *Canciones populares*, las más extensas contenidas en los *Cancioneros*, los *cantares de amigo*, las *alboradas*, los *villancicos*, los *cantos de romerías*, las *serranillas*..., los *madrigales*, las *anacreónticas*, las *letrillas*, los *epigramas*, la *sátira*, la *fábula*, la *epístola*, la *elegía*, el *himno*, la *canción*, los *idilios y églogas*, las *baladas*, las *humoradas*, *doloras* y *pequeños poemas* y las *odas filosóficas y morales*, *sagradas y heroicas*.

Para Aristóteles derivaba la *poesía dramática* de la *épica homérica*: la *tragedia* procedía de la *Iliada*; la *comedia* del poema burlesco *Margites*. Evolucionó, según la acción fuera desgraciada o feliz, o de carácter burlesco (*tragedia*, *comedia* y *drama satírico*.) Se admitieron nuevas fórmulas dramáticas (*tragicomedias* y *dramas*.) El tiempo a estos los calificó de *trágicos*, *históricos*, *psicológicos*, *sentimentales* (*alta comedia* para los franceses), *religiosos*, *filosóficos*, etc.

También las *comedias* han recibido estos nombres: *de costumbres*, *de carácter*, *de enredo* o *intriga*, *de figurón* o *bufas*, *de magia* o *fantásticas*. Los *pasos*, *entremeses* y *sainetes* no difieren sino en los nombres, según las épocas. El *juguete cómico* es acción sin trascendencia y con enredo. La *parodia* es un remedo cómico de una obra dramática muy conocida. La *sarzueta*, con fragmentos cantados y otros recitados, empezó con los *villancicos* y *cantos populares* cantados en las obras escénicas del siglo xvii. En la ópera durante toda la representación acompaña la música. La *sarzueta de género chico* es de cortas dimensiones. El *auto sacramental*, sin música, es genuinamente español.

El Sr. Juliá hace relación de los autores que descollaron en todas estas producciones.

En la *oratoria* se conservan mayores huellas «de la doctrina aristotélica.» Según los preceptistas, la *oratoria* era la facilidad de expresión; la *elocuencia* indica «el poder persuadir o convencer a los oyentes». Para Aristóteles y sus seguidores son *deliberativos*, *demostrativos* y *judiciales*, que convienen con la *oratoria sagrada*, *política forense* y *académica*; como éstas, a su vez, con la *oratoria científica*, *artística*, *religiosa*, *moral* y *jurídica*.

El hombre culto puede ser orador *espontáneo*, y el que está penetrado de la trascendencia del tema, orador *reflexivo*. Según D. Antonio Maura había *oratoria militante* y *oratoria triunfante*. La *oratoria sagrada* puede subdividirse en *discursos dogmáticos*, *doctrinales*, *morales* o *pláticas*, *panegíricos*, *fúnebres*, *homilias*, etc.; la *oratoria política* en discursos *parlamentarios*, *populares*, *militares*, *expositivos*, *rectificaciones*, *réplicas*; la *oratoria forense* en discursos de *derecho civil* y los de *derecho criminal*.

El autor de *La frase literaria* nombra a muchos de los oradores más celebrados.

Las *cartas*, como obras similares a las oratorias, se han clasificado en *familiares*, *particulares* o *privadas*, y en *generales*, *de oficio* o *públicas*. Se subdividen, a su vez, en *cartas de pésame*, *de felicitación*, *suasorias* o para convencer, *disuasorias* o para disuadir. Las *de oficio* se llaman *comunicaciones*, *circulares*, *órdenes*, *solicitudes*, *informes*, *exposiciones*, *cre-*



denciales, nombramientos, exhortos, mensajes, etc. Según la materia hay cartas políticas, morales, históricas, literarias, artísticas, sociales..., y epístolas poéticas, si están en verso.

Así mismo cita el Sr. Juliá a los escritores de más renombre que cultivaron este género. Lo mismo hace con los escritores didácticos. Veamos sus grupos. Por su extensión hay *tratados elementales, magistrales y disertaciones (monografías o memorias)*; por su asunto, *científicos, teológicos, filosóficos, políticos, jurídicos, históricos, críticos*; por su exposición, *manuales y tratados fundamentales*.

Y se termina este sexto punto de las *Clasificaciones de tipo aristotélico*, que, como vemos, alcanza hasta estos tiempos, con las manifestaciones didácticas que sugieren *periódicos y revistas*, cuyo origen a vuelo pluma historia.

\* \* \*

Gran habilidad es no salirse el autor de *La frase literaria* de la concisión que requiere una obra elemental, ya que las minuciosas cuestiones abarcadas por la Estética, por mucho que se sinteticen, nos incitan a extralimitarnos. Al tratar de la *Estética descriptiva* enfoca magistralmente su atención en los *Fundamentos del arte literario* y en las *Orientaciones modernas de la Estética*. Desde Platón y Aristóteles hasta el alemán Baumgarten en el siglo XVIII, D. Marcelino Menéndez y Pelayo en el siglo XIX e il *signore* Benedetto Croce en el siglo XX, o sea, como nos dice el Sr. Juliá, «desde el afán de sentar definiciones *a priori*, deduciendo de ellas las consecuencias, hasta la formación de estadísticas de hechos para inducir progresivamente las conclusiones, todos los métodos han sido seguidos por los estéticos. El deseo es construir una ciencia descriptiva con base suficiente para poder hacer las deducciones de una ciencia normativa».

La belleza es el eje alrededor del cual giran todas las filosofías o agudezas críticas. En efecto: se hace renuncia a toda definición, aunque las haya tan incontrovertibles como muchas de las que cité en *América y Bionome*, y especialmente la clásica del *quae divisa placent*, procurando aunar lo psicológico con lo objetivo y «recoger el número suficiente de datos para reconocer los objetos bellos».

Hay una teoría que juega un papel de gran importancia en la Estética moderna. La palabra alemana *Einfühlung* es la clave de aquella teoría. La traducción, *proyección sentimental*, del señor Ovejero, catedrático de la Universidad Central, «es generalmente aceptada». Con el Arte, dícese que se logra la *proyección completa y perfecta*.

De todo lo complicado prescinde el estudio de la proyección sentimental. En sus estudios marcha hacia atrás, con una serie de experiencias de tipo elemental. «A este fin responden los ensayos, un tanto faltos de preci-



sión estética, debidos a Fechner, pero que han tenido la virtud de excitar la actividad de los modernos cultivadores de la estética experimental. Carlos Lalo combate a aquel *proyectista* y a todos los que se citan en *La frase literaria*, bajo el *punto de vista estético, psicólogo y filósofo*. Les niega hasta el agua y la sal.

¿Pero es falsa aquella teoría? Solamente es incompleta. Terencio, el dramaturgo latino, la reconoció con su aforismo «Soy hombre y nada de los hombres me puede ser indiferente».

¿Podrá completarse? ¿Llegarán los críticos a poder abarcar «el conjunto del fenómeno estético y sus derivados»? ¿Pueden coexistir la belleza ideal con la belleza artística? ¿En el *Arte* se dan dos proyecciones, la del *artista creador* y la del *sujeto contemplador*? ¿Coinciden? ¿Están en desacuerdo? ¿Tales coincidencias o tales desviaciones entran de lleno, o superficialmente, en el *estudio de la Estética*? ¿Sus graduaciones, lo *estético*, lo *inestético*, y lo *aestético*, derivanse de sentimientos permanentes, transitorios o desequilibrados? ¿Qué es lo *sublime*, lo *grandioso*, lo *patético*, lo *bonito*, lo *cómico*, lo *ridículo* y lo *feo*?

Es puro subjetivismo integral cuanto se refiere a los estudios del ánimo. En cambio el *humorismo*, incluyendo en él todas sus actividades, el *sarcasmo*, la *mofa*, el *chiste*, la *censura*, el *anatema burlesco*, estriba en la *frase literaria*. Pero lo *objetivo* y lo *subjetivo* deben ir enlazados estrechamente. ¿Cómo se estudió antiguamente la creación artística? ¿Qué fundamentos cabía suponerle? ¿Qué teorías han adquirido gran preponderancia en estos últimos tiempos?

A todas estas interrogaciones contesta el Sr. Juliá en *La frase literaria*, terminando que la *emoción es la verdadera unidad del Arte*, cuyas diversas manifestaciones son la *Poesía*, la *Música*, la *Pintura*, la *Escultura* y la *Arquitectura*. Las dos primeras, como *acústicas*, recrean el oído; las tres últimas, la vista. En la primera se amalgaman las cuatro restantes, por ser a la vez *arpa*, *pincel*, *bronce* y *mármol*.

\* \* \*

Hemos llegado a lo más suntuoso y decorativo del *Alcázar de la Imaginación*, por no llamarla *Fantasia*. El Sr. Juliá nos ofrece ante nuestra consideración al artista y nos refiere cómo elabora imaginativamente; cómo se asimila su imaginación la obra de la naturaleza y de los sentidos; cómo atiende al proceso de la invención, combinando y disociando ideas y figuras analíticas; cómo viste con nuevas formas bellas el idealismo y el realismo con su propia cultura, aunque ésta no la refrende, a lo Cervantes, con títulos universitarios, sino con la insaciable sed de lecturas y fino espíritu de observación; cómo acusa su propia individualidad aun dentro de los mismos pensamientos de sus predecesores...; cómo todo en la vida del Arte ofrece al artista horizontes limitados en relación con los que el contempla-

dor, bajo el aspecto colectivo, puede analizar. El Sr. Juliá nos dice: «La misión del artista es producir fenómenos de arte en el público. La contemplación resulta, pues, una operación artística que se verifica sobre una producción humana»... «El público, a fin de cuentas, se identifica con el autor, al reconocerse en sus propios sentimientos.»

Y no es sólo esto. La última palabra sentenciadora del mérito de la obra artística la pronuncia el público inteligente y, especialmente, la posteridad, sin ímpetus egoístas o interesados como los de los contemporáneos.

¿Y cuál es la identidad psicológica de la creación artística y de la crítica? Siempre esbozadamente, pero con copiosas ilustraciones, el Sr. Juliá nos describe todos los interesantes pormenores que el creador y el crítico suministran, advirtiéndolo fácil que resulta el estudio de los autógrafos modernos y lo difícil y complicado de los antiguos, cuyas distintas premisas, dentro del campo explorador, desentraña técnicamente. La crítica filosófica si se atiende a lo ideal, la histórica circunscribiéndole a lo cultural, ambas críticas constructivas, ¡qué en desacuerdo están con la crítica negativa que desprecia o aparta los elementos de arte que haya en la obra estudiada y pone «de relieve» nada más que lo defectuoso!

Estas últimas páginas, las referentes a los caracteres fundamentales y accidentales de la obra literaria, dignas son de transcribirse íntegramente por su belleza y tecnicismo. Si un profano se admira, cuánto un técnico podría documentarse. Aún nos resta por decir que son la enjundia de la «proyección sentimental favorecida por la cultura del escritor». Además se pasa revista a todos los géneros literarios desde los tiempos antiguos a los modernos, señalándose los atrevimientos de algunos escritores en la forma y los «alardes de técnica y dominio escénico» en otros. Tal reseña finaliza con las fuentes, de que nos servimos para conocer los hechos pasados, y con los ensayistas que más se han destacado en este género literario.

\* \* \*

Nuestros plácemes al Sr. Juliá son hijos del convencimiento. Tan es así que, para demostrar cuánto representa la eficacia de su labor educadora, me permito recomendar la lectura de *La frase literaria* a doctos e indoctos. Libro tal puede parangonarse con la mejor cátedra; tal catedrático, pertrechado de experiencias y buceador de las maravillas del lenguaje, bien puede abarcar horizontes más extensos de su *Lingüística elemental*. Parécenos que dentro del campo vastísimo de las *Etimologías* llegaría a brindarnos un caudal sorprendente de aportaciones.

AURELIO BAIG BAÑOS.





*Mostra delle Biblioteche Italiane.*—Ministero dell' Educacione Nazionale. Roma, 1934.

Tenemos aquí el catálogo de las adquisiciones más recientes realizadas por el Ministerio de Educación Nacional con destino a las bibliotecas italianas. La variedad de su contenido es notable: manuscritos, incunables, piezas xilográficas, autógrafos, música, estampas, grabados, libros raros y ediciones modernas. Entre todo esto, que es un abundante material bibliográfico, en muchos casos cuidadosamente restaurados, se destaca por su importancia la serie de manuscritos anteriores al siglo xv. De ellos mencionaremos concisamente los ejemplares más sobresalientes: *Biblia Griega, Evangelia cum scholiis*, pergamino, siglo xi, Real Biblioteca Nazionale, Nápoles; *Biblia Latina, llamada del Duque de Borso de Este*, siglo xv, miniada por Tadeo Crivelli, Real Biblioteca Estense, Módena; *Biblia Latina, fragmenta evangeliorum Lucae et Marci, in ea versione, quae Itala appellantur*, pergamino, siglo vi, teñido de púrpura, letra uncial escrita con tinta de plata, «nómina sacra» en oro, Real Biblioteca Nazionale, Nápoles; *Dioscórides, de materia médica en griego*, siglo vi, letra uncial, dibujos de las plantas iluminados, Real Biblioteca Nazionale, Nápoles; *Eugippius, Excerpta ex operibus S. Agustini*, siglo viii, minúscula precarolina, Real Biblioteca Nazionale, Roma; *Fulgentius, opera varia*, siglos viii al x, dos caracteres de letra, minúscula precarolina, siglos viii al ix, carolina del ix al x, Real Biblioteca Nazionale, Roma; *Historia de los Reyes de Sicilia* (traducción en lengua catalana del «Chronicon Siciliae»), siglo xiv, gótico, Real Biblioteca Nazionale, Roma; *Homiliarum, in quo praecipuum locum obtinet sermones S. Caesarii arelatensis*, siglo viii, minúscula precarolina, Real Biblioteca Nazionale, Roma; *Justiniano, fragmento de un índice del Digesto, en griego*, papiro, letra uncial, siglo vi, Real Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia; *Fragmento de una comedia de Menandro*, siglo v, letra uncial, Real Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia; *Invitación de un funcionario a otro*, barro cocido, escritura uncial, siglos iii al iv, y dos ostrakon más, uno correspondiente al año 104-103 antes de Cristo, escrito en cursiva, y el otro del año 58 de Cristo, escrito igualmente en cursiva: estas tres piezas se conservan en la Real Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia; *Carta de Panakestor a Zenón*, Papiro, siglo iii antes de Cristo, cursiva tolemaica; *Modelos de cartas griegas y latinas*, rollo, papiro, siglo v, a dos columnas, griego, uncial, latino semiuncial, se considera como el ejemplo más antiguo de los «Ars dictandi», Real Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia; *Scriptores Historiae Agustae*, siglo xv, con importantísimas miniaturas, letra humanística, Real Biblioteca Nazionale, Roma; *Tableta encerada*, siglo ii, minúscula cursiva,

última pieza de un tríptico, Real Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia; *Virgilius, Bucolica et Aeneis cum comentariis Marii Servi Honorati*, siglo x, escritura beneventana, estudiado por Loew, Real Biblioteca Nazionale, Nápoles.

Los incunables, grabados, manuscritos posteriores al siglo xv, etc., son importantes adquisiciones, pero imposible de reseñar, aunque fuera someramente, en estas notas.

El catálogo está pulcra y elegantemente editado. Cada ficha, concisamente redactada, lleva una indicación sistemática del contenido, características esenciales, fecha y, en muchos casos, la bibliografía correspondiente al ejemplar catalogado. Los facsímiles que lo integran hacen más atractivo este volumen.

MARÍA DEL PILAR LAMARQUE.









REVISTA  
DE LA  
BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

---

TOMO XI

---

(Año 1934)

---

ÍNDICE GENERAL

---

Número XLI

- EMILIANO M. AGUILERA.—*Las fábricas de tapices madrileñas*, pág. 1.  
FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES.—*Los manuscritos de versiones de Shakespeare en la Biblioteca Municipal de Madrid*, pág. 19.  
AURELIO BAIG BAÑOS.—*La Mancha y Cervantes*, pág. 38.  
JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.—*Poesías nuevas de Lope de Vega, en parte autobiográficas*, pág. 49.  
MIGUEL TATO Y AMAT.—*El Montepío de Hijosdalgos y Jovellanos*, pág. 85.  
VARIEDADES: LUIS DE SOSA: *Las faltas leves de disciplina escolar*, página 103.—JOSÉ SUBIRÁ: *La tirana: su familia y su resurrección*, página 105.—LUIS DE SOSA: *Un «complot» en 1854*, pág. 109.  
RESEÑAS: Hautmann, Max.—*El Arte de la Alta Edad Media* (S. DE R.), página 112.—Altolaquirre, Manuel.—*Garcilaso de la Vega* (L. DE S.), página 113.—Paz, Julián.—*Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional* (S. DE R.), pág. 114.—*Trabajos de la Cátedra de la Historia Crítica de la Medicina* (L. DE S.), pág. 115.

## Número XLII

AMALIO HUARTE.—*Esbozos de la vida de Madrid, tomados del teatro de Lope de Vega*, pág. 117.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.—*Poetas nuevas de Lope de Vega, en parte autobiográficas*, pág. 151.

F. LAYNA SERRANO.—*Descripción e historia del castillo de Buitrago*, página 206.

VARIEDADES: LUIS DE SOSA: *Falsificaciones en la Universidad*, página 234.

RESEÑAS: Rogerio Sánchez, José.—*La Historia literaria en los textos* (S. DE R.), pág. 236.—*Filosofía universitaria venezolana* (AURELIO BAIG BAÑOS), pág. 237.—[Séneca, Lucio Anneo].—*El Libro de Oro* (S. DE R.), pág. 239.—*Lafuente Ferrari, Enrique. Misiones de Arte. Breve Historia de la Pintura Española* (J. DOMÍNGUEZ BORDONA), página 240.—*Isaza y Calderón, Baltasar. El retorno a la Naturaleza. Los orígenes del tema y sus direcciones fundamentales en la literatura española* (AURELIO BAIG BAÑOS), pág. 241.—*Sáinz de Robles, F. Carlos. Monasterios de España* (L. DE S.), pág. 243.—*Klaiber Ludwig. Die Altspanischer und Altportugiesischen Druke und Handschriften der Universitätsbibliothek Freiburg i. B.* (E. V. H.), pág. 244.

## Número XLIII

LUIS CALANDRE.—*El antiguo palacio de El Pardo*, pág. 245.

SANTIAGO MONTOTO.—*Lope de Vega y Don Juan de Arguijo*, pág. 270.

B. SÁNCHEZ ALONSO.—*La expresión literaria del sentimiento de la naturaleza*, pág. 283.

EMILIANO M. AGUILERA.—*La iglesia parroquial de la Concepción y San Carlos Borromeo, de la Casa de Campo*, pág. 299.

CRISTÓBAL ESPEJO.—*Proyecto para restablecer la monarquía*, pág. 305.

F. LAYNA SERRANO.—*Descripción e historia del castillo de Buitrago*, página 311.

VARIEDADES: LUIS DE SOSA: *Las licencias de Don Nicolás Salmerón*, página 337.—JOSÉ SUBIRÁ: *Un fondo desconocido de tonadillas escénicas*, pág. 338.



RESEÑAS: Ortega y Gasset, José.-*España invertebrada* (L. DE S.), página 343.—Ballesteros Beretta, Antonio.-*Historia de España y su influencia en la Historia Universal* (I. DELEITO Y PIÑUELA), pág. 344.—Pérez Martínez, Héctor.-*Juárez el impasible* (L. DE S.), pág. 347.—Vera, Francisco.-*La cultura española medieval* (S. DE R.), pág. 348.—Bergua, José.-*Psicología del Pueblo Español* (AURELIO BAIG BAÑOS), página 349.—Pijoán, José.-*El arte romano* (L. DE S.), pág. 352.—Vindel, Francisco.-*El librero español. Su labor cultural y bibliográfica en España desde el siglo XV hasta nuestros días* (AURELIO BAIG BAÑOS), página 353.

#### Número XLIV

EMILIANO M. AGUILERA.—*El palacio de Buenavista*, pág. 355.

E. V. H.—*La «Cámara nueva» del Concejo de Madrid (siglo XV)*, pág. 381.

F. LAYNA SERRANO.—*Castillo del Real de Manzanares*, pág. 387.

ALEJANDRO LARRUBIERA.—*La «Academia del Gato»*, pág. 420.

VARIEDADES: JOSÉ SUBIRÁ: *Los petimetres en el campo tonadillesco*, página 434.—LUIS DE SOSA: *Un asalto a San Carlos*, pág. 438.

RESEÑAS: Bermúdez de Castro, Luis.-*Boves o El León de los Llanos* (L. DE S.), pág. 442.—Sánchez Rivero, Angel.-*Meditaciones políticas* (B. SÁNCHEZ ALONSO), pág. 443.—Teja Zabre, Alfonso.-*Morelos, caudillo de la independencia mexicana* (L. DE S.), pág. 445.—*La frase literaria de D. Eduardo Juliá y Martínez* (AURELIO BAIG BAÑOS), página 446.—*Mostra delle Biblioteche Italiane* (MARÍA DEL PILAR LAMARQUE), pág. 461.





## ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- AGUILERA, EMILIANO M.—*Las fábricas de tapices madrileñas*, pág. 1. *La iglesia parroquial de la Concepción y San Carlos Borromeo, de la Casa de Campo*, pág. 299. *El palacio de Buenavista*, pág. 355.
- BAIG BAÑOS, AURELIO.—*La Mancha y Cervantes*, pág. 38. *Filosofía universitaria venezolana*, pág. 237. *Isasa y Calderón, Baltasar.—El retorno a la naturaleza. Los orígenes del tema y sus direcciones fundamentales en la literatura española*, pág. 241. *Bergua, José.—Psicología del Pueblo Español*, pág. 349. *Vindel, Francisco.—El librero español. Su labor cultural y bibliográfica en España desde el siglo XV hasta nuestros días*, pág. 353. *La frase literaria de D. Eduardo Juliá y Martínez*, página 446.
- CALANDRE, LUIS.—*El antiguo palacio de El Pardo*, pág. 245.
- DELEITO Y PIÑUELA, J.—*Ballesteros Beretta, Antonio.—Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, pág. 344.
- DOMÍNGUEZ BORDONA, J.—*Lafuente Ferrari, Enrique.—Misiones de Arte. Breve Historia de la Pintura Española*, pág. 240.
- E. V. H.—Véase VARELA HERVÍAS, EULOGIO.
- ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA, JOAQUÍN DE.—*Poesías nuevas de Lope de Vega, en parte autobiográficas*, págs. 49 y 151.
- ESPEJO, CRISTÓBAL.—*Proyecto para restablecer la monarquía*, pág. 305.
- HUARTE, AMALIO.—*Esbozos de la vida de Madrid, tomados del teatro de Lope de Vega*, pág. 117.
- L. DE S.—Véase SOSA, LUIS DE.
- LAMARQUE, MARÍA DEL PILAR.—*Mostra delle Biblioteche Italiane*, pág. 461.
- LARRUBIERA, ALEJANDRO.—*La «Academia del Gato»*, pág. 420.
- LAYNA SERRANO, F.—*Descripción e historia del castillo de Buitrago*, páginas 206 y 311. *Castillo del Real de Manzanares*, pág. 387.
- MONTOTO, SANTIAGO.—*Lope de Vega y Don Juan de Arguijo*, pág. 270.
- S. DE R.—Véase SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS.

- SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS.—*Los manuscritos de versiones de Shakespeare en la Biblioteca Municipal de Madrid*, pág. 19. *Hautmann, Max.*—*El Arte de la Alta Edad Media*, pág. 112. *Paz, Julián.*—*Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional*, pág. 114. *Rogelio Sánchez, José.*—*La Historia literaria en los textos*, pág. 236. [*Séneca, Lucio Anneo*].—*El Libro de Oro*, pág. 239. *Vera, Francisco.*—*La cultura española medieval*, pág. 348.
- SÁNCHEZ ALONSO, B.—*La expresión literaria del sentimiento de la naturaleza*, pág. 283. *Sánchez Rivero, Angel.*—*Meditaciones políticas*, pág. 443.
- SOSA, LUIS DE.—*Las faltas leves de disciplina escolar*, pág. 103. *Un «complot» en 1854*, pág. 109. *Altolaguirre, Manuel.*—*Garcilaso de la Vega*, pág. 113. *Trabajos de la Cátedra de la Historia Crítica de la Medicina*, pág. 115. *Falsificaciones en la Universidad*, pág. 234. *Sáinz de Robles, F. Carlos.*—*Monasterios de España*, pág. 243. *Las licencias de Don Nicolás Salmerón*, pág. 337. *Ortega y Gasset, José.*—*España invertebrada*, pág. 343. *Pérez Martínez, Héctor.*—*Juárez el impasible*, página 347. *Pijoán, José.*—*El arte romano*, pág. 352. *Un asalto a San Carlos*, pág. 438. *Bermúdez de Castro, Luis.*—*Boves o El León de los Llanos*, pág. 442. *Teja Zabre, Alfonso.*—*Morelos, caudillo de la independencia mexicana*, pág. 445.
- SUBIRÁ, JOSÉ.—*La tirana: su familia y su resurrección*, pág. 105. *Un fondo desconocido de tonadillas escénicas*, pág. 338. *Los petimetres en el campo tonadillesco*, pág. 434.
- TATO Y AMAT, MIGUEL.—*El Montepío de Hijosdalgos y Jovellanos*, pág. 85.
- VARELA HERVÍAS, EULOGIO.—*Klaiber Ludwig.*—*Die Altspanischer und Altportugiesischen Druke und Handschriften der Universitätsbibliothek Freiburg i. B.*, pág. 244. *La «Cámara nueva» del Concejo de Madrid (siglo XV)*, pág. 381.





---

ARTES GRAFICAS MUNICIPALES